

NUEVA DESCRIPCION
DE LA
TIERRA SANTA,
FORMADA

*segun el itinerario del viage ejecu-
tado en el año de 1806 por J. A. de
Chateaubriand de París á Jerusalem, y
de Jerusalem á París, yendo por Gre-
cia y volviendo por Egipto, Berberia
y España.*

Por D. Pedro Maria de Olve.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.

7.

CON PRIVILEGIO REAL.

Madrid: IMPRENTA QUE FUE DE GARCIA.
1828.

Reg 2396

NUEVA DESCRIPCION

DE LA

TIERRA SANTA

TOMO I

según el itinerario del gran viaje
hecho en el año de 1817 por el Sr.
Don Juan de Alarcón, Comandante
de la Armada Real, y de la expedición
que se hizo para descubrir el
estrecho de Babel del Cabo de Hornos.

Por el Sr. Don Juan de Alarcón,
Comandante de la Armada Real,
y de la expedición que se hizo para
descubrir el estrecho de Babel del
Cabo de Hornos.

SEGUNDA EDICION

EN MADRID

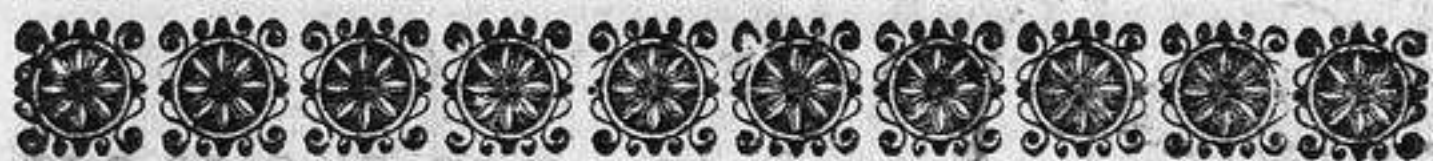
1820

EN LA IMPRIMERIA DE DON JUAN DE ALARCÓN

Comandante de la Armada Real, y de la expedición que se hizo para descubrir el estrecho de Babel del Cabo de Hornos.

1820

042380



NUEVA DESCRIPCION
DE LA TIERRA SANTA.

PARTE TERCERA.

*Viage de Rhodas, de Jafa, de Belen y del
Mar Muerto.*

Ibamos en la embarcacion unos doscientos pasajeros entre hombres, mugeres, niños y ancianos; y se veían otras tantas esteras bien arregladas á los dos lados del entrepuente. Un pedazo de papel pegado á las tablas del buque, manifestaba quién era el dueño de aquella estera que le servia de cama, y á cuya cabecera cada peregrino habia colgado su bordon, su rosario, y una crucecita. Los papás, que gobernaban aquella gente, habitaban en la cámara del capitan, á cuya entrada habia dos especies de cuartitos muy reducidos, en el uno dormia

*

yo con mis dos criados, y en el otro que estaba enfrente una familia entera. En aquella especie de república cada uno hacia su comida aparte: las mugeres cuidaban de sus chicuelos, los hombres las servian ó fumaban juntos, y los papás se entretenian en conversacion los unos con los otros, despues de hechas las acostumbradas oraciones. Las horas de recreo se pasaban cantando ó bailando al son de los bandolines, de los violines, y de las liras. Todos parecían alegres, y me decían señalando ácia el mediodia: Jerusalem! y yo respondia Jerusalem! En fin, si no fuera por algunos sustillos, habria sido aquel el mejor viage del mundo; pero apenas arreciaba un poco el viento, cuando los marineros recogian velas, y los peregrinos gritaban *Christos! Kyrie eleison!* Pero pasado el peligro, todos nos volviamos tan animosos.

No he notado en esta peregrinacion el desórden de que hablan algunos viajeros; pues al contrario, reinaba la mayor decencia en todos los peregrinos. Desde la primera noche los dos papás reza-

ron las oraciones de la iglesia griega, á las que asistieron todos con suma devoción. También bendijeron la embarcación, y repetían esta ceremonia siempre que había tempestad. El canto de la iglesia griega es muy melodioso, pero poco grave. Observé una cosa particular, y era que un muchacho comenzaba el versículo de un salmo en un tono agudo, sosteniéndolo de este modo mientras un papá cantaba el mismo versículo en tono diferente y en canon, es decir, comenzando la frase cuando el muchacho había pasado ya de la mitad. Tienen un *kyrie eleison* muy admirable, y es solo una nota cantada por diferentes voces, unas graves, y otras agudas, ejecutando el *andante* y la *mezza voce*, la octava, la quinta y la tercera. El efecto de este *Kyrie* es admirable para las cosas tristes y magestuosas, y sin duda viene del antiguo canto de la primitiva iglesia, y aun sospecho que la otra salmódia es aquel canto moderno que se introdujo en el rito griego ácia el siglo IV, y del cual con razón se quejaba San Agustín.

Al segundo dia de nuestra navegacion me volvió la fiebre con la mayor fuerza, y hube de estar todo el dia echado sobre mi estera. Rápidamente atravesamos el mar de Mármara, que es la Propóntide. Luego pasamos por delante de la península de Cyzico, ó Chizico, y por la embocadura de $\text{\textcircled{E}}$ gos-Potamos, tocando con los promontorios de Sestos y de Abydos: Alejandro y su egército, Xerxes y sus escuadras, los athenienses y los spartanos, Hero y Leando, no pudieron vencer el mal de cabeza que me mataba; pero cuando el dia 21 de setiembre á las seis de su mañana vinieron á decirme que ibamos á doblar el castillo de los Dardanelos, la memoria de Troya destruyó de todo punto mi calentura. Casi arrastra me fuí ácia el puente: mis primeras miradas se fijaron en un alto promontorio coronado por nueve molinos, y éste era el cabo Sigeo; á sus pies se descubrian dos *tumulus*, que eran los sepulcros de Achîles y de Patroclo. La embocadura del Simois se veía á la izquierda del castillo nuevo de Asia: mas lejos, á nuestra es-

palda y volviendo á subir ácia el Helesponto, aparecia el cabo Rheteo, y el sepulcro de Ajax. En lo mas interior se elevaba la cordillera del monte Ida, cuyas vertientes vistas desde el punto donde yo me hallaba, parecian suaves y de agradable color. Delante de la proa del navío estaba Tenedos: *Est in conspectu Tenedos.*

Paseaba la vista por aquellos hermosos cuadros, y sin poderme resistir la volvia ácia el sepulcro de Achîles, repitiendo aquellos versos del poeta, cuyo sentido es:

“El egército de los belicosos griegos erige en la orilla un espacioso y admirable monumento, que cuando se viene por el mar se descubre de muy lejos, y el cual siempre fijará las miradas de las presentes y futuras generaciones.”

Poco valen las pirámides de los reyes de Egipto comparadas con la gloria de este sepulcro de cespèd, que cantó Homero, y en derredor del cual corrió Alejandro.

En aquel instante conocí cuán grande

es el poder del alma sobre el cuerpo, pues que cesó enteramente el mal de cabeza, y renacieron mis fuerzas mentales y corporales; bien es cierto que á las veinte y cuatro horas me volvió la calentura.

Hice cuanto me fué posible para ver á Troya, pues que quise ir por tierra y no lo logré; y tampoco por mar, pues se rehusó á desembarcarme el capitán del buque, no obstante de que se habia obligado á ello expresamente. Al primer pronto me enfadé, pero ahora ya no lo siento; porque me llevé tantos chascos en Grecia, que tal vez me hubiera sucedido lo mismo en Troya; y de este modo he conservado todas las ilusiones de mi imaginacion acerca del Simois, y he tenido la dicha de haber saludado aquella tierra de héroes, y haber visto las olas que la bañan, y el sol que la alumbra.

Me admiro de que los viageros al hablar de la llanura de Troya se olviden casi siempre de la Eneida; y sin embargo, tanta fama ha dado Troya á Virgilio como á Homero, siendo una suerte bien particular la de este país que ha

presentado el asunto de los dos mejores poemas, á los dos mayores poetas del mundo. Mientras que huían de mi vista las orillas de Ilion, procuraba acordarme de aquellos versos que tan excelentemente pintan á la escuadra de los griegos saliendo de Tenedos y acercándose *per silentia lunæ* á aquellas solitarias orillas que sucesivamente se iban presentando á mi vista. Prontamente espantosos gritos sucedieron al silencio de la noche, y las llamas del palacio de Priámo alumbraban aquel mar por donde nuestro navío mansamente caminaba.

La musa de Eurípides aprovechándose de este asunto, pinta así aquellas dolorosas escenas.

EL CORO.

“Hécuba, ¿no vés á Andrómaca que se acerca en un carro extranjero? Su hijo, el hijo de Hector, el jóven Astianacte sigue al materno pecho.

HÉCUBA.

“¡Oh muger desgraciada, á qué parages te han traído, cercada de las armas

10 NUEVA DESCRIPCION
de Hector, y de los despojos de Phry-
gia!.....”

ANDRÓMACA.

“Oh dolor!

HÉCUBA.

“Hijos míos!

ANDRÓMACA.

“Infeliz!

HÉCUBA.

“Y mis hijos?.....

ANDRÓMACA.

“Corre, esposo mio!

HÉCUBA.

“Sí, ven terror de los griegos. O tú
el mayor de todos mis hijos! Vuelve á
Priámo en los infiernos aquella que en la
tierra tan tiernamente amó.”

EL CORO.

“Solo nos quedan lágrimas para der-
ramar sobre estas ruinas. El dolor suce-
dió al dolor..... Troya sufre el yugo de
la esclavitud.

HÉCUBA.

“¡Luego cayó el palacio en que fui
madre!

EL CORO.

“Oh, hijos míos! vuestra patria se convirtió en un desierto (1).”

Mientras que yo estaba ocupado en el dolor de Hécuba, los descendientes de los griegos, parecían alegrarse en nuestro navío de la muerte de Priámo. Dos marineros se pusieron á bailar en el puente al son de una lira y de un tamboril, ejecutando una especie de pantomima. Ya levantaban las manos al cielo, ya ponían una como en jarras, y alargaban la otra cual un orador que está arengando, y luego la llevaban al pecho, á la frente y á los ojos, y todo esto intermediado con posturas mas ó menos raras, que nada parecían significar, semejándose mucho á las contorsiones y gestos de los salvajes. Á esta pantomima, siguió una rueda de todos, en donde formaban figuras muy semejantes á los bajos relieves donde se vén danzas antiguas. Por fortuna la sombra de las velas del navío me ocul-

(1) Las troyanas. *Teatro griego.*

taba algo el rostro y trage de los actores; y así podia convertir mis sucios marineros en pastores de Sicilia y de Arcadia.

Como el viento seguía siéndonos favorable, pasamos rápidamente el canal que separa la isla de Tenedos del continente, y costeamos la Natolia hasta el cabo Baba, llamado antes *Lectum promontorium*. Entonces nos dirigimos al oeste para doblar á la entrada de la noche la isla de Lesbos, donde nacieron Sapho y Alceo, y las aguas trajeron la cabeza de Orpheo que repetia el nombre de Eurydice.

Ah! miseram Eurydicen, animâ fugiente, vocabat.

El dia 22 por la mañana se levantó una tramontana muy fuerte. Debiamos entrar en Chio para que viniesen otros peregrinos; pero el capitan tuvo tanto miedo y maniobró tan mal que hubimos de anclar en el puerto de Tcheshmé, en un fondo de piedra muy peligroso y cerca de un navío egipcio que habia naufragado antes.

Este puerto de Asia me pareció como de fatal agüero, pues en él el conde Orlow quemó en 1770 la escuadra turca, y el año de 191 antes de nuestra era, los romanos destruyeron las galeras de Antíoco, si es cierto que el Cyso de los antiguos sea el Tchesmé de los modernos.

Aguardamos el día 22 y 23 á los peregrinos de la isla de Chio: en tanto mi criado Juan saltó en tierra y me trajo una gran provision de granadas de Tchesmé, que son muy estimadas en el levante, aunque no tan buenas como las de Jafa.

En la noche del 22 al 23 el navío garró y creímos perdernos sobre el buque de Alejandria, cerca del cual estábamos. El 23 al mediodia llegaron los peregrinos de Chio, que eran unos diez y seis, y á las diez de la noche aparejamos con un viento de este bastante suave, y que se subió á norte el día 24 al amanecer.

Pasamos entre Nicaria y Samos. Esta última isla fué célebre por su fertilidad, por sus tiranos, y sobre todo por haber

sido patria de Pytágoras. El excelente episodio de Telémaco, ha sobrepujado á cuanto los poetas nos han dicho de Samos. Entramos en el canal que forman las Sporades, Patmos, Leria, Cos, &c., y las costas del Asia. Por allí corria el Meandro: allí se veían las ciudades de Epheso, de Mileto, de Halicarnaso, de Cnido: saludé por última vez á la patria de Homero, de Herodoto, de Hipócrates, de Thales y de Aspasia; pero no ví ni el templo de Epheso, ni el sepulcro de Mausoleo, ni la Venus de Cnido; y si no fuese por las obras de Pococke, de Wood, de Spon y de Choiseul, no hubiera podido reconocer en un nombre moderno y obscuro, el promontorio de Mycala.

El 25 á las seis de la mañana anclamos en el puerto de Rhodas para tomar un piloto práctico en la costa de Siria. Salté en tierra, ví al cónsul frances y al comandante turco, que me recibieron muy bien; y luego quise dar una vuelta por aquella famosa Rhodas, donde solo un instante debia detenerme.

Aquí comenzaba para mí una antigüedad, que formaba como el tránsito entre la antigüedad griega que acababa de dejar, y la antigüedad hebraica que iba á recorrer y estudiar. Los monumentos de los caballeros de Rhodas reanimaron mi curiosidad, que se habia cansado algun tanto con las ruinas de Sparta y de Athenas. Sábias leyes en punto á comercio (1), algunos versos de Píndaro acerca de la esposa del sol y la hija de Venus, la ninfa Rhodos, algunos poetas cómicos y pintores, monumentos mas grandes que hermosos; ved aquí lo que podemos acordarnos de la Rhodas antigua. Los rhodios eran valientes, y es cosa rara que se hayan hecho célebres en las armas por haber sostenido gloriosamente un sitio, como los caballeros que les sucedieron. Rhodas honrada con la presen-

(1) Se puede ver á Leuclavio en su tratado del Derecho marítimo de los griegos y de los romanos. La excelente ordenanza de Luis XIV sobre la marina, conserva muchas disposiciones de las leyes rhodias.

cia de Ciceron y de Pompeyo, fué como deshonorada con la de Tiberio. Los persas tomaron á Rhodas reinando Honorio: los generales de los califas la conquistaron tambien en el año 647 de nuestra era; y Anastasio emperador de oriente la reconquistó. Los venecianos tomaron posesion de esta isla en 1203; pero Juan Ducas se la quitó luego, y los turcos echaron de ella á los griegos. Los caballeros de la órden de San Juan de Jerusalem se apoderaron de ella en 1304, 1308 ó 1319, y la conservaron casi dos siglos, hasta que la hubieron de rendir á Soliman II el 25 de diciembre de 1522. Para tener noticias completas de esta isla se puede leer á Coronelli, Dapper, Savary y Mr. de Choiseul.

Rhodas me presentaba á cada paso restos de nuestras costumbres, y recuerdos de mi patria: en medio de Grecia venia á hallar una pequeña Francia.

*Procedo, et parvam Trojam simulataque magnis
Pergama.....*

Agnosco.

Anduve por una larga calle llamada aún de los Caballeros, y la forman edificios góticos, en cuyas paredes se ven los escudos de armas de las mas célebres familias francesas, y flores de lis coronadas y tan bien conservadas como si se acabasen de esculpir. Los turcos que en todas partes han destruido los monumentos de Grecia, han respetado los de la antigua caballería: el valor de los infieles se admiró del honor cristiano, y los Saladinos respetaron á los Coucis.

Al fin de la calle de los Caballeros se hallan tres arcos góticos, por donde se pasa al palacio del Gran-Maestre, el cual sirve ahora de prision. Un convento medio arruinado, y en el que solo habitan dos religiosos, es lo único que recuerda en Rhodas una religion que tantos prodigios ejecutó en ella. Aquellos religiosos me llevaron á su capilla, en la que ví una imágen de la Vírgen con el niño Jesus en los brazos, pintada en tabla y de estilo gótico: al pie del cuadro se ven las armas del Gran-Maestre d'Aubusson. Esta curiosa antigüedad la descubrió, hace

algunos años, un esclavo que cultivaba el jardin del convento. Hay ademas otro altar dedicado á S. Luis, cuya imágen se halla en todo el oriente. Dí alguna limosna para este altar, y encargué á los padres dijesen una misa para que Dios me diese buen viage, como si ya previese los peligros que habia de correr en las costas de Rhodas cuando volviese de Egipto.

El puerto de Rhodas sería bastante seguro si se restableciesen las obras antiguas que le defendian. En lo interior de este puerto se vé aún una muralla flanqueada con dos torres, las cuales, segun la tradicion del país, ocupan el lugar de las dos rocas que servian de basa al Coloso; y es bien sabido que las naves no pasaban por entre sus piernas, como vulgarmente se cree. Cerca de este primer puerto se encuentra la dársena de las galeras y el astillero, en el que entonces se estaba construyendo una fragata de treinta cañones con madera sacada de los montes de la isla, cosa que me pareció digna de contarse.

La costa de Rhodas por el lado de Caramania, que es la Dóride y la Caria antiguas, están casi al nivel del mar; pero la isla se eleva en lo interior sobresaliendo principalmente un encumbrado monte, chato en su cumbre, y del cual hablan todos los geógrafos antiguos. Aun quedan en Lindo algunos vestigios del templo de Minerva; y ninguno de Camiro y Yalyso, pues enteramente acabaron. Rhodas proveía antes de aceite á toda Natolia; pero ahora no tiene bastante ni aun para su consumo: sin embargo, exporta un poco de trigo. Las viñas dán vino muy bueno, que se parece al del Ródano, y tal vez llevaron allí los sarmientos los caballeros de la lengua del Delfinado, y así es que los llaman, como en Chypre, vinos de la Encomienda.

Nuestras geografías nos dicen que se fabrican en Rhodas muy buenos terciopelos y tapices; mas la verdad es que toda la industria se reduce á algunas telas bastas. Este pueblo, cuyas colonias fundaron en otro tiempo á Nápoles y á A-

*

grigento, apenas ocupa en el dia un rincón de su desierta isla. Un agá con unos cien genízaros bastan para guardar aquellos tímidos esclavos: ni se entiende como el órden de Malta no ha procurado reconquistar este su antiguo dominio, pues le habria sido muy fácil apoderarse de la isla, y reparar las fortificaciones que aún se hallan en buen estado; y los turcos no los hubieran podido echar de allí, pues habiendo sido los primeros que en Europa abrieron la trinchera delante de una plaza, son ahora los últimos en el arte de sitiar.

El 25 á las cuatro de la tarde me embarqué, y dirigimos inmediatamente nuestro rumbo ácia una punta de Caramania, llamada en lo antiguo el promontorio de la Chímera en Lycia. El dia 26 tuvimos calma y mal tiempo, y como el piloto y todos los marineros griegos eran muy ignorantes en la navegacion, no dejamos de correr algun riesgo, tanto mas que el dia 27 nos hallamos en alta mar, pero sin saber ya en qué altura.

Por fortuna el dia 28 á las cinco de

la mañana descubrimos el cabo de Gata en la isla de Chypre, que dejábamos como á unas ocho ó diez leguas al norte, hallándonos de consiguiente en la verdadera direccion de Jafa. Al mediodia se echó el viento y siguió la calma hasta el 29. Las corrientes nos llevaron luego ácia Chypre, y descubrimos sus costas arenosas, bajas y al parecer áridas. La mithologia colocó en esta isla sus mas placenteras fábulas. El autor del Telémaco hace una hermosa descripcion de ella, que no copiaré aquí por ser generalmente conocida. Y vale mejor en cuanto á esta isla referirnos á la poesia que á la historia, á no ser que queramos recordar una de las mayores injusticias de los romanos, y una expedicion de Caton poco digna de las virtudes de este gran hombre. Pero es cosa rara el considerar á los templos de Amathonta y de Idolia, convertidos en torreones y castillos de la edad media. Un hidalgo frances era rey de Paphos, y los barones de la misma nacion armados de sus cotas y sobrevestas, se acantonaban en los santuarios de Cupi-

do y de las Gracias. Se puede leer en el *Archipiélago de Dapper* toda la historia de Chypre, y en el abate Mariti las revoluciones modernas y el actual estado de esta isla, que aún es de bastante importancia por su situación.

El tiempo era tan hermoso y el aire tan templado, que todos los pasajeros pasaban la noche sobre el puente. El 30 de setiembre, estando yo durmiendo aun á las seis de la mañana, me despertó una confusa gritería; abrí los ojos y ví á todos los peregrinos que miraban ácia la proa del navío; pregunté qué era aquello, y me respondieron: *Signor, il Carmello!* Se habia levantado el viento el dia anterior á las ocho de la noche, y durante ella habiamos llegado á vista de las costas de Siria. Como me habia echado vestido, me levanté al instante y dije que me enseñasen aquel sagrado monte. Todos se apresuraban á señalármelo con la mano; pero no podia verlo, porque los rayos del sol que salia ya por el oriente me daban de cara. Aquel instante era no menos respetable que agosto por su

religiosidad: todos los peregrinos tenían el rosario en la mano, guardaban el mas profundo silencio, y ni aun se atrevían á mover, aguardando se descubriese la Tierra Santa: los papás rezaban en voz alta, y solo se oía este ruido y el del navío que con viento bonancible caminaba en aquel hermoso mar. De cuando en cuando se volvía á ver el Carmelo, y todos gritaban entonces de alegría ácia la proa. En fin, yo mismo descubrí este monte semejante á una mancha redonda debajo de los rayos del sol: entonces me arrodillé segun el uso de los latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de Grecia; pero al ver el pais originario de los israelitas y la patria de los cristianos, me sentí penetrado de respeto y temor. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo origen la mas sublime poesia, en aquellos parages donde, aun hablando humanamente, se verificó el suceso mas admirable de cuantos han mudado la faz del universo, cual fué la venida del Mesías: iba á tocar en aque-

llas costas, que como yo recorrieron Godofre de Bullon, Raymundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel San Luis, cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra ennoblecida con tan ilustres peregrinos?

Á medida que nos acercábamos y se levantaba el sol, se descubria mas y mas la tierra. La última punta que divisábamos á lo lejos y á nuestra izquierda ácia el norte, era la punta de Tyro; se seguia luego el cabo Blanco, San Juan de Acre, el monte Carmelo, y á su falda la ciudad de Caifa, Tartura, antes Dora, el Castillo-Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven aún. Jafa debia estar bajo la misma proa del navío, pero aun no se la veía. Despues iba bajando suavemente la costa hasta el último cabo ácia el mediodia, donde parecia desvanecerse: allí comienzan las costas de la antigua Palestina que van á juntarse con las de Egipto, estando ám-

bas casi al nivel del mar. La tierra, de la cual podíamos distar unas ocho á diez leguas, parecia en lo general blanca con fajas negras, efecto de las sombras: nada resaltaba en la línea oblicua que venia á formar de norte á mediodia, ni aun sobresalia el monte Carmelo, pues todo formaba como una superficie igual y mal pintada.

El viento nos faltó al mediodia; pero se levantó de nuevo á las cuatro de la tarde. La ignorancia del piloto fué causa de que pasásemos mas allá de nuestra direccion, de manera que á toda vela caminábamos ácia Gaza, cuando algunos peregrinos, que conocian la costa, echaron de ver la equivocacion, con lo que se biró de bordo, en lo que se perdió algun tiempo y llegó la noche. Ya nos acercábamos á Jafa, y aun se veían las lumbres de la ciudad, cuando volviendo á soplar de recio el viento de noroeste tuvo miedo el capitan, y no atreviéndose á buscar la rada de noche, volvió la proa y salió á alta mar.

Estaba yo reconstado sobre la popa, y

me desesperaba de verme alejar de la tierra. Media hora despues, ví á lo lejos como la reverberacion de un incendio sobre la cima de una cordillera de montañas, que eran precisamente las de Judéa. La luna, que era la causa de aquella especie de fenómeno, descubrió bien pronto su espaciosa é inflamada faz por encima de Jerusalem. Parecia que una mano benéfica elevaba aquel faro sobre la cumbre de Sion, para guiarnos á la Ciudad Santa.

Al otro dia, miercoles primero de octubre al amanecer, nos hallamos abatidos á la costa casi enfrente de Cesarea, y nos fué necesario bordear ácia el mediodia, bien que teniamos viento favorable aunque corto. Á lo lejos se veían las montañas de Judéa formando una especie de anfiteatro. Desde estas montañas hasta la orilla del mar corria una espaciosa llanura en la que apenas se descubria alguna tierra cultivada, ni mas habitacion que un arruinado y gótico castillo con un minareto abandonado. La orilla del mar la formaban tajadas, ama-

rillentas y negras rocas, contra las que venian á estrellarse las olas haciendo espantoso ruido. El árabe vagabundo recorre esta horrorosa y desabrigada costa: sigue con ansiosas miradas al buque que descubre ácia el horizonte, esperando aprovecharse de los despojos de su naufragio en aquella misma tierra, en la que Jesucristo mandó dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

Á las dos de la tarde volvimos en fin ácia Jafa; ya nos habian divisado desde la ciudad y enviaban un barco que nos guiase al puerto, y en él envié á Juan para que llevase las cartas de recomendacion que me habian dado los comisarios de Jerusalem en Constantinopla para los religiosos de Jafa, á los cuales escribí tambien dos letras. Una hora despues de haber partido Juan anclamos delante de Jafa, dejando la ciudad al sureste, y el minareto de la Mezquita al este cuarto sureste. Señalo aquí el rumbo del compás por una razon de bastante importancia: los buques latinos se enmaran mas, con lo que se hallan sobre

un banco de rocas que pueden cortar los cables; pero los buques griegos se acercan mas á tierra, con lo que tienen un fondo menos peligroso entre la dársena de Jafa y el banco de rocas.

Jafa es solo un miserable pueblo compuesto de casas colocadas en anfiteatro en la vertiente de una elevada costa. Las desgracias que frecuentemente han aflagido á esta ciudad han multiplicado sus ruinas. La circuye por el lado de tierra una muralla que la liberta de un golpe de mano.

Pronto salieron de todos lados una multitud de caiques en busca de los peregrinos: el trage, facciones, color, y lengua de los patrones de aquellos barquichuelos, me indicaron al instante la raza árabe y las fronteras del desierto. El desembarco se hizo sin desórden alguno, aunque con la apresuracion que era regular.

En fin, ví venir un barco con mi criado y tres religiosos que me conocieron por mi trage, y comenzaron á saludarme con el mayor afecto. Aunque eran es-

pañoles, y hablaban un italiano que me era difícil entender, nos abrazamos como verdaderos compatriotas. Bajé con ellos á la chalupa, y entramos en el puerto por un agujero abierto entre las rocas, y peligroso hasta para un caique. Los árabes que estaban en la orilla, se metieron en el agua hasta la cintura para sacarnos á hombro; y sucedió allí una cosa chistosa, pues como mi criado llevase un redingote blanquizco, siendo el color blanco señal de distincion entre los árabes creyeron que era el xeque; y así le llevaron como en triunfo, mientras que yo á causa de mi vestido azul tuve que acomodarme en los hombros de un miserable mendigo.

Pasamos en seguida al hospicio de los religiosos, que es una humilde casa de madera en el puerto; pero desde la cual se goza de hermosa vista sobre el mar. Los religiosos me llevaron primero á la iglesia, donde dieron gracias á Dios de haberles enviado un hermano: admirables establecimientos cristianos, por cuyo medio el viagero halla amigos y fa-

vorecedores hasta en los países mas bárbaros.

Los tres religiosos que salieron á recibirme se llamaban los padres Juan Truylos Peña, Alejandro Roma, y Martin Alejano, y los cuales componian entonces toda la comunidad, porque el superior ó cura D. Juan de la Concepcion estaba ausente. Al salir de la iglesia los padres me llevaron á la celdita que me habian destinado, en la que habia una mesa con recado de escribir, una cama, agua fresca, y ropa blanca, lo cual no podia menos de ser muy grato á quien acababa de salir de un buque griego lleno de doscientos peregrinos. Á las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos religiosos que habian venido de Rama, é iban á Constantinopla, y eran los padres Fr. Manuel Sanchez, y Fr. Francisco Muñoz. Digimos en comunidad el *Benedicite*, despues del *de profundis*, recuerdo de la muerte que el cristianismo mezcla con todas las acciones de la vida para hacerlas mas graves, así como los antiguos lo mezcla-

ban en sus banquetes para dar mayor realce á sus placeres. Me pusieron en una mesita aparte y muy aseada, y me sirvieron aves, pescados, y exquisitas frutas, como granadas, sandías, ubas y delicados dátiles, con cuanto vino de Chypre y café de Levante quise tomar. Y mientras que de este modo se me regalaba, los pobres religiosos cenaban un poco de pescado sin sal y sin aceite. Se manifestaban alegres con decencia, y familiares con urbanidad; ni hacían preguntas inútiles y de vana curiosidad, pues solo se trataba de mi viage y de las medidas que había que tomar para que yo lo concluyese con toda seguridad, pues me decían: “Ahora respondemos de vos á vuestra patria.” Habían enviado un propio al xéque de los árabes de la montaña de Judéa, y otro al padre procurador de Rama, y me decía el padre Muñoz: “Os recibimos con corazón *limpido é bianco*.” Inútil cosa era el que este religioso español me asegurase de sus sinceras intenciones, pues fácilmente lo conocía yo en el candor de su rostro y miradas.

Esta tan cristiana y caritativa acogida en una tierra en la que tuvieron su origen el cristianismo y la caridad, esta apostólica hospitalidad en unos parages en que el primer apóstol predicó el evangelio, me penetreban hasta el corazon, y me hacian acordar de que otros religiosos me habian recibido tan cordialmente en los desiertos de América. Y en esto tienen tanto mas mérito los religiosos de Tierra Santa, cuanto que ejerciendo la ilimitada caridad de Jesucristo con los peregrinos de Jerusalem, conservan para sí solos la Cruz que fué plantada en aquellos parages. Este padre del corazon *limpido é bianco* me aseguraba tambien que la vida que hacia cincuenta años llevaba allí, le parecia *un vero paradiso*. ¿Y quereis saber lo que era este parayso? Malos tratamientos de continuo, violentas exâcciones, y amenazas de palos, prision y aun muerte. Estos religiosos en la última fiesta de la pascua de Resurreccion hubieron de lavar la ropa del altar, y el agua impregnada de almidón corrió fuera del hospicio y blan-

queó una piedra: pasó por allí á poco un turco, y reparando en la piedra, fué á dar parte al cadí de que los padres habían compuesto su casa. El cadí vino al instante, y declaró que la piedra que era negra se había puesto blanca, y sin escuchar las razones de los religiosos les sentenció á pagar diez bolsas. El día antes de mi llegada á Jafa, un criado del agá delante de su mismo amo, amenazó al padre procurador del hospicio de que le ahorcaria; y el agá se estaba en tanto retorciendo los vigotes con suma sorna, sin dignarse decir una sola palabra en favor del *perro*, que así llaman ellos por desprecio á los cristianos. Y este es el verdadero paraíso de unos religiosos, que algunos viajeros aseguran que son como pequeños soberanos en la Tierra Santa, y que gozan de los mayores honores. Á las diez de la noche me llevaron los padres á mi celda pasando por un claustro muy largo. Las olas azotaban con fuerza las rocas del puerto, lo que formaba terrible ruido, por manera que como la ventana estaba cerrada pa-

recia una tempestad; pero así que se abrió vimos el cielo muy despejado, la luna clara, el mar sosegado, y el navío de los peregrinos anclado. Sonriéronse los religiosos de la sorpresa que aquello me causaba, y yo les dije en mal latin: *ecce monachis similitudo mundi: quantum cumque mare fremitum reddat, eis placide semper undæ videntur; omnia tranquillitas serenis animis.*

Pasé parte de la noche contemplando aquel mar de Tyro, que la escritura llama el Mar Grande, y por el que iban las escuadras del rey profeta cuando traían los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon; este mar donde Leviathan deja huellas como abismos (1), este mar á quien el Señor puso límites y puertas (2), este mar que vió á Dios, temió y huyó (3). No era aquel bravo océano del Canadá, ni las risueñas olas de Grecia: ácia el me-

(1) Job.

(2) El mismo.

(3) Salmo.

diodia se veía aquel Egipto donde el Señor entró en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos (1). Ácia el norte se elevaba aquella reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes (2). *Ululate, naves maris, quia devastata est fortitudo vestra!..... Attrita est civitas vanitatis, clausa est omnis domus nullo introeunte..... quia hæc erunt in medio terræ..... quomodo si paucae olive quæ remanserunt excutiantur ex oleâ, ut racemi, cum fuerit finita vindemia.* "Ahu-llad, naves del mar, porque destruida fué vuestra fuerza..... herida está la ciudad de las vanidades: cerradas están todas sus casas y nadie entra en ellas..... porque los hombres que permanezcan en estos parages serán como aquellas aceitunas que quedan en el árbol despues de recogido el fruto, ó los racimos despues de la vendimia." Y éste ya es otro género de antigüedades explicadas por

(1) Isaías cap. XIX. 1.

(2) Id. cap. XXIII. 14. XXIV. 10. 13.

otro poeta, pues Isaías viene ahora á ocupar el lugar de Homero.

— Además de esto, el mar que estaba contemplando bañaba á mi derecha los campos de Galiléa, y á mi izquierda los valles de Ascalon: en los primeros hallaba yo las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador, y en los segundos los recuerdos de las cruzadas, y las sombras de los héroes del poema de la Jerusalem.

*Grande e mirabil cosa era il vedere
Quando quel campo, e questo á fronte venne:
Come spiegate in ordine le schiere,
Di mover già, già d'assalire aecenne.
Sparse al vento ondeggiando ir le bandiere
E ventolar su i gran cimier le penne:
Abiti, e fregi, imprese, arme, e colori
D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.*

— “Grande y admirable cosa era el ver acercase de frente ambos campos, y cómo los batallones se colocan por su orden ansiosos de moverse y de combatir. Ondeán en el aire las banderas y los penachos sobre altas cimeras: relumbran y resplandecen con los rayos del sol las ro-

pas, los bordados, las divisas, los colores y las armas de oro y de hierro.”

Y Juan Bautista Rousseau nos pinta en seguida las resultas de esta jornada.

“Despues de tantos estragos, la Palestina vió, en fin, huir á sus enemigos cual las nubes ante el aquilon; y el voraz soplo del viento meridional apenas acabó de consumir sus huesos emblanquecidos en los campos de Ascalon.”

Dolor me causaba el dejar de contemplar aquel mar que tantas y tan sublimes cosas me recordaba; pero fué menester ceder al sueño.

Al otro dia por la mañana, que lo era el 2 de octubre, llegó el padre Fr. Juan de la Concepcion, cura de Jafa y presidente del hospicio. Quise salir á dar una vuelta por la ciudad y ver al agá, que me habia enviado un recado de atencion por mi llegada; pero me disuadió de ello el padre presidente, diciéndome:

“No conoceis á estas gentes: lo que os parece una atencion es una verdadera asechanza. Solo os ha enviado esa visita para saber quién sois, y si teneis rique-

zas que os puedan robar. ¿Quereis ver al agá? Será menester que le lleveis algunos regalos, y aunque no querias, os dará una escolta para Jerusalem: el agá de Rama aumentará esta escolta, y los árabes creyendo que un franco muy rico vá en peregrinacion al Santo Sepulcro, aumentarán los derechos del cañaro, ú os acometerán. Á las puertas de Jerusalem encontrareis acampado al bajá de Damasco, el cual ha venido á sacar las contribuciones antes de partir á la Meca, mandando la caravana: vuestro séquito causará rezelos á este bajá, y os sujetará á mil exâcciones. Cuando llegueis á Jerusalem os pedirán tres ó cuatro mil piastras por vuestra escolta. Luego que el populacho sepa vuestra llegada, os acometerá de tal modo, que aunque tuvieseis millones no podriais contentarlos. Se llenarán las calles de gentes que no os dejarán pasar, y os exponeis á que os hagan mil pedazos antes de llegar á los Santos Lugares. Seguid mis consejos: mañana nos vestiremos en trage de peregrinos é iremos juntos á Rama, donde tendré

respuesta á mis cartas, y si es favorable partireis de noche, y llegareis con toda seguridad y á poca costa á Jerusalem.”

Apoyó el padre estas reflexiones con mil ejemplos, y entre otros, con el de un obispo polaco, á quien un exterior demasiado rico estuvo á pique de costarle la vida dos años antes. Y solo refiero estas cosas para manifestar hasta qué grado de corrupcion han llegado en aquel desgraciado pais el ansia del oro, la anarquía, y la barbárie.

Confiado, pues, en la experiencia de mis religiosos, no salí del hospicio, en donde pasé todo el dia muy agradablemente en conversacion con ellos. Allí vinieron á visitarme el Sr. Contessini, que pretendia el vice-consulado de Jafa, y los señores Damiens padre é hijo, descendientes de Francia, y los cuales habian servido en S. Juan de Acre á Djezzar. Me contaron cosas muy curiosas sobre los últimos sucesos de Siria, y me hablaron de la fama que nuestros ejércitos habian dejado en aquellos desiertos. Cuando los hombres se hallan fuera de

su país, se alegran mucho mas de oírle celebrar que cuando están dentro; y así se ha visto que los emigrados franceses celebraban unas victorias, que parecian condenarles á perpetuo destierro dél (1).

Cuando volví de Jerusalem me detuve cinco dias en Jafa, y tuve tiempo de ver bien toda la ciudad; y aunque parece deberia dejar para entonces el hablar de ella, lo haré aquí para el orden de mi viage, ademas de que entonces no agrada-
 dará tanto á mis lectores esta descripcion, por venir despues de la de los Santos Lugares. Jafa se llamaba antes Jope, lo que significa hermosa y graciosa, *pulchritudo aut decor*, dice Adrichômio. D'anville deriva el nombre actual de Jafa de una forma primitiva de Jope, que es Jafo (2); y advertiré con este motivo que en el país de los hebreos habia otra ciudad llamada Jafa, que tomaron los romanos;

(1) Lo mismo sucedió á Jacobo II cuando el combate de la Hogue, no obstante que por él perdía un reino.

(2) En Siria pronuncian Yafa.

por lo que tal vez se dió despues este nombre á Jope. Si hemos de creer á varios intérpretes, y aun al mismo Plinio, el origen de esta ciudad sube á la mas remota antigüedad, pues que dicen que Jope fué edificada antes del diluvio. Tambien se dice que en Jope fué donde Noé entró en el arca, y que luego que se retiraron las aguas y partió la tierra entre sus hijos, dió á Sém, que era el mayor, todas las tierras que dependian de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. En fin, segun las tradiciones del pais, en Jope está enterrado el segundo padre del género humano.

Segun Pococke, Shaw, y tal vez D'anville, Jope tocó en suerte á Ephraim, y formó la parte occidental de esta tribu con Ramlé ó Rama y Lydda. Pero otros autores, entre ellos Adrichômio, Roger, &c. ponen á Jope en la tribu de Dan. Las fábulas de los griegos se extendieron tambien hasta estas costas. Decian que Jope traía su nombre de una hija de Eolo, y en estas cercanías ponian el suceso de Perseo y Andrómeda.

Segun Plinio , Scauro trajo de Jope á Roma los huesos de aquel monstruo marino que Neptuno envió contra ella. Pausanias dice que cerca de Jope se veía una fuente donde Perseo se lavó la sangre con que le habia salpicado aquel monstruo , de donde provino que el agua de la fuente quedó teñida de color rojizo; y en fin S. Gerónimo dice que en su tiempo enseñaban aún las gentes del pais la roca y la cadena adonde suponian habia estado atada Andrómeda.

En este puerto entraban las escuadras del Rey Hyran , que venian cargadas de cedros para el templo de Salomon , y aquí fué donde se embarcó el profeta Jonás , cuando huía de la ira del Señor. Jope fué tomada cinco veces por los egipcios , los asirios , y los diferentes pueblos que guerrearon contra los judíos , antes que los romanos pasasen al Asia. Fué luego una de las once Toparchías donde se adoraba el ídolo Ascarlen. Judas Macabeo quemó esta ciudad , porque sus habitantes habian degollado doscientos judíos. Estando en ella S. Pedro resucitó

á Tabitha, y habitando en casa de Simon coriario, ó el zurrador, recibió á los que habian venido á verle desde Cesarea. Al principio de la guerra judaica, Jope fué destruida por Cestio. Habiendo unos piratas vuelto á levantar sus murallas, Vespasiano la destruyó de nuevo, y puso guarnicion en la ciudadela.

Hemos visto que Jope duraba aún dos siglos despues, en tiempo de S. Gerónimo, quien la llama Jafo, y con toda Siria sufrió el yugo de los sarracenos. Tambien hallamos noticias de ella en los historiadores de las Cruzadas. El anónimo que comenzó la coleccion *Gesta Dei per Francos*, cuenta que hallándose el ejército de los cruzados bajo las murallas de Jerusalem, Godofre de Bullon envió á Raymundo Pilet, Acardo de Momme-llu, y á Guillermo de Sabran, para que guardasen los navíos genoveses y pisanos que habian llegado al puerto de Jafa: *Qui fideliter custodirent homines et naves in portu Japhiæ*. El judío Benjamin de Tudela habla tambien de ella ácia esta época con el nombre de Gapha: *Quinque*

abhinc leucis est Gapha olim Japho, aliis Joppe dicta, ad mare sita; ubi unus tantum Judæus, isque lanæ inficiendæ artifex est. Saladino echó de Jafa á los cruzados, y Ricardo Corazon de Leon echó luego á Saladino. Los sarracenos volvieron á entrar en ella y degollaron á los cristianos. Pero la primera vez que S. Luis fué á la conquista de la Tierra Santa, ya no estaba esta ciudad en poder de los infieles, si no de Gautiero de Briena, que tomaba el título de conde de Jafa, segun este pasage del Sire de Joinville en frances antiguo.

“Y cuando el conde de Jafa vió que el rey venia, arregló y puso su castillo de Jafa en tal punto, que muy bien se semejaba á una buena ciudad defensible; pues á cada una de sus almenas habia muy bien quinientos hombres, y cada uno de ellos tenia una tablachina con sus armas, lo cual era muy hemoso de ver, pues estas armas eran de oro finísimo, con una muy rica cruz de gules. Nos acampamos en derredor de este castillo, que estaba al ras del mar, y en una isla, y el rey

hizo comenzar á edificar un pueblecito junto al castillo de uno á otro mar, en cuanto habia de tierra."

La reina, esposa de S. Luis, dió á luz en Jafa una niña, á la que se dió el nombre de Blanca; y en la misma ciudad recibió el santo rey la noticia de la muerte de su madre, y al oirla se arrodilló, y dijo: "Os doy gracias, Dios mio, de que me habeis conservado á mi querida madre todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad, y de que ahora os place llevarla para vos. Es verdad que la amaba mas que á todas las criaturas del mundo, y lo merecia; pero pues que vos me la habeis quitado, sea bendito vuestro nombre en toda la eternidad."

Mientras los cristianos fueron dueños de Jafa, hubo en ella un obispo sufragáneo de la silla de Cesarea; pero cuando tuvieron que salir enteramente de la Tierra Santa, Jafa volvió á caer con toda Palestina bajo el yugo de los soldanes de Egipto, y despues bajo la dominacion de los turcos.

Desde aquella época hasta la presente

hallamos el nombre de Jope ó Jafa en todos los viages á Jerusalem; pero la ciudad, cual en el dia se vé, no tiene mas de un siglo de antigüedad; pues que Monconys que estuvo en Palestina en 1647, no halló en Jafa mas que un castillo y tres cuevas abiertas en la roca. Thevenot añade que los religiosos de Tierra Santa habian levantado delante de estas cavernas unas barracas de madera, y que los turcos se las hicieron derribar; y de este modo se entiende un pasage de la relacion de un religioso veneciano, el cual dice que cuando llegó á Jafa encerraban á todos los peregrinos en una cueva. Los demas viageros convienen unánimemente en el corto recinto y suma miseria de Jafa.

Se puede leer en Mr. de Volney todo lo perteneciente á la Jafa moderna, á la historia de los sitios que ha sufrido durante las guerras de Dáher y de Ali-Bey, y lo demas acerca de sus exquisitas frutas y deliciosos jardines; y yo añadiré aún alguna cosa, y hablaré de los sucesos posteriores.

Ademas de las dos fuentes de Jafa de que hablan los viageros, se halla agua dulce á todo lo largo del mar subiendo ácia Gaza, y basta con ahondar un poco con la mano en la arena, para que salte á la orilla misma del agua del mar una fuente fresca y cristalina.

— Jafa, tan maltratada ya en las guer-
ras de Dáher, ha sufrido mucho en es-
tos últimos tiempos. Los franceses man-
dados por Buonaparte la tomaron de a-
salto en 1799; y cuando se volvieron al
Egipto, los ingleses unidos con las tro-
pas del gran visir levantaron un baluar-
te en el ángulo sureste de la ciudad, y
fué nombrado gobernador de ella un fa-
vorito del gran visir llamado Abou-Mar-
ra. Luego que partió de allí el ejército
otomano, vino á poner sitio á Jafa Djez-
zar, bajá de Acre, enemigo del gran vi-
sir. Abou-Marra se defendió valerosa-
mente durante nueve meses, y pudo es-
capar por mar: las ruinas que se vén al
oriente de la ciudad son las resultas de
aquel sitio. Despues de la muerte de Djez-
zar, Abou-Marra fué nombrado bajá de

Gedda, en las costas del mar Rojo. El nuevo bajá tomó la ruta por Palestina, y haciéndose rebelde, como muy á menudo sucede en Turquía, se detuvo en Jafa negándose á pasar á su gobierno. El bajá de Acre, Suleiman-Bajá, segundo sucesor de Djezzar (1), tuvo orden de acometer al rebelde, y se puso de nuevo sitio á Jafa. Despues de una débil resistencia, Abou-Marra se amparó de Mahamet-Bajá-Adem, á quien entonces acababan de nombrar bajá de Damasco.

Aguardaba impaciente el instante de mi partida para Jerusalem. El dia 3 de octubre á las cuatro de la tarde, mis criados se pusieron unos sacos hechos de pelo de cabras, que se fabrican en el Egipto superior, y semejantes en todo á los que llevan los beduinos, y yo me puse otro encima de mi vestido, y montamos en unos caballejos que llevaban albardones

(1) El sucesor inmediato de Djezzar se llamaba Ismael-Bajá; y tambien se apoderó del mando á la muerte de Djezzar.

por sillas, sirviéndonos unas sogas de estribos. El presidente del hospicio iba al frente como si fuese un hermano lego: un árabe casi en cueros nos servía de guía, y otro cuidaba del borricuelo donde iban los equipages. Salimos por la puerta falsa del convento, y nos dirigimos á la de la ciudad que cae al mediodía, por entre las ruinas y escombros de las casas que fueron destruidas en los últimos sitios que padeció la ciudad. Llevábamos el camino por entre unos jardines, que en otro tiempo debían ser deliciosos, y que han alabado algunos viajeros modernos; pero han sido destruidos por los diferentes partidos que se han disputado las ruinas de Jafa. Sin embargo, aún quedan algunos granados, higueras de Faraon, limoneros, palmeras y bosquecillos de nopales, ó higueras chumbas y de manzanos, que también se cultivan en las cercanías de Gaza, y aun en el convento del monte Sinay.

Entramos en la llanura de Saron, cuya hermosura alaba la Sagrada Escritura. Cuando el padre Neret pasó por allí

en abril de 1713, estaba cubierta de tulipanes, cuyos variados colores, dice, formaban una muy agradable vista. Las flores que cubren por la primavera estos célebres campos, son las rosas blancas y encarnadas, los narcisos, las anémonas, los lirios blancos y amarillos, los alelíos, y una especie de siempreviva muy olorosa. Esta llanura se extiende por toda la costa del mar desde Gaza al mediodía hasta el monte Carmelo al norte; al levante la ciñen las montañas de Judéa y de Samaria. No es igual en toda su extensión, pues forma cuatro vegas separadas unas de otras por una cordillera de estériles rocas. El terreno viene á ser una arena finísima ya blanca, ya rojiza, y sin embargo muy fértil; pero gracias al despotismo de los musulmanes no produce mas que cardos y maleza, y solo se vén de cuando en cuando algunos miserables plantíos de algodoueros, de cebada, y de trigo. De grande en grande distancia se vén algunos lugarejos arruinados, y algunos olivares y bosquecillos de sicómoros. Al medio del camino, desde

Jafa á Rama, se halla un pozo del que hablan todos los viageros. Cerca de este pozo hay un olivar, que la tradicion del pais dice fué plantado en tiempo de Godofre de Bullon. Desde este paraje se descubre la ciudad de Rama, ó Rámata, situada en un paraje delicioso al fin de una de estas vegas. Antes de entrar en la ciudad nos apartamos del camino para ver una cisterna que fué edificada por la madre de Constantino (1). Se baja á ella por veinte y siete escalones: tiene treinta y tres pies de largo y treinta de ancho, y la sostienen veinte y cuatro arcos, entrándole las aguas por otras tantas bocas ó agujeros. Desde allí, y pasando por un bosquecillo de nopales, lle-

(1) Si hemos de creer las tradiciones del pais, Santa Helena habrá edificado todos los monumentos de la Palestina, lo que no conviene con la mucha edad de esta princesa cuando hizo el viage á Jerusalem. Pero sin embargo, es cierto por el unánime testimonio de Eusebio, S. Gerónimo, y todos los historiadores eclesiásticos, que Santa Helena contribuyó mucho á restablecer los Santos Lugares.

*

gamos á la torre de los Cuarenta Mártires, que ahora es solo el minareto de una mezquita abandonada; pero antes fué el campanario de un monasterio del que quedan aún muy hermosas ruinas, que consisten en especies de pórticos muy semejantes á los de las caballerizas de Mecenas en Tibur, hoy Tívoli. Dícese que S. José, la Vírgen y el Niño se detuvieron aquí cuando la huida á Egipto; y en efecto seria un paisaje muy hermoso para copiado en un cuadro del descanso de la Santa Familia, y muy semejante al admirable cuadro de Claudio el Lorenés, que está en el palacio Dória en Roma.

Sobre la puerta de la torre se lee una inscripcion árabe que copió Volney, y allí cerca hay una antigüedad milagrosa que describió Muratori. Despues de haber visto estas ruinas, pasamos cerca de un molino abandonado, que Mr. de Volney cita como el único que vió en Siria; pero en el dia hay muchos mas. Bajamos al pueblo de Rama y fuimos al hospicio de los religiosos de Tierra Santa, y

el cual habia sido saqueado y maltratado cinco años antes: me enseñaron el sepulcro de un religioso que fué muerto en aquella ocasion. En fin, los padres habian logrado el permiso de hacer en él las reparaciones mas urgentes.

En Rama recibí muy buenas noticias, pues hallé allí al dragoman del convento de Jerusalem, que el guardian enviaba á mi encuentro; y al mismo tiempo el caudillo árabe, á quien los padres habian avisado, y que debia servirme de escolta, estaba aguardándome por aquellos campos, pues el agá de Rama no permitia á los beduinos que entrasen en la ciudad. La mas poderosa tribu de las montañas de Judéa reside en la aldea de Jeremías, y abre ó cierra, segun le place, el camino de Jerusalem á los peregrinos. El xeque de esta tribu hacia muy poco tiempo que habia muerto, dejando por tutor de su hijo Utman al tío de este Abou-Gosh, el cual tenia dos hermanos llamados Djiaber y Ibraim-Habd-el-Rouman, los cuales me acompañaron á mi vuelta.

Se dispuso que yo partiria á media noche, y como aún era de dia cenamos en el terrado del convento. Los monasterios de Tierra Santa se parecen á unas fortalezas macizas y aplastadas, y de ningun modo se semejan á los monasterios de Europa. Gozábamos de una hermosa vista desde aquellos terrados: las casas de Rama son unas chozas de tierra y yeso, que rematan en media naranja como la de una mezquita, ó el sepulcro de algun santón: parecen colocadas en un bosque de olivas, de higueras y de granados, y están enmedio de grandes nopales de formas muy variadas y raras, desordenadamente amontonadas sus espinosas palas. De entre este confuso monton de árboles y casas se elevan en los aires las mas hermosas palmeras de Idumea. Principalmente habia enmedio del patio del convento una tan corpulenta y hermosa, que no me cansaba de mirarla, pues se remontaba como una columna de mas de treinta pies de alto, desplegando luego con gracia sus encorbadas ramas, que cubrian los racimos de dátiles

medio maduros y tan encarnados como un coral.

Rama es la antigua Arimathías, patria de aquel hombre justo que tuvo la dicha de dar sepultura á nuestro Señor. En Lod, Lydda, ó Diospolis, que es una aldea á media legua de Rama, fué donde S. Pedro sanó á Enea el paralítico.

Salimos de Rama el 4 de octubre á media noche, y el padre presidente nos llevó por caminos extraviados al parage á donde nos aguardaba Abou-Gosh, y luego se volvió á su convento. Nuestra tropa se componia de este cuadrillo árabe, del dragoman de Jerusalem, de mis dos criados, y del beduino de Jafa, que cuidaba del equipage. Nosotros llevábamos siempre el trage de unos pobres peregrinos, pero íbamos bien armados debajo de nuestras miserables ropas. Despues de haber andado como una hora por un terreno desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las montañas de Judéa, pasando por una rambla que dá vuel-

ta á un montecillo árido y aislado. Encima de este montecillo se veían las ruinas de una aldea y de un cementerio abandonado: esta aldea se llama la del *Ladron*, porque en efecto es la patria de S. Dimas ó el Buen Ladron. Tres millas mas allá entramos ya en los montes, siguiendo siempre el camino de la rambla: la luna habia menguado mucho, y así apenas nos alumbraba en aquella hondonada, en la que oíamos bien cerca de nosotros el áspero gruñido de los jabalíes. Al contemplar aquellos solitarios y estériles parages, comprendí muy bien por qué la hija de Jephthé queria llorar sobre la montaña de Judéa, y por qué los profetas iban á lamentarse á los parages encumbrados. De que amaneció nos hallamos entre montañas de forma cónica, muy semejantes entre sí y unidas unas á otras por su base. La roca que forma el nucleo de estas montañas rompe por entre ellas; y sus fajas ó cornisas paralelas formaban como el graderío de un anfiteatro romano. En los recodos de estas montañas se veían algunas carrascas, bo-

jes y adelfas, y en lo interior de las cañadas ó ramblas que allí se forman, y en las vertientes de las montañas algunos olivares. Habiendo llegado á lo mas alto de los montes, y volviendo la vista al camino que acabábamos de andar, descubrimos ácia el mediodia y el occidente, la llanura de Saron hasta Jafa, y el horizonte del mar hasta Gaza; y enfrente, esto es, al norte y levante, comenzaba el valle de S. Jeremías; y siguiendo la misma direccion, y en lo alto de unas rocas, se descubre á lo lejos una fortaleza antigua llamada el castillo de los Macabeos. Créese que el autor de las Lamentaciones nació en la aldea que ha conservado su nombre enmedio de estos montes, aunque esta tradicion no se sostiene en buena crítica. Pero lo cierto es que la tristeza de estos parages parece respirar en los cánticos de este profeta del dolor.

Sin embargo, al acercarme á la aldea de S. Jeremías me consolé con una vista no esperada, y fué descubrir algunos rebaños de cabras de casta de orejas caí-

das, y carneros de colas largas, y asnos que por su hermosura me hacian acordar del onagro que nos pinta la Sagrada Escritura. Era el amanecer y salian de la aldea para ir á pastar. Las mugeres árabes estaban secando las ubas en las viñas: algunas tenian el rostro tapado con un velo, y llevaban un cántaro de agua sobre la cabeza, como las hijas de Madian. El humo de la aldea subia formando una blanca niebla alumbrada por los primeros rayos del sol: se oían confusas voces y alegres cantinelas, lo cual formaba para mí un agradable contraste con la aridez de aquellos parages, y el recuerdo de la pasada noche.

Nuestro caudillo árabe habia recibido adelantado el derecho que aquella tribu exige de los viageros, y así pasamos sin estorbo alguno. Quedé admirado cuando de pronto oí gritar clararamente en frances: "Adelante, marchen." Volví la cabeza y ví una cuadrilla de muchachuelos árabes en cueros, que hacian el egercicio, teniendo por fusiles unas ramas de palmera. No pude menos de llenarme de

gozo al ver aquellos beduinos de las montañas de Judéa imitar nuestros ejercicios militares. No me asusté tanto por ello como cuando Robinson oyó hablar á su papagayo, pero no fué menos mi alegría. Dí algunos medines á aquel batallon de chicuelos, y les dije: "Adelante, marchen;" y para no olvidar nada, añadí: "Dios lo quiere, Dios lo quiere," como decian los compañeros de Godofre y de S. Luis.

Desde el valle de Jeremías bajamos al del Terebinto, que es mas hondo y estrecho que aquel, y tiene algunas viñas y cañizares. Llegamos al torrente donde David siendo jóven tomó las cinco piedras con que mató al gigante Goliat; y le pasamos por un puente de piedra, el único que se halla en aquellos desiertos: aun se veían algunos charcos de agua estancada. Allí cerca y á mano izquierda, en la parte baja de una aldea llamada Kaloni, descubrí las ruinas de un edificio antiguo entre otras mas modernas. El abate Mariti dice que es obra de ciertos religiosos, pero es un error muy grave,

pues si la arquitectura de este monumento no es hebraica, es ciertamente romana, no dejando duda alguna en ello el tamaño, corte, y aplomo de las piedras.

Luego que se pasa el torrente se descubre la aldea de Keriet-Lefta á la orilla de otro torrente ó rambla enteramente seca. Á lo lejos, y en la cumbre de un encumbrado monte, se descubre el pueblo de El-Biré en el camino de Nablous, Nabolos, ó Nabolosa, que es el Sichêm del reino de Israel, y el Neapolis de los Herodes. Seguimos penetrando en aquellos desiertos, donde solo hallábamos de cuando en cuando algunas higueras silvestres. Hasta allí habíamos visto algun verde en el campo, pero este comenzó á aparecer mas desnudo de toda planta, y las montañas mas encumbradas, ásperas y estériles, cuyo color era de un rojo muy encendido. Tardamos una hora en trepar por aquellos encumbrados y espantosos cerros, y llegamos á la cumbre, andando otra hora por la llanura ó mesa que se forma encima, y era igualmente estéril y llena de guijar-

ros. De pronto y al otro extremo de esta llanura, descubrí una línea de murallas góticas flanqueadas de torres cuadradas, detrás de las cuales se descubrían algunos edificios. Al pie de estas murallas se divisaba un campamento de caballería turca con toda la pompa oriental. El guía exclamó: "El-Cods!" La Santa (Jerusalén) y escapó á galope, porque aunque Abou-Gosh era vasallo del gran Señor, temia que el bajá de Damasco, que acampaba allí, le hiciese pagar alguna suma de dinero, ó le mandase apalear.

Entonces comprendí muy bien lo que los historiadores y viajeros nos cuentan del gozo y admiracion de los cruzados y peregrinos al ver por primera vez á Jerusalén (1). Puedo asegurar que cualquie-

(1) *O bone Jesu, ut castra tua viderunt hujus terrenæ Jerusalem muros, quantos exitus aquarum oculi eorum deduxerunt! Et mox terræ procumbentia, sonitu oris et nutu inclinati corporis sanctum sepulchrum tuum salutaverunt, et te, qui in eo jacuisti, ut sedentem in dexterâ Patris,*

ra que como yo haya tenido la paciencia de leer unas doscientas descripciones modernas de la Tierra Santa, las compilaciones rabínicas, y los pasages de los antiguos acerca de Judéa, aún no conoce nada. Me quedé mirando fijamente á Jerusalem, y contemplando la altura de sus murallas, y recordándome de toda la historia desde Abraham hasta Godofre de Bullon; y pensando en la suerte del género humano enteramente cambiada por la venida del Mesías, y buscando en

ut venturum judicem omnium, adoraverunt. Rob., Monachus. lib. IX.

Ubi veró ad locum ventum est, undè ipsam turritam Jerusalem possent admirari, quis quàm multas ediderint lachrymas dignè recenseat? Quis affectus illos convenienter exprimat? Extorquebat gaudium suspiria, et singultus generabat immensa lætitia. Omnes visa Jerusalem substiterunt, et adoraverunt; et flexo poplite terram sanctam deosculati sunt: omnes nudis pedibus ambulavit, nisi metus hostilis eos armatos incedere debere præciperet. Ibant et flebant; et qui orandi gratiâ convenerant, pugnaturi prius arma deferebant. Fleverunt igitur super illam, super quam et Christus illorum fleverat: et mirum in

vano aquel templo del cual *no queda piedra sobre piedra*. Aun cuando yo viviese mil años, jamás olvidaré aquel desierto que parece respirar aún la grandeza de Jéhova, y los espantos de la muerte.

Los gritos del dragoman que me decía nos apiñásemos, pues íbamos á pasar por el campamento de los turcos, me volvieron del enagenamiento en que habia caído á la vista de los Santos Lugares. Pasamos por entre las tiendas de campaña, que eran todas de pieles de carne-

modum, super cuam flebant, feriâ tertiâ, octavo idus junii, obsederunt: Obsederunt, iuquam, non tanquàm novercam privigni, sed cuasi matrem filii. Baldric. *Hist. Jerosol.* lib. IV. -

El Taso ha imitado este pasage:

*Ecco apparir Gierusalem si vede;
Ecco additar Gierusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
Gierusalemme salutar si sente, &c. &c.*

Las estrofas que siguen son admirables:

*Al grand piacer che quella prima vista
Dolcemente spiro nell'altrui petto,
Alta contrition successe, etc.*

ros negros, bien que habia algunos pabellones de tela rayada, principalmente el del bajá. Los caballos estaban ensillados y atados á las estacas. Me admiré de ver cuatro piezas de artillería de á caballo muy bien montadas, y las cureñas me parecieron inglesas. Nuestro trage y rara comitiva hicieron reir á los soldados. Al llegar junto á la puerta de la ciudad vimos al bajá que salia de ella, y al instante me quité el pañuelo que llevaba sobre el sombrero para resguardarme del sol, temiendo no me hiciesen algun daño tomándolo á desacato.

Entramos en Jerusalem por la puerta de los Peregrinos, junto á la cual se halla la torre de David mas conocida con el nombre de torre de los Pisanos. Pagamos el tributo, y seguimos la calle que estaba enfrente, y luego tomando á la izquierda por entre unas malas casucas de yesones, llegamos á las doce y veinte y dos minutos al monasterio de los padres latinos, del cual se habian apoderado los soldados de Abdallah, que querian les diesen cuanto se les antojaba.

Es menester hallarse en la triste situación de los padres de Tierra Santa para comprender el placer que les causó mi llegada, pues con esto se creyeron ya libres de todo insulto. Entregué al padre Buenaventura de Nola, que era el guardian del convento, la carta que el general Sebastiani me habia dado para él; y el guardian me dijo: parece que la Providencia os ha traído en tan crítica ocasion. Sin duda tendreis firmanes del gran Señor, y en este caso permitidme se los envíe al bajá, pues con esto sabrá que un frances ha llegado al convento, y que gozamos de particular proteccion. El año pasado nos obligó á pagarle sesenta mil piastras, siendo así que no es costumbre darle mas que cuatro mil, y esto á título de regalo. Quiere que este año le demos la misma cantidad, y nos amenaza con los mas crueles castigos sino se la damos. Nos veremos obligados á vender los vasos sagrados, pues hace cuatro años que no recibimos limosnas de Europa; y si esto continúa así, por fuerza habremos de abandonar la Tierra San-

ta, y entregar á los mahometanos el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

A grande dicha tuve el poder hacer este corto favor al padre guardian: sin embargo, le supliqué me dejase ir al Jordán antes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viage siempre peligroso, pues Abdallah hubiera podido hacerme asesinar en el camino, echando luego la culpa á los árabes.

El padre Clemente Perez, procurador general del convento, y sugeto no menos instruido que atento, me llevó á la hospedería de los peregrinos. Dejé allí todo mi equipage, y me dispuse al instante para salir de Jerusalem, aunque mas necesitaba de descanso, que de habérmelas con los árabes del Mar Muerto. Mucho tiempo hacia que vagaba por mar y tierra para llegar á los Santos Lugares, y apenas estaba al fin de mi viage, cuando me alejaba de nuevo. Pero creí que debía hacer aquel sacrificio por unos religiosos que de continuo sacrifican por caridad y virtud sus bienes y aún sus vidas. Y tambien hubiera podido conciliar

el interes de aquellos religiosos con mi propia seguridad, desistiendo del viage al Jordán, y poniendo límites á mi curiosidad.

Mientras se disponia mi partida, los religiosos fueron á cantar al coro, y con este motivo supe que se celebraba la fiesta del santo fundador de la órden, y me acordé que en efecto era el cuatro de octubre, dia de S. Francisco, que es el de mi nacimiento y nombre. Fuí tambien al coro, donde hice oracion por el alma de la que en semejante dia me echó al mundo. *Paries liberos in dolore.* Tengo á gran dicha que mi primera oracion en Jerusalem no haya sido por mí. Consideré con sumo respeto á aquellos religiosos que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del Santo Sepulcro, y no podia menos de enternecerme al contemplar aquella débil, pero invencible milicia, que ha quedado sola para la guardia del santo sepulcro, que no pudieron defender los reyes.

El padre guardian envió á buscar un turco llamado Ali-Agá para que me lle-

*

vase á Belen. Este Ali-Agá era hijo de un agá de Rama, á quien el tirano Djezar hizo cortar la cabeza: habia nacido en Jericó, llamado hoy Rihha, y se intitulaba gobernador de aquella aldea: era hombre resuelto y animoso, y me fué muy útil. Lo primero que hizo fué mandarnos que yo y mis criados nos quitásemos las ropas árabes para tomar el traje frances, pues aunque antes era despreciado de los orientales, en el dia les infunde respeto y temor, á causa de que los franceses han recobrado la fama que tuvieron antes en este pais, pues caballeros franceses fueron los que restablecieron el reyno de Jerusalem, asi como fueron soldados franceses los que cogieron las últimas palmas de Idumea; y asi es que los turcos os enseñan á un mismo tiempo la torre de Balduino, y el campo del Emperador: aún se vé en el Monte Calvario la antigua espada de Godofre de Bullon, que parece estar guardando el Santo Sepulcro.

A las cinco de la tarde ya teniamos allí tres buenos caballos: tambien nos

acompañó el dragoman del convento llamado Miguel. Allí se puso al frente de todos nosotros, y partimos para Belen, donde debíamos hacer noche, y tomar una escolta de seis árabes. Habia yo leído que el guardian de S. Salvador es el único franco que tiene el privilegio de montar á caballo en Jerusalem, y así extrañé el que me trajesen una yegua árabe, pero supe despues que todo viagero puede hacer lo mismo por su dinero. Salimos de Jerusalem por la puerta de Damasco, y despues tirando á la izquierda, y pasando unas ramblas al pie del Monte Sion, trepamos á una montaña, por cuya cumbre anduvimos una hora. Dejábamos á Jerusalem á la espalda y á la parte del norte, al poniente se veían las montañas de Judéa, al levante y mas allá del Mar Muerto las montañas de Arabia. Pasamos por el convento de S. Elías, y me hicieron reparar en una oliva y una peña que está á la orilla del camino, y es el parage en que el profeta descansaba cuando iba á Jerusalem. Una legua mas allá entramos en el campo de Ra-

ma, donde se halla el sepulcro de Raquel, el cual es un edificio cuadrado que remata en media naranja y goza de los privilegios de mezquita, pues los turcos y los árabes reverencian á los patriarcas. Las tradiciones de los cristianos convienen en que en estos parages está enterada Raquel, y la crítica histórica favorece esta opinion; pero no obstante lo que aseguran Thevenot, Monconys, Roger y tantos otros, no puedo reconocer un monumento antiguo en lo que ahora llaman el sepulcro de Raquel, y sin duda es una fábrica turca dedicada á algun santón.

Ya habia anochecido, y descubrimos en el monte las luces de la aldea de Rama: reinaba un profundo silencio, y sin duda en una noche muy semejante fué cuando se oyó de pronto la voz de Raquel: *Vox in Ramâ audita est, ploratus et ululatus multus; Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.* Aquí quedan vencidas la madre de Astyanacte y la de Eurialo; y Homero y Virgilio ceden la palma del dolor á Jeremías.

Por un camino estrecho y escabroso llegamos á Belen, y llamamos á la puerta del convento, lo que asustó á los religiosos porque no esperaban á nadie, y les espantó el turbante de Alí, pero pronto se sosegaron.

Belen ó Bethlehem, debió su nombre, que significa *la Casa de Pan*, al patriarca Abraham. Tambien se llamó Ephrata (Fructuosa) del nombre de la muger de Caleb, para distinguirla de otro Bethlehem de la tribu de Zabulon: correspondia á la tribu de Judá y se la llamó tambien ciudad de David, por ser patria de este Santo rey, y en la que siendo muchacho guardaba los ganados. Abissan, séptimo juez de Israel, Elimelech, Obed, Jessé y Booz, nacieron como David en Belen, y aqui debemos colocar la admirable égloga de Ruth. El apóstol S. Matías tuvo tambien la dicha de nacer en la misma ciudad que el Mesías.

Los primeros cristianos edificaron un oratorio sobre el Santo Pesebre. Adriano lo derribó para poner allí una estatua de Adonis; pero santa Helena mandó hacer

pedazos el ídolo, y que se construyese en el mismo parage una iglesia, cuya arquitectura se confunde en el dia con las diferentes obras añadidas por los príncipes cristianos. Todos saben que S. Gerónimo se retiró á Belen. Los crnzados conquistaron esta ciudad, la que volvió á caer bajo el yugo de los infieles cuando Jerusalem, pero siempre ha sido venerada por los peregrinos, y durante siete siglos la han guardado los santos religiosos sufriendo perpétuamente tormentos, y aun el martirio. En cuanto á la ciudad moderna, su terreno, producciones y habitantes, puede leerse á Mr. de Volney; pero yo no he advertido en el valle de Belen la fertilidad que se le atribuye, bien es cierto que bajo el gobierno de los turcos, el terreno mas fértil se convierte en un desierto en pocos años.

El dia 5 de octubre á las cuatro de la mañana comencé á recorrer los monumentos sagrados de Belen, y aunque se han dado ya muchas descripciones de ellos, presenta por sí tanto interés el a-

sunto, que no podré menos de tratar aquí de él.

El convento de Belen comunica con la iglesia por medio de un patio cerrado con altas paredes. Pasamos por este patio y entramos en la iglesia por una puertecita lateral. Esta iglesia es ciertamente de muy remota antigüedad; y aunque muchas veces ha sido destruida y reparada, conserva aún las señales de su origen griego. Tiene la figura de una cruz: la nave mayor, ó si se quiere el pie de la cruz, está adornado con cuarenta y ocho columnas de orden corintio, colocadas en cuatro filas. Estas columnas tienen dos pies y seis pulgadas de diametro cerca de la basa, y diez y ocho pies de alto, comprendiendo la basa y el capitel. Como á esta nave le falta la bóveda, las columnas solo sostienen un friso de madera que reemplaza al arquitrabe, y ocupa el lugar de todo el entablamento. De encima de las paredes arranca una armazon de madera en forma de media naranja, pero parece que jamas llegó á concluirse. Dícese que to-

da esta armazon es de cedro, pero se equivocan los que lo aseguran. En las paredes de la iglesia hay muy grandes ventanas; y estas paredes estuvieron en otro tiempo adornadas de cuadros hechos de mosayco, y de textos del Evangelio en caractéres griegos y latinos, y de los cuales aun quedan algunos; pero Quaresmio trae casi todas estas inscripciones.

Los restos de los mosaycos que aun se encuentran, y algunos cuadros pintados en tabla, son de bastante importancia para la historia del arte, pues por lo regular presentan figuras de frente, rectas, de un estilo duro, sin movimiento ni sombras; pero el efecto que producen es magestuoso, y el carácter noble y severo.

La secta de los armenios está en posesion de la nave que acabo de describir, y se halla separada de los otros tres brazos ó partes de la cruz por una pared, de manera que la iglesia ha perdido la unidad de forma que tuvo al principio. Pasada esta pared se halla uno delante del santuario ó coro que ocupa lo alto de la cruz, y se eleva por tres gradas de

lo demas de la nave. Aquí se vé un altar que está dedicado á los reyes magos. Sobre el pavimento, y en la parte baja de este altar, hay una estrella hecha de mármol, y es tradicion que esta estrella corresponde al mismo punto del cielo donde se detuvo la estrella milagrosa que guió á los tres reyes. Lo cierto es que el parage en que nació el Salvador del mundo se halla perpendicularmente debajo de esta estrella de mármol, en la iglesia subterránea del Santo Pesebre, y de la cual voy á hablar ahora. Los griegos ocupan el santuario de los imagos, y las otras dos naves que forman los verdaderos brazos de la cruz; mas estas dos últimas naves no tienen altares ni adorno alguno (1).

Nota del Traductor.

(1) Para comparar el estado moderno de esta iglesia con el antiguo, copiaremos aqui las dos descripciones que de ella se hallan en el viage que Francisco Guerrero hizo á Jerusalem en el año de 1588, y en el del padre Fr. Antonio del Castillo, en 1626, que publicó luego con el título

Se baja á la iglesia subterránea que está bajo de este coro por dos escaleras que cada una de ellas tiene quince escalones, y comienzan á los dos lados del coro de la iglesia exterior. Esta es la capilla para siempre reverenciada del nacimiento del Señor. Anees de entrar en ella el padre guardian me puso una vela en la mano, y me hizo una breve plática. Esta santa gruta es de forma irregular, porque ocupa el irregular espacio del establo y del pesebre. Tiene treinta y sie-

del *Devoto Peregrino*, aunque son obras que andan en manos de todos.

El primero dice así: «Esta santa iglesia que está encima del Nacimiento, es hermosa en gran manera, aunque está desnuda en parte de su hermosura, porque todas las paredes y suelo de ella estuvieron cubiertas de losas de mármol, y los turcos las han quitado de pocos años á esta parte para llevar á sus mezquitas. Es de tres naves, la de enmedio es bien alta: están edificadas sobre columnas de mármol muy ricas, grandes y bien colocadas, de una pieza cada una, que serán como cuarenta y ocho columnas.»

«Sobre las columnas están sentadas vigas que atraviesan de la una á la otra de cedro, muy

te pies y medio de largo, once pies y tres pulgadas de ancho, y nueve pies de alto. Está abierta en la peña viva y cubierta de mármol, y tambien es de muy precioso mármol el pavimento de la gruta; y se atribuyen estos adornos á Santa Helena. La iglesia no recibe luz alguna de fuera, y está alumbrada por treinta y dos lámparas regaladas por diferentes príncipes cristianos. En lo mas interior de la gruta, y al lado del oriente, está el parage donde la Santísima Vírgen dió á

bien labradas, y de allí arriba hay otros arcos de piedra, y sobre ellos en el un lado está labrado de mosayco riquísimo la generacion de Cristo nuestro Redentor, como la escribió S. Mateo; y del otro lado como la escribió S. Lucas, de figuras de medio cuerpo arriba con sus nombres.”

El segundo la describe en estos términos. «Tiene la iglesia cinco naves, sentadas sobre cincuenta y dos columnas de pórfido que no tienen precio, ni hay otras iguales en el mundo: están en cuatro órdenes de á diez cada una. La nave de enmedio tiene de ancho cuarenta y tres palmos, y cada una de las otras naves tiene diez y seis. Las basas son de tres palmos de altura en cuadro, y dista una de otra nueve palmos. Desde la puerta ma-

luz al Redentor de los hombres, el cual parage se distingue por estar cubierto de mármol blanco embutido de jaspe, rodeado de un cerco de plata con rayos en forma de sol, y alrededor se leen estas palabras:

**HIC DE VIRGINE MARIA
JESUS CHRISTUS NATUS EST.**

Una losa de mármol, que sirve de altar, se sostiene en los lados de la piedra,

yor hasta el nicho del altar mayor, hay doscientos y sesenta y dos palmos y medio. El diametro de los nichos es de treinta y ocho palmos. Las columnas son de veinte palmos. La altura de la iglesia medida desde la superficie de los chapiteles hasta el ventanage es de treinta y cinco palmos, y desde las ventanas al techo de treinta y cinco. Por manera, que desde el pavimento al techo hay setenta palmos de altura.»

«Las paredes de esta iglesia del medio arriba están todas de mosayco, con muchas historias del testamento viejo y nuevo, apropiadas al misterio de la natividad del infante Jesus: de medio abajo de jaspes blancos, negros y rojos, cosa que causa maravillosa vista: todas las maderas y vigas

sobre el mismo parage en que nació el Mesías. Alumbran á este altar tres lámparas, y la mas hermosa fué regalo del rey de Francia Luis XIII.

Siete pasos mas allá ácia el mediodia, y despues de la entrada de una de las escaleras que suben á la iglesia superior, se halla el Pesebre al que se baja por dos escalones, pues no está al igual con lo demas de la gruta. Es una bóveda poco

son de cedro, tan grandes, que no se hallan en el mundo hoy dia otras semejantes. Tiene un antepórtico muy grande: la portada es maravillosa con tres puertas, las dos están tapiadas, y la de enmedio tambien casi toda; de modo que no hay mas que una puertecilla muy pequeña por donde se entra medio inclinados. La razon es porque no se entren los turcos con sus caballos á estar allá dentro, que lo hacen; y asi todas las puertas de los cristianos están tambien de esta manera, porque en viniendo los turcos, luego se entran á aposentar con los caballos en lo mejor de la casa. Toda la iglesia está cubierta de plomo: tiene un maravilloso ventanage con que está muy clara y hermosa: el suelo está todo hecho de hermosísimas flores y labores labradas á lo mosayco, que causa una agradable y maravillosa vista.”

elevada, metida en la misma piedra. Un pedazo de mármol blanco que se levanta un pie sobre el suelo y está cabado en forma de cuna, manifiesta el parage mismo donde el Soberano de los cielos fué reclinado sobre la paja (1).

“Joseph, que era de la casa y familia de David, partió de Nazareth, ciudad de Galilea, y fué á la ciudad de David, llamada Bethелеem en Judea.”

“Para alistarse con María su esposa que estaba en cinta.”

“Mientras estaban allí llegó el tiempo de su parto.”

“Y dió á luz á su hijo primogénito, le envolvió en pañales, y le reclinó en un Pesebre porque no habia cabida para ellos en la posada (2).”

A dos pasos de allí, y enfrente del Pesebre, se vé el parage en que estaba

(1) Todos estos parages se hallan ahora casi en el mismo estado que cuando los dos viages ya citados.

(2) S. Lucas.

sentada la Virgen teniendo al niño en sus brazos para que le adorasen los magos.

“Estando Jesus en Bethleem de Judá en tiempo del rey Herodes, llegaron á Jerusalem magos venidos del oriente.”

“Preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? porque hemos visto su estrella en el oriente, y hemos venido á adorarle”

“.....”

“Y la estrella que habian visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando al lugar donde estaba el niño, se detuvo allí.”

“Al ver la estrella se alegraron sobremanera.”

“Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron; y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y myrra (1).”

No hay cosa mas grata y mas devota

(2) S. Mateo.

que esta iglesia subterránea, la cual está adornada ademas con cuadros de las escuelas italiana y española, que representan los misterios celebrados en aquellos mismos parages, vírgenes y niños copiados de Rafael, anunciaciones, la adoracion de los magos, la venida de los pastores, y todos estos milagros en los que la grandeza se une con la inocencia. Los ornamentos diarios del Pesebre son de raso azul bordado de plata, y continuamente arde allí el mas puro incienso, y tambien durante la misa he oido tocar muy bien en el órgano las mejores, mas tiernas y suaves composiciones de los mas célebres maestros italianos. Estos conciertos arrebatan fuera de sí al árabe cristiano, el cual dejando pastar sus camellos viene, cual los antiguos pastores de Belen, á adorar al Rey de los reyes en su Pesebre. He visto á este habitante del desierto comulgar en el altar de los magos con un fervor, una piedad y una devocion poco comunes en los cristianos de occidente. "No hay parage alguno en el mundo, dice el padre Neret, que cause

mas devocion. Las caravanas de todas las naciones continuamente llegan alli... las oraciones públicas, las postraciones y demas actos de devocion... y hasta la misma riqueza de los regalos que envian los príncipes cristianos.... Todo esto excita en nuestra alma efectos que mucho mejor se sienten que se expresan.”

Añadamos á esto que un extraordinario contraste realza mas todas estas cosas, pues en saliendo de la gruta, donde habeis hallado la riqueza, las artes y la religion de los pueblos civilizados, passais de pronto á una profunda soledad en medio de los casarones de los árabes, entre salvages casi en cueros, y musulmanes sin fe alguna. Y sin embargo, estos parages son aquellos mismos en los que se obraron tantas maravillas; pero esta Tierra Santa ya no se atreve á manifestar exteriormente su alegría, y encierra en su pecho los recuerdos de su gloria.

Desde la gruta del Nacimiento bajamos á la capilla subterránea, donde es

*

tradicion fueron enterrados los Santos Inocentes.

“Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se enojó mucho, y envió á matar á todos los niños que habia en Bethleem y sus contornos, de edad de dos años abajo, conforme al tiempo de que los magos le habian informado.”

“Cumpliéndose con esto la palabra del profeta Jeremías. *Vox in Rama audita est.*”

De la capilla de los Inocentes pasamos á la cueva de S. Gerónimo, donde se vé la sepultura de este doctor de la iglesia, la de S. Eusebio su discípulo, y las de Santa Paula y de Santa Eustaquia. S. Gerónimo pasó la mayor parte de su vida en esta cueva, y desde ella vió, por decirlo así, la caída del imperio romano, y acogió allí á los patricios de la ciudad, los cuales prófugos y errantes, despues de haber sido dueños de los mas soberbios palacios, se tuvieron por muy dichosos de hallar refugio en la celda de un cenobita. La paz de que el santo gozaba, y las turbulencias del mundo,

producen un maravilloso efecto en las cartas del sabio intérprete de la Sagrada Escritura.

Santa Paula, y Santa Eustoquia su hija, eran dos señoras principales de Roma, pues que descendian de los Gracos y de los Scipiones, y dejaron todas las conveniencias y placeres de Roma para vivir y morir en Belen practicando las virtudes monásticas.

En la capilla de San Gerónimo hay un cuadro donde la cabeza del Santo se parece mucho á las pintadas por Carracio y el Dominiquino. Otro cuadro representa muertas y colocadas en un mismo féretro á las dos santas. Es una idea muy tierna la que tuvo el pintor de hacerlas en todo semejantes, diferenciándose solo la hija de la madre en ser mas jóven y tener un velo blanco: la una anduvo mas tiempo, y la otra recorrió mas de priesa el camino de la vida, pero las dos llegaron al puerto en el mismo instante.

Entre los muchos cuadros que se ven en los Santos Lugares, y de los cuales

ningun viagero ha dado hasta ahora completa descripcion, he creido reconocer en algunos el estilo místico y como inspirado de Murillo.

Volvimos á subir al convento, y desde lo alto del terrado consideré aquellos campos. Belen está edificado sobre un montecillo que domina á un valle bastante largo, que se extiende de oriente á poniente: la colina del mediodia es ro-giza y cubierta de muchos guijarros, y en ella se ven desparramadas algunas olivas: la colina del norte la es semejante en el terreno, y produce algunas higueras. De trecho en trecho se descubren diferentes ruinas, entre ellas la de una torre llamada de Santa Paula. Este monasterio debe parte de sus riquezas á Balduino, rey de Jerusalem y sucesor de Godofre de Bullon: el edificio es una verdadera fortaleza que fácilmente podria resistir á un sitio contra los turcos.

Habiendo llegado la escolta árabe me disponia á partir para el Mar Muerto, y desayunándome enmedio de un corro de religiosos, me dijeron estos que ha-

bia en aquel convento uno que era frances. Le enviaron á llamar, y se presentó con los ojos bajos, las manos cruzadas, y con aspecto serio: me saludó con breves é indiferentes expresiones. Jamas he oido en cualquiera pais extranjero la voz de un frances sin conmovirme todo.

Hice algunas preguntas á este religioso, á las que me satisfizo diciendo que se llamaba el padre Clemente: que era de las cercanías de Maguncia, que hallándose en un convento de Bretaña fué deportado á España cuando la revolucion con otros cien sacerdotes; y que habiendo sido recibido en un convento de su propia orden, sus superiores le enviaron despues como misionero á la Tierra Santa. Le pregunté si tenia deseos de volver á su patria, y si queria escribir á su familia, y me respondió estas mismas palabras: ¿quién se acuerda de mí en Francia? ¿sé yo si aun tengo hermanos y hermanas? Espero obtener por el mérito del Pesebre del Salvador, la fuerza para morir aqui sin cansar á nadie, y sin pen-

sar en un pais en el que me han olvidado.”

El padre Clemente se vió precisado á retirarse: mi presencia habia reanimado en su corazon afectos que procuraba ahogar: tal es la suerte de los humanos. “Un frances llora ahora el verse desterrado de su patria en el mismo pais en que tristes recuerdos inspiraron en otro tiempo el mas excelente cántico acerca del amor de la patria.

Super flumina Babylonis.

Pero estos hijos de Aaron que colgaron sus harpas de los sauces de Babilonia, no todos volvieron á la ciudad de David; estas hijas de Judea que decian en las orillas del Eufrates.

*O orillas del Jordan! ó campos amados
del cielo!*

Estas compañeras de Esther, no todas volvieron á ver á Emmaüs y Bethel: muchas fueron sepultadas en los campos del cautiverio.”

A las diez de la mañana montamos á

caballo y salimos de Belen. Seis árabes betelemitas á pie, y armados de puñales y de largos fusiles con mecha, formaban nuestra escolta: iban tres delante y tres detrás de nuestros caballos, y tambien llevábamos un borricuelo con el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de S. Sabá, desde donde despues debiamos bajar al Mar Muerto, subiendo luego por el Jordán.

Seguimos primero el valle de Belen que se extiende ácia levante, como ya dije. Pasamos por la caida de unas montañas, y á la derecha ví una viña plantada nuevamente, cosa harto rara en aquel pais. Llegamos á una cueva llamada la cueva de los pastores, y los árabes la llaman aun *Dta el-Natour*, la aldea de los pastores. Dícese que aqui pastaban los ganados de Abraham, y que se hallaban los pastores de Judea á quienes los ángeles anunciaron el nacimiento del Señor.

“En aquellos alrededores habia pastores que dormian en el campo, guardando alternativamente su rebaño durante la noche.”

“Se les apareció de repente un ángel del Señor, rodeándolos con una luz divina, lo cual les causó extremado espanto.”

“Pero el ángel les dijo: No temáis, pues vengo á anunciaros una nueva, que será para todo el pueblo motivo de gran gozo.”

“Y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor.”

“Y esta os será la señal: hallareis al niño envuelto en pañales y reclinado en un Pesebre.”

“Al mismo tiempo se juntó con el ángel una muchedumbre de la milicia celestial alabando á Dios, y diciendo:”

“Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, de buena voluntad.”

La piedad de los fieles ha convertido esta cueva en una capilla que debió tener magníficos adornos (1). Vi tres ca-

(1) *N. T.* El Devoto Peregrino dice: “Como una milla apartada del Pesebre, habiendo bajado

piteles de orden corinthio, y otros dos de orden jónico: estos últimos es muy notable hallarlos aqui, porque despues del siglo de Santa Helena nunca se vé mas que el orden corinthio.

Saliendo de esta cueva, y caminando siempre al oriente una punta de compás al mediodia, dejamos las montañas rojizas para entrar en una cordillera de otras blanquizas. Nuestros caballos se atollaban en una tierra blanda y gredosa, formada de los destrozos de una roca caliza. Todo aquel terreno estaba tan desnudo, que solo se veían de grande en grande distancia algunas plantas espinosas casi secas, y como cubiertas de polvo.

Al revolver de una de aquellas montañas, nos hallamos con dos campamentos de beduinos; el uno de ellos constaba de siete tiendas de pieles de ovejas negras,

á lo llano, está una suntuosa iglesia (si bien ya madio arruinada) que se llama de los Angeles, porque este era el lugar donde se aparecieron á los pastores.»

formando una especie de cuadrilongo; y el otro de unas doce tiendas colocadas en círculo: allí cerca estaban pastando algunos camellos y yeguas.

Ya era tarde para volver atrás, hubimos de manifestar ánimo, y pasar por el segundo campamento, sin que al principio nos sucediese nada, pues los árabes tocaron la mano de los betelemitas y la barba de Ali-Agá. Pero apenas hubimos pasado la última tienda, cuando un beduino detuvo al borricuelo que llevaba las provisiones. Los betelemitas le quisieron repeler, y él llamó en su auxilio á sus compañeros, los que de un brinco montaron en sus caballos, se armaron, y nos cercaron al instante. Allí lo pudo sosegar todo dándoles algun dinero, pues aquellos árabes exigen un derecho de pasage, creyendo á la cuenta que el desierto es un camino real, bien que cada uno es amo en su casa; pero esto no era mas que el principio de un lance mas serio.

Una legua mas allá bajando por la espalda de un monte, descubrimos la punta de dos altas torres que salian de un

profundo valle, y eran las del convento de S. Sabá. Estando ya cerca otra cuadrilla de árabes emboscados en lo hondo de una rambla, se tiró á nosotros dando terribles ahullidos. Al instante vimos volar las piedras, relucir los puñales, y apuntar los fusiles. Allí se arrojó en medio de la pelea, y todos fuimos corriendo en su favor: cogió al capitán de los beduinos de las barbas, le tiró á los pies de su caballo, y le amenazó acabaria con él si no contenia á los suyos. Entre tanto un religioso griego asomado por lo alto de la torre, gritaba procurando ponernos en paz. De este modo llegamos á la puerta del convento, y los religiosos que estaban dentro daban vuelta á la llave muy despacio, pues temian que entre el desórden robasen el convento. Cansado el genízaro de tal tardanza, se enfurecia contra los religiosos y contra los árabes. En fin, sacó su sable, é iba á echar á abajo la cabeza del capitán de los beduinos, á quien con extraordinaria fuerza tenia siempre asido de las barbas, cuando se abrió el convento: todos re-

vueltos nos metimos en un patio, y al instante se cerró la puerta, con lo que se encrespó la pelea: no estábamos en lo interior del convento, pues habia que entrar á otro patio, y la puerta de éste aún no se habia abierto. Nos hallábamnos pues, apiñados en un corto espacio, hiriéndonos con nuestras propias armas, al mismo tiempo que nuestros caballos se habian enfurecido con el ruido. Alí dijo que me habia libertado de una puñalada que un árabe me iba á dar por detrás, y enseñaba su mano toda ensangrentada. Pero aunque Alí era muy valiente, codiciaba el dinero como buen turco. Abrióse en fin la última puerta del monasterio. Salió el superior de los religiosos, dijo algunas palabras, y se apaciguó todo. Entonces supimos el motivo de la disputa.

Los últimos árabes que nos habian acometido, pertenecen á una tribu que pretende tener exclusivamente el derecho de escoltar á los extranjeros que van á S. Sabá. Los betelemitas, que deseaban ganar el dinero de la escolta, y que querian sostener la fama que tienen de va-

lientes, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo pagaria á los beduinos, y con esto se compuso todo. Pero es el caso que en castigo yo no queria darles nada: mas Ali-Agá me hizo entender que si me obstinaba en ello, jamas podriamos llegar al Jordán, pues aquellos árabes llamarian á otras tribus, y no podriamos escapar de ser muertos: que por esta razon no habia querido matar á su capitan, pues si se hubiese derramado sangre, no nos quedaba otro partido que el de volvernos prontamente á Jerusalem.

No creo que haya convento alguno que esté situado en parages mas tristes y solitarios que el de S. Sabá. Se halla en la misma madre del arroyo Cedron, que puede tener por allí trescientos ó cuatrocientos pies de hondo. Este arroyo está seco, y solo por la primavera lleva algun agua rojiza y cenagosa. La iglesia ocupa una pequeña altura que hay en lo hondo del arroyo, y desde allí se ván elevando las oficinas del monasterio por medio de escaleras perpendiculares abier-

tas en la misma peña, y de este modo suben hasta la caída del monte donde terminan en dos torres cuadradas. La una de ellas está fuera del convento, y servía en otro tiempo como de puesto abanzado, ó de atalaya contra los árabes. Desde lo alto de estas torres se descubren las estériles cimas de las montañas de Judéa, y á sus pies se vé la seca madre del arroyo de Cedron, donde están las grutas que habitaron los primeros anacoretas. Ahora anidan en ellas algunas palomas que con su triste arrullo, su inocencia y candor, parecen recordar aquellos santos que en otro tiempo poblaron estas rocas. Ni tampoco me olvidaré de una palmera que crece en una pared de un terrado del convento, y creo que todos los viageres repararán en ella como yo, pues en parages tan horrorosos y estériles, agrada encontrar alguna cosa verde.

El que quiera instruirse en la parte histórica del convento de S. Saba, puede leer la carta del padre Neret, y la vida de los padres del desierto. Se ven en

este monasterio tres ó cuatro mil calaveras, que son de los religiosos que han muerto los infieles. Los religiosos me dejaron pasar un cuarto de hora contemplándolas, como si adivinasen que yo intentaba pintar algun dia el estado del alma de los solitarios de la Thebaida. Pero aun me causa pena el acordarme que uno de aquellos religiosos quiso hablarme de política, y descubrirme las secretas intenciones de la corte de Rusia; y yo no pude menos de decirle: "Ay padre mio, ¿si aquí no hallais la paz, dónde ireis á buscarla (1)?"

(1) *N. T.* Oigamos ahora al Devoto Peregrino.

"Aquel famoso desierto de S. Sabá Abad, en el cual como afirma el *Vitas Patrum*, habia catorce mil monges, está como tres leguas de Jerusalem, caminando ácia el mediodia, siguiendo el valle de Jósafat, cuyas corrientes van á parar al Mar Muerto. Este desierto está en un valle muy profundo, que es el que tiene su origen desde el huerto de Gethsemani, que llaman valle de Josafat."

"En la mitad de lo profundo de este valle, hay

Salimos del convento á las tres de la tarde, y subiendo el arroyo, volvimos á tomar nuestro camino ácia levante. Por una abertura de las montañas descubrimos á Jerusalem: yo no sabia lo que estaba viendo, pues me parecia un monton de rocas hechas pedazos. La repentina aparicion de esta ciudad de desolaciones enmedio de tan horrorosa soledad,

un convento de monges griegos del orden de S. Basilio, muy capaz y bueno. Tiene una maravillosa iglesia: en lo mas bajo y último del convento hay una fuente hecha milagrosamente por las oraciones de S. Sabá, para que tuviesen agua que beber los monges, porque no hay otra por todo aquel pais. Por todo este valle, que coge grandísimo distrito, hay infinidad de cuevas en que vivian los monges, los cuales en ciertos dias del año venian al convento á tratar y comunicar al santo, y á frecuentar la sagrada comunión, y juntamente á recibir su santa bendición.”

“El ver la aspereza de aquel valle, su sequedad y soledad tan grande, y aquellas naturales cuevas en aquellos riscos y peñascos, causa verdaderamente grandísimo horror y confusión, y mucho mas el considerar lo mucho que padecian aquellos santos monges, y la áspera y rigurosa penitencia que hacian.”

no podia menos de causarme espanto: verdaderamente que era la reyna del desierto.

Seguímos nuestro camino: las montañas presentaban el mismo aspecto, siendo siempre blanquizas y polvorosas, sin árboles, sin yerbas, ni aún muzgo alguno, y de consiguiente sin que se pudiese gozar de la menor sombra. A las

“Dentro del convento está el sepulcro donde fué enterrado S. Sabá. Está la celda de S. Juan Chrisóstomo, la de S. Juan Damasceno, la de S. Cyrilo, y la de otros muy insignes santos.”

“Aquí perseveran hoy dia algunos monges de dicha orden, los cuales hacen rigurosísima y asperísima penitencia, tanto que pone miedo y espanto. No comen jamas sino unas habas ó garbanzos cocidos en agua. Ayunan siete cuaresmas al año con tanto rigor, que no comen sino á puestas el sol, y esto tan poco y malo, que es mayor penitencia el comerlo.”

“Aquí vimos uno que había catorce años estaba encerrado en una torrecilla muy alta y muy angosta: no conversaba con nadie: con una soguilla que él echaba subia un poco de pan y agua; y por mucho regalo unas aceytunas y esto era los dias de Pascua.”

*

cuatro y media bajamos de la encumbra-
da cordillera de estos montes á otra me-
nos elevada. Anduvimos cincuenta minu-
tos por una eminencia siempre igual, y
llegamos por fin á las últimas montañas
que ciñen al occidente el valle del Jor-
dán y el Mar Muerto. Iba ya á poner-
se el sol, y nos apeamos para dejar des-
cansar los caballos, con lo que pude con-
siderar despacio el lago, el valle y el rio.

Cuando se habla de un valle se le con-
sidera ó cultivado ó inculto: si cultiva-
do, se halla cubierto de sembrados, de
viñas, de ganados, y de aldeas: si in-
culto, tiene prados ó bosques: si le ba-
ña un rio, éste forma sus recodos, y
las colinas tienen tambien sus revueltas,
cuya perspectiva fija agradablemente la
vista de los caminantes.

Pero aqui nada de esto se halla, pues
os debeis figurar dos largas cordilleras
de montes, que corren paralelamente
desde el septentrion al mediodia sin re-
codo alguno. La cordillera de levante
llamada montaña de Arabia, es la mas
alta; y vista á la distancia de ocho á

diez leguas, se diría que era una gran muralla perpendicular, sin distinguirse en ella cumbre ó punta alguna, y solo sí algunas ligeras inflexiones, como si la mano del pintor que tiró esta línea horizontal sobre el cielo, hubiese temblado en algunas partes (1).

La cordillera de poniente pertenece á las montañas de Judéa, y es menos elevada y mas desigual que la cordillera del oriente, de la que se diferencia tambien en su formacion, pues se compone de grandes montones de greda y arena que semejan malamente á haces de armas, á banderas arrolladas, ó á tiendas de campaña puestas á la orilla de alguna llanura. Al contrario, por la parte de Arabia forman rocas negras y cortadas á pico, que extienden su sombra á lo le-

(1) Todas estas descripciones del Mar Muerto y del Jordán se hallan en el libro 19 de los Mártires; pero como el asunto es importante, y yo he añadido aqui mucho á estas descripciones, no he temido el repetirlas.

jos sobre las aguas de Mar Muerto. El mas pequeño pajarillo no encontraria entre aquellas rocas una yerbezuela con que alimentarse: todo indica la patria de un pueblo reprobado: todo parece respirar aun el horroroso incesto del que provinieron Ammon y Moab.

El valle que se forma entre estas dos cordilleras de montes, presenta un terreno semejante al suelo de un mar que se hubiese retirado de él inucho tiempo antes; pues se ven playas de sal, un légamo seco, arenas movedizas y como surcadas por las olas. De cuando en cuando se hallan algunos miserables arbustos que trabajosamente crecen en esta tierra privada de todo principio de vida: sus hojas están cubiertas de la sal con que se han alimentado, y su corteza tiene el olor y el gusto del humo. En lugar de aldeas se descubren las ruinas de algunos torreones. Por enmedio del valle pasa un rio, cuyas aguas no tienen color alguno y parece que se arrastran con pena ácia el pestífero lago que se las sorbe. No se distingue su curso enmedio de la arena

sino por los sauces y cañizares de su orilla, y entre ellos se oculta el árabe para acometer al caminante y robar al peregrino.

Así son estos parages famosos por las bendiciones y maldiciones del cielo: este río es el Jordán: este lago es el Mar Muerto: parece cristalino; pero también parece que las culpables ciudades que oculta en su seno, han emponzoñado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden nutrir ningún ser viviente (1): ningún bajel ha surcado sus olas (2): en sus orillas no se ven aves, ni árboles, ni verde alguno: y sus aguas, al mismo tiempo que en extremo amargas, son tan pesadas que los más fuertes uracanes apenas las pueden conmover.

(1) Soy de contraria opinión; pero luego veremos que tal vez no es con bastante fundamento.

(2) Strabon, Plinio, y Diodoro de Sicilia, hablan de almadías, en las cuales los árabes van á coger el asfalto. Diodoro describe estas almadías, que eran hechas de juncos tejidos. Tácito habla de un barco, pero claramente se engaña.

Cuando uno camina por la Judéa, al principio se siente fastidiado; pero cuando pasando de soledad en soledad vé el espacio sin límite alguno, poco á poco se disipa el fastidio y siente un secreto terror, que lejos de abatir el alma, la dá ánimo elevando tambien sus ideas. Aquellos aspectos tan extraordinarios denuncian por todas partes una tierra tantas y tantas veces milagrosa: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura están allí. Cada nombre contiene un misterio: cada gruta declara lo que está por venir: cada cumbre de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas playas: los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aún mudo de terror, y se diria que no se atreve á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno.

Bajamos de la cima del monte para pasar la noche en las orillas del Mar Muerto, y subir ácia el Jordán. Al en-

entrar en el valle se apiñó nuestra pequeña tropa: los betelemitas prepararon sus fusiles, y caminaron delante siempre con la mayor precaucion, pues nos hallábamos en el camino que traen los árabes del desierto que vienen á buscar sal al lago, y los cuales persiguen cruelmente á los caminantes. El frecuente trato de los beduinos con los turcos y los europeos comienza á empeorar sus costumbres, pues ahora prostituyen sus hijas y mugeres, y degüellan al caminante á quien antes se contentaban con robar. De este modo caminamos unas dos horas con pistolas en mano como en pais enemigo, siempre por entre los arenales y las hendiduras que se habian formado en aquel légamo recocado por los rayos del sol. La arena cubierta con una costra de sal, parecia un nevado campo en el que se distinguian algunos arbustos muy enanos. De repente llegamos al lago; y digo de repente, porque me creía muy distante aún, á causa de que ningun ruido ni frescura me habia indicado que estuviese cerca de él. Su pedregosa orilla abrasaba:

el agua no tenia movimiento alguno, y parecia enteramente muerta.

Ya habia cerrado la noche, y la primera cosa que hice al apearme fué meterme en el lago hasta las rodillas, y llevar el agua á la boca, que me fué imposible detener en ella, pues era mas salobre que la del mar, y produjo en mis labios el efecto de una fuerte disolucion de alumbre. Apenas se secaron mis botas cuando se cubrieron de sal; y las ropas, los sombreros, y las manos, se nos impregnaron de este mineral en menos de tres horas. Ya habia notado este efecto Galeno, y lo ha comprobado Pocke.

Nos acampamos á la orilla del lago, y los betelemitas hicieron lumbre para disponer el café. No les faltaba leña, pues la orilla estaba llena de ramas de tamarindos traídas por los árabes, porque estos ademas de la sal que allí hallan enteramente formada, la sacan tambien del agua por medio de la ebulicion. Y tal es la fuerza del hábito, que mis betelemitas, que hasta entonces habian camina-

do por el campo con suma prudencia, no temieron encender una lumbre, por la que fácilmente podían ser descubiertos. Uno de ellos se sirvió de un medio bastante ingenioso para que tomase cuerpo la llama, y fué ponerse encima de la hoguera cubriéndola con su ropa, que al instante hinchó el humo, y levantándose de pronto, el ayre aspirado por esta especie de bomba hizo salir una llama muy viva. Luego que hubimos tomado el café se durmieron mis camaradas, y me quedé solo y despierto con los árabes.

A cosa de media noche oí algún ruido en el lago, y los betelemitas me dijeron que eran cuadrillas de pececillos que venían á saltar á la orilla, lo cual destruiría la opinion general de que el Mar Muerto no sufre nada vivo. Hallándose Pococke en Jerusalem oyó decir que un misionero habia visto algunos peces en el lago Asfalto. Hasselquist y Maundrell encontraron algunas conchas en su orilla. Mr. Seetzen, que actualmente recorre la Arabia, no ha hallado en el Mar

Muerto ni hélices, ni almejas, pero sí algunos caracoles.

Pocoeke hizo analizar una botella de agua de este mar. En 1778 los señores Lavoisier, Macquer y Sage, repitieron este análisis, y demostraron que el agua contenía por quintal cuarenta y cuatro libras y seis onzas de sal, á saber, seis libras y cuatro onzas de sal marina comun, y treinta y ocho idem y dos onzas de sal marina con base terrea. Ultimamente Mr. Gordon hizo hacer en Londres la misma experiencia. "La pesantez específica de esta agua (dice Mr. Malte-Brun en sus Anales) es de mil doscientos once, siendo mil la del agua dulce: es perfectamente transparente. Los reactivos demuestran en ella la presencia del ácido marino y del ácido sulfúrico; no tiene alumbre; no está saturada de sal marina; no muda los colores como el de tornasol ó el de violetas. Tiene en disolucion las substancias siguientes en las proporciones que vamos á indicar.

Muriato de cal. . . 3.920

De Magnesia. . . 10.246

De Sosa. 10.360

Sulfato de cal. . . 0.054

24.580 sobre 100.

Estas substancias extrañas forman, pues, cerca de una cuarta parte de su peso en el estado de perfecta desecacion; pero desecadas solo á ciento ochenta grados (Fahrenheit) forman cuarenta y uno por ciento. El mismo Mr. Gordon que trajo la botella de agua analizada, ha comprobado que los hombres se sostienen en aquella agua sin saber nadar.

Tengo un frasco de hoja de lata lleno del agua que yo mismo cogí en el Mar Muerto, que aún no he destapado, é infiero que se ha disminuido algo. Quería repetir la experiencia que propone Pocke, de echar algunos pececillos de mar en esta agua, y ver si podían vivir en ella; pero habiéndome impedido otras ocupaciones el hacerla hasta ahora, temo que ya sea tarde.

La luna salió á las dos de la mañana, y se levantó entonces una fuerte brisa que no refrescó el ayre, pero conmovió un poco el lago. Las olas cargadas de sal, pronto caian por su propio peso sin casi azotar la orilla. Un ruido lúgubre salia de este lago de muerte, como si fuesen los ahogados gritos del pueblo que se abismó en sus aguas.

Apareció la aurora sobre los montes de Arabia, que teníamos al frente, y cubrió de un hermoso color al Mar Muerto y al valle del Jordán; pero que servia solo para que resaltase mas el horror de todos aquellos parages.

El famoso lago, que ocupa el sitio donde estuvieron Sodoma y Gomorra, lo llama la Escritura Mar Muerto, ó Mar Salado; los griegos y los latinos Asphaltites, los árabes Almotanah y Bahar-Loth, y los turcos Ula-Degnisi. No puedo ser de la opinion de los que suponen que el Mar Muerto es el crater de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo en el lago Fusino, el Pico de las Azores, el Mamelifo enfrente

de Carthago, y los volcanes apagados de Auvernia; y en todos ellos he notado los mismos caractéres, es decir, montañas en forma de embudo, lavas y cenizas, en las que claramente se reconoce la acción del fuego. Al contrario, el Mar Muerto es un lago muy prolongado que se encorba como un arco encajonado entre dos cordilleras de montes, que no se semejan en la forma ni en la calidad del terreno. No se juntan á los dos extremos del lago, pues por un lado siguen la dirección del valle del Jordán, acercándose ácia el norte hasta el lago de Tiberiades: por el otro lado van apartándose hasta perderse al mediodía, en los arenales del Yemen. Verdad es que en la cordillera de los montes de Arabia se hallan betun, aguas calientes, y piedras fosfóricas, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Además de esto, el encontrarse aguas thermales, azufre, y asfalto, no basta para demostrar la existencia anterior de un volcan; por manera que en este punto no se necesita recurrir á la física, y debemos atenernos

al literal sentido de la Sagrada Escritura. Ademas de esto, si admitimos la opinion del profesor Michaelis y del sabio Busching en su *Memoria sobre el Mar Muerto*, puede recurrirse tambien á la física en la catástrofe de estas ciudades culpadas, sin oponerse á la religion. Sodoma estaba edificada sobre minas de betun, como se sabe por el testimonio de Moysés y de Josepho, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. El rayo del cielo encendió estas minas, y las ciudades se hundieron en este incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun sospecha que los edificios de estas ciudades podian haber sido de esta misma piedra bituminosa, que se incendiase con el fuego que cayó del cielo.

Strabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asfalto. Esteban de Byzancio cuenta ocho; el Génesis nos dice que habia cinco ciudades *in valle silvestri*, que son Sodoma, Gomorra, Adam, Seboin, y Bala ó Segor; pero solo indica las dos primeras como destruidas por la cólera celeste; el Deuteronomio cita

cuatro que son Sodoma, Gomorra, Adán y Seboin; y el libro de la Sabiduría cuenta cinco sin nombrarlas: *Descendente igne in Pentapolim.*

Habiendo observado Jacobo Cerbo que caen en el Mar Muerto siete grandes corrientes de agua, concluyó Relando, que este mar expelia sus aguas sobrantes por medio de algunos canales subterráneos, opinion que adoptaron Sandy y algunos otros viageros; pero en el dia no se sigue segun las observaciones del Dr. Hally acerca de la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, el cual dice no obstante que el Jordán vierte al dia en el Mar Muerto una cantidad de agua igual á seis millones noventa mil barricas, sin contar las aguas del Arnon y de otros siete arroyos. Muchos viageros, entre ellos Troilo y d'Arvieux, dicen haber visto ruinas de murallas y de palacios en las aguas del Mar Muerto, lo cual lo comprueban tambien Maundrell y el padre Nau. Los antiguos afirman esto aun mas positivamente: Josepho, que se sirve de una expresion poética, dice que

se descubren á las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Strabon dice que las ruinas de Sodoma tienen sesenta estadios de circunferencia. Tácito habla de ellas. No sé si aún permanecen, pues que no las he visto; pero como las aguas del lago suben ó bajan segun las estaciones, pueden ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades reprobadas.

Observaciones mas exactas han desvanecido otras maravillas que se contaban del Mar Muerto. Se sabe en el dia que los cuerpos sobrenadan, ó se sumergen en ellas, segun las leyes de la gravedad de estos mismos cuerpos y del agua del lago. Los pestíferos vapores que se decia exálaba, se reducen á un fuerte olor de marengo, á humaredas que preceden ó siguen á la emersion del asfalto, y á nieblas en verdad dañosas como lo son todas. Si los turcos permitiesen que se llevase un barco desde Jafa al Mar Muerto, no hay duda que se podrian hacer en este lago curiosos descubrimientos. Los antiguos le conocian mejor que nosotros,

y nuestros antiguos mapas presentan mejor su figura que los modernos. Hasta ahora nadie ha recorrido todas sus orillas sino Daniél, abad de S. Sabá, cuya relacion copia Nau en su viage; y por él sabemos que el Mar Muerto se separa al fin en dos, teniendo un camino por donde se le pasa, llegando el agua á media pierna, á lo menos en verano; que allí se levanta el terreno, y circuye á otro lago pequeño, de figura redonda un poco ovalada, y cercada de llanuras y montañas de sal; y que aquellos campos están poblados de innumerables árabes. Casi lo mismo dice Nyemburgo; y de estas noticias se valieron el abate Mariti y Mr. de Volney. Es de creer que tengamos mayores luces cuando se publique el viage de Mr. Seetzen.

Casi no hay lector alguno que no haya oído hablar del famoso árbol de Sodomá, el cual dá unas manzanas de muy hermosa vista, pero amargas al comer, y llenas de cenizas. Tácito en el quinto libro de su *Historia*, y Josepho en su *Guer-
ra de los Judíos*, creo que son los dos pri-

*

meros autores que han hecho mencion de esta extraña fruta del Mar Muerto. Foulcher de Chartres, que estuvo en Palestina ácia los años 1100, vió la engañosa manzana, y la comparó con los placeres mundanos. Desde entonces unos viajeros como Ceverio de Vera, Pedro de la Valle, Troilo, y algunos misioneros comprueban esta relacion; pero otros como Relando, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto no es mas que una imágen poética de nuestras falsas alegrías *mala mentis gaudia*: otros en fin, como Pococke y Shaw, dudan absolutamente de ello.

Ainman parece cortar la dificultad, pues describe el árbol diciendo, que se semeja al espino blanco ó pirlitero. Pero el botanista Hsselquist lo contradice, asegurando que la manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbus- to, sino del *solanum melongena* de Linneo, y añade lo siguiente: "Se hallan muchas cerca de Jericó en los valles contiguos al Jordán, en las cercanías del Mar Muerto: es verdad que á veces están llenas de

polvo, pero esto solo sucede cuando las entra un insecto (*Tenthredo*) que convier- te todo lo interior en polvo, dejando solo el pellejo entero, y sin perder nada de su color.”

Con esta autoridad, y la mayor aún de Linneo en su *Flora Palæstina*, parecería decidida la cuestion. Pero nada de esto, pues Mr. Seetzen, que tambien es un sábio, y el mas moderno de todos estos viageros, como que actualmente está en Arabia, no conviene con esta opinion y dice. “Ví durante mi permanencia en Karrak, casa del cura griego de esta ciudad, una especie de algodón semejante á la seda, y me dijo el cura que se hallaba en la llanura El-Gor, á la parte oriental del Mar Muerto, en un árbol semejante á la higuera, y cuya fruta se parece á la granada. Dentro no tiene carne, ni es conocido en lo demas de Palæstina, y creí que pudiese ser muy bien la famosa manzana de Sodoma.”

Entre tantas dudas, yo tambien creo haber encontrado esta fruta tan buscada: el arbusto que la produce crece en todo

aquel terreno que está á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordán: es espinoso, y sus hojas son delgadas y menudas: se parece mucho al que describe Amman: su fruta en el color y figura es como un limoncillo de Egipto. Cuando aun no está madura se halla llena de una savia corrosiva y salada, y cuando está seca dá una semilla negruzca que podemos comparar con las cenizas, y su gusto al de la pimienta amarga. Cogí una media docena de estas frutas, y aun tengo cuatro secas y bien conservadas, que pueden fijar la atención de los naturalistas.

Empleé el día 5 de octubre dos horas enteras en pasear por las orillas del Mar Muerto, aunque los betelemitas me daban priesa para salir de tan peligrosos parages. Quería yo ver el Jordán en el mismo sitio en que desagua en el lago, punto esencial que solo ha reconocido Hasselquist; pero los árabes se rehusaron á llevarme allí, porque el rio á una legua de su embocadura dá una revuelta sobre la izquierda, y se acerca á las montañas

de Arabia. Hube de contentarme con dirigirme al recodo del rio que estaba mas cerca. Levantamos el campo, y anduvimos hora y media con suma incomodidad por una arena blanca y muy menuda. Nos acercábamos á un bosquecillo de árboles de bálsamo y tamarindos, lo que no dejó de causarme extrañeza en un terreno tan estéril. De súbito se pararon los belemitas, y me señalaron con la mano en lo profundo de una rambla alguna cosa en la que no habia reparado. Sin poder decir lo que era, creí ver una especie de arena que se movia sobre el inmóvil suelo. Me acerqué á tan extraño objeto, y ví un rio amarillo que apenas distinguia de la arena de sus orillas: iba muy hondo y estrecho, y se movian con suma lentitud sus espesas olas: este era el Jordán.

Habia visto yo los grandes rios de América con aquel placer que causan la soledad y la naturaleza: con ansia me habia acercado al Tíber, y con la misma busqué el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo explicar lo que sentí al ver el

Jordán. No solo este rio me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los más excelentes nombres, que la mas hermosa poesía ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus orillas me presentaban aquellos parages en que se obraron los milagros de mi religion. Judéa es el único pais del mundo que recuerda al viagero la memoria de las cosas humanas mezcladas con las divinas, produciendo de este modo en lo profundo de su alma pensamientos que ningun otro parage le puede inspirar.

Los betelemitas se desnudaron y metieron en el Jordán, pero yo no me atreví á hacer otro tanto, porque aun me duraba la calentura. Me hube de contentar con arrodillarme en su orilla con mis dos criados y el dragoman del monasterio; y como me se habia olvidado el traer una biblia, no pudimos leer los pasages del Evangelio pertenecientes al parage en que nos hallábamos; pero el dragoman cantó el *Ave Maris stella*, y nosotros le respondimos como unos marineros que han llegado al término de su viage. Cogí

agua del rio y me pareció algo salada, pero no me hizo mal aunque bebí mucho de ella; creo que tendria buen sabor si se la purificase de la mucha arena que arrastra.

Alí-Agá hizo tambien sus abluciones, pues el Jordán es un rio sagrado para los turcos y los árabes que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas, las unas derivadas de Ismael, cuyo pais habitan aun los árabes, y las otras introducidas por los turcos entre las fábulas del Coran.

S. Gerónimo en su tratado de *Situ et nominibus locorum Hebraicorum*, que es como una traduccion de los *Tópicos de Eusebio*, halló el nombre del Jordán en la reunion del de las dos fuentes de este rio *Jor* y *Dan*; pero en otras partes varia de opinion. Y debemos advertir con Relando (*Palæstina ex monumentis veteribus illustrata*), que el nombre hebreo de este rio sagrado no es Jordán, sino Jordén; y que aun admitiendo el primer modo de leer se explica Jordán por rio del juicio; *Jor*, que San Gerónimo traduce

fluvius, y Dan que se traduce *judicans*, *sive judicium*: etimología tan exácta que haría improbable la opinion de las dos fuentes Jor y Dan, si la geografia dejase en esto alguna duda.

Como á unas dos leguas mas arriba del parage en que nos habíamos parado, había un gran bosque, al que quise ir, porque conceptuaba que por aquellos parages, y enfrente de Jericó, fué por donde los israelitas pasaron el rio, donde dejó ya de caer el maná, donde probaron los primeros frutos de la tierra de promision, donde Naaman fué curado de la lepra, y en fin, donde S. Juan Bautista bautizó á nuestro Señor Jesucrito. Hacia ya tiempo que caminábamos ácia este parage, del que nos hallábamos cerca, cuando oimos voces humanas en el bosque; estas voces, que en cualquiera parte os sirven de consuelo, y que gustarías oir en las orillas del Jordán, son precisamente las que os inquietan en estos desiertos. Los betelemitas y el dragoman quisieron huir al instante; pero yo les dije que no habia venido de tan lejos para volverme

tan pronto, que convenia en no subir mas, pero que queria contemplar el rio delante del parage en que nos hallábamos.

De mala gana convinieron en ello, y volvimos ácia el Jordan, del que nos habiamos apartado por una revuelta. Ví que tenia la misma profundidad y anchura que una legua mas abajo, es decir, seis á siete pies de hondo en la orilla, y como unos cincuenta pasos de ancho. Todos me daban priesa para que partiésemos, y hasta el mismo Ali-Agá se quejaba; y así hube de ceder á sus instancias luego que tomé las notas mas importantes; saludé por la última vez al Jordán: llené un frasco de su agua, y tomé algunas cañas de su orilla; y con esto nos volvimos ácia la aldea de Rihha, que es la antigua Jericó, al pie de la montaña de Judéa. Apenas habiamos andado un cuarto de legua en el valle, cuando reparamos que en la arena habia muchas huellas de hombres y de caballos; y Alí dijo que nos apiñásemos para que los árabes no nos pudiesen contar, y que si por nuestro trage y precauciones llega-

gaban á pensar que éramos soldados cristianos, no se atreverian á acometernos.

Así se verificó, pues á poco rato descubrimos á nuestra espalda y á las orillas del Jordán como unos treinta árabes que estaban en acecho. Hicimos ir delante á nuestra *infantería*, que eran los seis betelemitas, y cubrimos la retaguardia con nuestra *caballería*, llevando el *bagage* enmedio; pero el boricuelo era lerdo, y solo andaba á fuerza de palos. El caballo del dragoman metió el pie en un abispero, y las abispas irritadas se tiraron á él, con lo que furioso el caballo se dió á correr con gran miedo del pobre Miguel, que daba espantosos gritos; Juan, aunque griego, hacia el valiente, y Alí lo era como un genízaro de Mahometo II. Pero Julian de nada se admiraba, pues habia recorrido gran parte del mundo sin siquiera mirarlo, porque siempre se creía en la calle de S. Honorato de París; y con el mayor sosiego, y llevando su caballo al paso me decia: "Pero, señor, ¿no hay justicia en esta tierra que contenga estos bribones?" Despues que los

árabes nos estuvieron mirando mucho tiempo, hicieron alguna arremetida ácia nosotros, y luego se escondieron entre los matorrales de la orilla del rio; y sin duda, como dijo Alí, porque creyeron que éramos soldados cristianos. Con esto llegamos sin daño alguno á Jericó.

El abate Mariti ha reunido con mucho acierto las noticias históricas pertenecientes á esta ciudad, y ha hablado de sus producciones y del modo de sacar el aceite del Sacon (1). Tambien es sabido que en las cercanías de Jericó hay una fuente cuyas aguas eran salobres, y Eliseo con un milagro las volvió dulces. Esta fuente está situada dos millas mas abajo de la ciudad, al pie del monte llamado *de la Cuarentena*, por haber estado

(1) Así habla de estos árboles el Devoto Peregrino. "Tambien hay por las riberas del Jordán, y campos de Jericó, unos árboles que son muy espinosos, y se llaman Sacon: la fruta que llevan son unas como aceitunas, de las cuales sale un aceite como un licor tan maravilloso, que es mucho mejor que el finísimo bálsamo."

en él nuestro Señor Jesucristo orando y ayunando cuarenta dias. Se divide la fuente en dos brazos, y en sus orillas hay algunas huertas y bosquecillos de acacias, que son las que dán el bálsamo de Judéa y algunos arbustos, cuyas hojas se parecen al lilas; pero cuya flor no pude ver: uno de estos acacias muy viejo hace sombra á la fuente, y otro árbol que está mas abajo, encorbándose sobre el arroyo, forma un puente natural. Ya no hay rosas ni palmeras en Jericó.

He dicho que Ali-Agá era natural de la aldea de Rihha ó Jericó, y que era tambien su gobernador. Me llevó, pues, á sus estados donde sus vasallos me recibieron muy bien, y él quiso que yo entrase en un casaron viejo que llamaba su palacio; pero me rehusé á semejante honor: y preferí el comer junto á la fuente de Eliseo, que hoy se llama la fuente del Rey. Pasando por la aldea vimos á un árabe jóven que estaba sentado solo, y tenia plumas en la cabeza y adornos como de dia de fiesta. Cuantos pasaban delante de él se paraban á besar-

le en la frente y en los carrillos: me dijeron que era un novio. Sesteamos, pues, en la fuente de Eliseo: degollaron un cordero, y lo asaron entero en una gran hoguera. Dispuesto el banquete nos sentamos á la redonda, y cada uno partió con las manos lo que quiso comer. Me gustaba recordar en estos usos las costumbres de los antiguos tiempos, y hallar en los descendientes de Ismael la memoria de Abraham y de Jacob.

Los árabes en cuantas partes los he visto, en Judéa, en Egipto, y aun en Berbería, mas bien me han parecido altos que bajos. Su aire es varonil: son bien formados y ligeros: tienen la cabeza ovalada, la frente espaciosa y arqueada, la nariz aguileña, y la mirada amorosa y tierna. Si tuviesen siempre la boca cerrada no se conocería su agreste ferocidad; pero al hablar se oye un acento áspero y duro, y asoman unos dientes muy largos y blancos, semejantes á los de la onza y del chacal; y en esto se diferencian de los salvages de América, cuya mirada es feroz, y su acento muy suave.

Las mugeres árabes son mas altas á proporcion que los hombres. Su aire es noble, y en sus hermosas facciones, la belleza de sus formas y el arreglo de sus velos, recuerdan algo las estátuas de las musas y de las sacerdotisas antiguas. Pero á veces estas hermosas estátuas están cubiertas de andrajos, de modo que sus perfectas formas se hallan degradadas por la miseria, la suciedad y sus penosos trabajos. Así, pues, para verlas cual las acabo de pintar, deben mirarse desde algo lejos, atendiendo solamente al todo.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica atada á la cintura con un ceñidor. Unas veces sacan un brazo de la manga de esta túnica, y entonces están vestidos al modo antiguo: otra se embozan en una manta de lana blanca que les sirve de toga, de manto, ó de velo, segun que se la rodean al cuerpo, la dejan caer de las espaldas ó la envuelven á la cabeza. Andan descalzos. Llevan por armas un puñal, una lanza, ó un fusil muy largo. Las tribus viajan en caravanas:

los camellos van en fila. El primero de ellos va atado con una soga al cuello de un asno que sirve á todos de guia, y por lo mismo no lleva carga alguna y se le trata muy bien: las tribus ricas adornan sus camellos con guarniciones, banderolas y plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó menos honor segun su noble raza, pero siempre duramente. Jamás ponen los caballos á la sombra: los dejan expuestos á toda la fuerza del sol, atados á una estaca de los cuatro remos, de modo que no pueden moverse: jamás los quitan la silla: por lo comun en todo el dia no les dan mas que una sola vez de beber y un poco de cebada para pasto. Este trato tan duro no los mata, ántes bien los hace sóbrios, sufridos y ligeros. Muchas veces he admirado al caballo árabe atado de este modo en un ardiente arenal, desgredada la crin, caída la cabeza entre sus manos para hallar un poco de sombra, y mirando de lado á su amo. Pero, ¿le quitais las trabas? ¿le montais? *Se extremece, hierbe: trágase la tierra: suena el cla-*

rin y dice vamos: (1). Y reconocéis al caballo de Job.

Cuanto se refiere de la inclinacion de los árabes á oír cuentos es verdadero, y citaré un caso. La noche que pasamos en las orillas del Mar Muerto, mis betelemitas formaron corro alrededor de la lumbre, dejando caidos sus fusiles al lado; y los caballos atados á las estacas formaban otro cerco ácia fuera. Despues de haber tomado el café y charlado mucho todos juntos, callaron de pronto menos el xeique. Á la luz que daba la lumbre observaba yo sus expresivos gestos, su barba negra, sus dientes blancos, y las diversas formas que daba á su ropa, siguiendo siempre en hablar. Sus compañeros le escuchaban con suma atencion, unas veces inclinados ácia adelante con la cara casi en el fuego, y otras dando un grito de admiracion, ó remedando con énfasis los gestos que hacia el que

(1) *Fervens et fremens sorbet terram; ubi audierit buccinam, dicit vah!*

contaba: algunas cabezas de caballos que salían por encima del corro, y entre las sombras, acababan de dar á este cuadro el carácter mas pintoresco, principalmente añadiendo parte del paisaje del Mar Muerto y de las montañas de Judéa.

Si con el mayor interes habia estudiado yo á las naciones salvages de América en las orillas de sus lagos, ¡cuán diferente casta de salvages no contemplaba aquí! Tenia á la vista á los descendientes de la familia primitiva de los hombres: los veía con las mismas costumbres que conservaron desde el tiempo de Agar y de Ismael, en el mismo desierto que les señaló el Señor por herencia: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharan.* Los encontraba en el valle del Jordán, á los pies de los montes de Samaria, en los caminos de Habron, en los parages donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra que humean aún con la cólera de Jehovah, y que despues consolaron las misericordiosas maravillas de Jesucristo.

Lo que principalmente diferencia á los

*

árabes de los pueblos del Nuevo Mundo, es que entre la rustiquez de los primeros se halla alguna finura en sus costumbres: se conoce que han nacido en aquel oriente donde tuvieron su origen todas las artes, todas las ciencias, y todas las religiones. Oculto á las extremidades del occidente, en un pais apartado del universo, el canadiense habita en valles sombríos, poblados de eternos bosques, y regados con inmensos rios: el árabe arrojado, por decirlo así, en el gran camino del mundo, entre el África y el Asia, vaga por las brillantes regiones de la aurora, en un terreno sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael se necesitan amos y criados, animales domésticos, una libertad sujeta á leyes. Entre las hordas americanas, el hombre se halla aun enteramente solo con su feroz y cruel independencia: en lugar de una manta de lana tiene una piel de oso: en lugar de una lanza la flecha, de un puñal una clava: no conoce ni estima el datil, la sandía, la leche de camello: en sus festines quie-

re carne y sangre. No tegió el pelo de la cabra para fabricarse una tienda de campaña donde guarecerse: el olmo que se cae de puro viejo, le dá su corteza para su choza. No domó al caballo para perseguir á la gacela, pues él mismo alcanza al arce en la carrera. No pertenece por su origen á las grandes naciones civilizadas: no se encuentra el nombre de sus abuelos en los fastos de los imperios: los contemporáneos de sus antepasados son las encinas viejas que aún se tienen en pie. Monumentos de la naturaleza, y no de la historia, los sepulcros de sus padres se hallan en desconocidos bosques. En una palabra, todo manifiesta en el salvaje americano que aun no ha llegado al estado de civilizacion; y en el árabe que es el hombre civilizado que ha retrocedido al estado salvaje.

Partimos de la fuente de Eliseo el dia 6 á las tres de la tarde para volvernos á Jerusalem. Dejamos á la derecha el monte de la *Cuarentena* que se eleva sobre Jericó, precisamente delante del monte

Abarim, desde donde Moysés antes de morir vió la tierra de Promision. Cuando entramos en los montes de Judéa vimos los restos de un acueducto romano. El camino que llevábamos en aquel monte era ancho, y á veces estaba empedrado; tal vez es camino de los romanos. Pasamos al pie de un monte donde antes habia un castillo gótico que defendia y cerraba el camino. De aquí bajamos á un valle negro y hondo llamado en hebreo Adommin, ó el valle de Sangre. Habia aquí una pequeña ciudad de la tribu de Judá y en este parage solitario fué donde el samaritano socorrió al caminante que estaba herido. Allí nos encontramos con la caballería del bajá, que iba á hacer al otro lado del Jordán la expedicion de que luego hablaré. Por fortuna, la obscuridad de la noche nos libertó de que nos viese tan mala soldadesca.

Pasamos por Bahurim, donde David huyendo de Absalon fué apedreado por Semei. Un poco mas lejos nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba

descansar con los apóstoles cuando venia de Jericó. Comenzamos á subir el monte de las Olivas: pasamos por el lugar de Bethania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta, y el sepulcro de Lázaro. Despues bajamos del monte de las Olivas que domina á Jerusalem, y pasamos el arroyo Cedron en el valle de Josafat. Fuimos por una senda que dá vuelta al pie del templo, y sube luego al monte Sion, á la puerta de los Peregrinos, dando para ello una vuelta entera á la ciudad. Ya era la media noche y Ali-Agá hizo abrir. Los seis árabes se volvieron á Belen y nosotros nos fuimos al convento, donde ya habian corrido muchas malas noticias, diciendo que nos habian muerto los árabes ó la caballería del bajá; y ya me acusaban de haber emprendido este viage con tan poca escolta, lo que atribuían al carácter imprudente de los franceses. Lo que despues sucedió manifiesta no obstante que si yo no hubiese tomado este partido, y aprovechado las primeras horas de mi llegada á

Jerusalen, jamás hubiera podido llegar al Jordan (1).

(1) Me han dicho que un ingles disfrazado de árabe, fué solo dos ó tres veces desde Jerusalem al Mar Muerto. Es muy posible, y creo que se corre menos riesgo de este modo, que con una escolta de diez ó doce hombres.



PARTE CUARTA.

Jerusalen.

Pasé algunas horas escribiendo cuanto habia observado en los parages que acababa de ver, pues el método de vida que seguí durante todo el tiempo que estuve en Jerusalen, fué el andar de dia y escribir de noche. El 7 de octubre al amanecer vino á verme el padre procurador, y me contó lo que habia pasado entre el bajá y el padre guardian, y dispusimos lo que se habia de hacer, que fué enviar mis firmanes á Abdallah, quien se irritó, gritó, amenazó, y por fin, concluyó con exigir á los religiosos algo menos de la cantidad que les habia pedido.

Aquella misma mañana á cosa de las nueve salí del convento en compañía de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y de un genízaro, y fuí á pie á

la iglesia del Santo Sepulcro. Todos los viageros han dado la descripcion de esta iglesia, la mas digna de veneracion de toda la tierra. Repetiré aquí una de estas descripciones por muchos motivos, y el principal porque habiéndose enteramente abrasado despues que volví de Judéa, soy por decirlo así, el último viagero que la ha visto. Entre tantas descripciones como tenemos de la iglesia del Santo Sepulcro, preferi la de Deshayes, que fué enviado en el año de 1621 por el rey Luis XIII á Palestina; y el cual por la misma razon de su embajada tuvo proporcion de ver todo aquello mejor que nadie, ademas que su estilo es muy agradable por su sencillez, claridad, y exactitud.

“El Santo Sepulcro, dice este autor, y la mayor parte de los Santos Lugares, pertenecen á la Orden de S. Francisco la cual de tres en tres años envia nuevos religiosos; y aunque los hay de todas las naciones, sin embargo, pasan todos por franceses ó por venecianos, y estan bajo la proteccion del rey de Francia. Hace

unos sesenta años que habitaban fuera de la ciudad en el monte Sion, en el mismo parage donde nuestro Señor celebró la cena con los apóstoles; pero habiéndola despues los turcos convertido en mezquita, desde entonces los religiosos habitan en la ciudad en el convento que llaman de S. Salvador, y es la residencia del guardian y de la principal comunidad que surte de religiosos á todos los parages de la Tierra Santa donde se necesitan.”

“La iglesia del Santo Sepulcro solo dista del convento unos doscientos pasos, y comprende en su recinto el Santo Sepulcro, el monte Calvario, y otros muchos lugares santos. Santa Helena hizo edificar parte de esta iglesia para que estuviese á cubierto el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que vinieron despues, la aumentaron de modo que comprendiese tambien el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.”

“Antiguamente el monte Calvario estaba fuera de la ciudad, y era el para-

ge donde se ajusticiaba á los malhechores, y para que toda la gente lo pudiese ver habia un gran espacio entre el monte y las murallas de la ciudad. Lo demas del monte estaba rodeado de jardines ó huertos, y el uno de ellos era el de José de Arimathea, discípulo oculto de Jesucristo; y el cual se habia mandado hacer allí su sepultura, en la que fué puesto el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Los judíos no acostumbraban á enterrar los muertos como hacemos nosotros los cristianos, pues cada uno segun sus medios mandaba abrir en cualquiera piedra un quartito ó nicho donde metian el cuerpo que colocaban sobre una mesa de la misma piedra, y despues lo cerraban con otra piedra que ponian á la puerta, que por lo comun no tenia mas que cuatro pies de alto.”

“La iglesia del Santo Sepulcro es de forma muy irregular, pues han tenido que acomodarse á los Santos Lugares que querian contuviese: viene á formar una cruz, y tiene ciento veinte pasos de largo, sin contar la bajada de la Invencion

de la Santa Cruz, y setenta de ancho. Tiene tres cúpulas, y la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia y tiene treinta pasos de diámetro: está abierta por arriba como la Rotunda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda, pues la cubierta se sostiene solo en grandísimas vigas de cedro que se trajeron del monte Líbano. Antes se entraba en esta iglesia por tres puertas; pero en el dia ya no hay mas que una, cuyas llaves guardan con sumo cuidado los turcos, temiendo que los peregrinos entren sin pagar los nueve cequines, ó treinta y seis pesetas que exigen de los cristianos forasteros, pues los vasallos del Gran Señor no pagan ni la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanita atravesada con una barra de hierro por donde los de fuera dán la comida á los que están dentro, los cuales son de ocho naciones diferentes.”

“La primera es la de los latinos ó romanos que son los religiosos de S. Francisco, y los cuales guardan el Santo Sepulcro, el parage del monte Calvario don-

de nuestro Señor fué clavado en la cruz, en el que se halló la santa cruz, la piedra donde fué unguido el santísimo cuerpo, y la capilla donde nuestro Señor se apareció á la santísima Vírgen, despues de haber resucitado.”

“La segunda nacion es la de los griegos, que tienen el coro de la iglesia donde se celebran los officios divinos, y en medio del cual hay un círculo pequeño de mármol, cuyo centro dicen es el medio de la tierra.”

“La tercera es la de los abisinios, y los cuales tienen la capilla donde está la columna del *Imperio*.”

“La cuarta la de los cophtos, que son los cristianos de Egipto, y tienen un oratorio pequeño cerca del Santo Sepulcro.”

“La quinta la de los armenios, que ocupan la capilla de Santa Helena, y aquella en que se dividieron y jugaron las ropas de nuestro Señor.”

“La sexta la de los nestorianos ó jacobitas que han venido de Caldea y de Siria. Estos tienen una capillita cer-

ca del parage donde nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano, y por esto la llaman la capilla de la Magdalena.”

“La séptima la de los georgianos que habitan entre el Mar Mayor y el Mar Caspio, y tienen el parage del monte Calvario donde se puso la cruz, y la cárcel donde estuvo nuestro Señor mientras hacian el agujero para plantar la cruz.”

“La octava es la de los maronitas que habitan en el monte Líbano, y obedecen al papa como nosotros.”

“Cada nacion, ademas de estos santuarios que todos los que están dentro pueden visitar, tienen otras viviendas particulares en las bóvedas y rincones de esta iglesia, que les sirven para retirarse y celebrar los divinos officios segun sus ritos particlares, pues los sacerdotes y religiosos que aquí entran permanecen por lo regular dos meses sin salir, hasta que del convento que tienen en la ciudad envian otros que ocupen su puesto. No se puede permanecer mucho tiempo en esta iglesia sin enfermar, porque no tiene bue-

na ventilacion, y las bóvedas y paredes despiden un fresco y humedad dañosos. Sin embargo, hallamos un hermitaño que habia tomado el hábito de S. Francisco, y hacia veinte años que estaba allí sin salir, no obstante que tiene mucho que trabajar ciudando doscientas lámparas, limpiando y adornando los Santos Lugares, de modo que á lo sumo le quedarán cuatro horas al dia de descanso (1).”

“Lo primero que se encuentra cuan-

(1) *N. T.* El autor del *Devoto Peregrino* que fué por primera vez á Tierra Santa cinco años despues que el autor que aquí copiamos, habla de este religioso aunque en términos algo diferentes, y dice así: “Con todo eso, murió el año de cincuenta un religioso lego español, que estuvo aquí dentro cincuenta y dos años sin ver mas sol ni luna que la poca que entra por aquel agujero, que está sobre el Santo Sepulcro. Murió con gran opinion de santidad: hasta los mismos turcos lo veneraban por santo. Fué sacristan; siempre tenia cuidado de encender las lámparas que están en aquellos santuarios, que son muchísimas; no dormia mas que tres horas; lo demas gastaba en santos ejercicios, y en cuidar del culto y limpieza de aquellos Santos Lugares.”

do se entra en la iglesia es la piedra de la unción, sobre la cual fué ungido el cuerpo de nuestro Señor con mirra y aloes antes de darle sepultura. Algunos dicen que es de la misma roca del monte Calvario, pero otros afirman que la trajeron allí José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, y los cuales hicieron aquella piadosa obra; y añaden que la piedra es de un color verdoso. De cualquier modo que sea, á causa de la indiscrecion de algunos peregrinos que la rompian, fué preciso cubrirla con mármol blanco, y cerrarla con una reja de hierro para que nadie la pise. Tiene ocho pies menos tres pulgadas de largo, y dos pies menos una pulgada de ancho; y encima hay ocho lámparas que están continuamente ardiendo.”

“El santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, precisamente en medio de la gran cúpula de que ya hemos hablado, y es como un cuartito hecho á pico en la misma roca. La puerta que mira al oriente no tiene mas que cuatro pies de alto, y dos y cuarta de ancho;

por manera que es menester bajarse mucho para entrar allí. Lo interior del Sepulcro es casi cuadrado, y tiene seis pies menos una pulgada de largo, y seis pies menos dos pulgadas de ancho; y desde el suelo hasta la bóveda ocho pies y una pulgada. Hay una mesa sólida de la misma piedra, que expresamente se dejó cuando se abrió lo demas: esta piedra tiene dos pies y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del sepulcro, porque tiene seis pies menos una pulgada de largo, y dos pies y dos tercios y medio de ancho. Sobre esta mesa se puso el cuerpo de nuestro Señor con la cabeza ácia el occidente, y los pies al oriente; pero á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creían que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no los abandonaria nunca, y tambien porque los peregrinos rompian algunos pedazos de la piedra, fué preciso cubrirla con mármol blanco que sirve de altar, donde se dice misa. En esta santa capilla arden continuamente cuarenta y cuatro lámparas, y para que salga el humo

se han hecho tres agujeros en la bóveda. La parte exterior del Sepulcro está también cubierta toda de mármol, y adornada con muchas columnas que sostienen una hermosa cúpula.

„A la entrada de la puerta del Sepulcro hay una piedra de pie y medio en cuadro, y levantada un pie de tierra: es de la misma roca, y servia para que la otra que tapaba la puerta del Sepulcro estribase en ella. Sobre esta piedra estaba el ángel cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio quanto para reverencia del santo Sepulcro, los primeros cristianos levantaron allí delante una capilla que se llama del Angel.”

„A doce pasos del Santo Sepulcro, y tirando ácia el septentrion, se encuentra una gran piedra de mármol gris que puede tener cuatro pies de diámetro, y se ha colocado allí para indicar el lugar en que nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano.”

„Mas adelante está la capilla de la Aparicion, donde es tradicion que nuestro Señor se apareció primero á la Vír-

*

gen despues de resucitado. En este parage es donde los religiosos de S. Francisco hacen de continuo sus officios, y adonde se retiran, pues de allí pasan á unos cuartitos que no tienen mas salida que por esta capilla.”

„Siguiendo en dar la vuelta á la iglesia se halla una capillita en bóveda que tiene siete pies de largo y seis de ancho, y la llaman de la cárcel de nuestro Señor, porque aqui le tuvieron mientras se hacia el agujero para poner la cruz. Esta capilla está á la parte opuesta del monte Calvario, por manera que estos dos parages forman como el crucero de la iglesia, pues el monte está al mediodia, y la capilla al septentrion.”

„Muy cerca de allí hay otra capillita de cinco pies de largo y tres de ancho, que está en el mismo parage en que los soldados quitaron á nuestro Señor las vestiduras antes de clavarle en la cruz, y donde echaron suertes y las dividieron.”

„Saliendo de esta capilla se encuentra á mano izquierda una espaciosa escalera

que rompe por la misma pared de la iglesia para bajar á una especie de cueva abierta á pico en la misma roca. Habiendo bajado treinta escalones se entra en una capilla que está á mano izquierda, y se llama comunmente la de Santa Helena, porque estuvo en oracion en ella mientras se buscaba la santa cruz. Se bajan aún once escalones para llegar al parage donde se halló la santa cruz con los clavos, la corona de espinas, y el hierro de la lanza que habian estado sepultados allí mas de trescientos años.”

„Cerca de lo alto de esta escalera, y tirando ácia el monte Calvario, hay una capilla que tiene cuatro pasos de largo y dos y medio de ancho; y bajo su altar se vé una columna de mármol gris con manchas negras, que tiene dos pies de alto y uno de diámetro, y se llama la columna del *Imperio*, porque allí sentaron á nuestro Señor para coronarle de espinas.”

„A diez pasos de esta capilla se encuentra una escalerita muy estrecha, cuyos escalones son de madera al principio

y de piedra al fin, siendo veinte en todos, y por ellos se sube al monte Calvario. Este parage que antes era tan ignominioso, habiéndose santificado con la sangre de nuestro Señor, cuidaron de él muy particularmente los primeros cristianos; y despues de haber hecho quitar toda la tierra, é inmundicias que habia encima, lo cercaron con paredes; por manera que ahora es como una capilla superior metida en esta gran iglesia. Por dentro está toda cubierta de mármol y dividida en dos con un arco: la parte que está ácia el septentrion es el parage en que nuestro Señor fué clavado en la cruz. Aqui están ardiendo siempre treinta y dos lámparas, de las que cuidan los religiosos de San Francisco, los cuales celebran allí misa todos los dias.”

„En la otra que está al mediodia fué plantada la santa cruz, y aun se vé el agujero cavado en la piedra como pie y medio de hondo, ademas de la tierra que tenia encima: á los lados están señalados los agujeros de las cruces de los dos ladrones. La del buen Ladron estaba al

septentrion, y la del malo al mediodia: por manera que el primero se hallaba á la mano derecha de nuestro Señor, que tenia el rostro vuelto ácia el occidente, y la espalda á Jerusalem que caía al oriente. Aquí arden siempre cincuenta lámparas.”

„Debajo de esta capilla están los sepulcros de Godofre de Bullon y de su hermano Balduino, en los que se leen estas inscripciones:

HIC JACET INCLYTUS DUX GODEFRIDUS DE BULION, QUI TOTAM ISTAM TERRAM ACQUISIVIT CULTUI CHRISTIANO, CUJUS ANIMA REGNET CUM CHRISTO. AMEN.

REX BALDUINUS. JUDAS ALTER MANCHABEUS, SPES PATRIÆ, VIGOR ECCLESIAE, VIRTUS UTRIVSQUE. QUEM FORMIDABANT, CUI DONA TRIBUTA FEREBANT CEDAR ET ÆGIP-TUS, DAN AC HOMICIDA DAMASCUS, PROH DOLOR! IN MODICO CLAUDITUR HOC TUMULO (1).

(1) Ademas de estos dos sepulcros se vén otros cuatro medio rotos.

„El monte Calvario es la última estación de la iglesia del santo Sepulcro, pues á veinte pasos de allí se encuentra la piedra de la *uncion*, que está precisamente á la entrada de la iglesia.”

Habiendo hablado el autor por su órden de las estaciones de estos Santos Lugares, solo me queda tratar de la reunion de estos edificios.

Se vé, pues, que la iglesia del santo Sepulcro consta de otras tres, que son la del santo Sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la santa cruz.

La iglesia, que propiamente llamaremos del santo Sepulcro, está situada en el valle del monte Calvario, y sobre el mismo terreno en que se sabe fué enterado Jesucristo. Esta iglesia forma una cruz; y la misma capilla del santo Sepulcro no es en efecto mas que la nave mayor del edificio que es redondo como el panteon de Roma, y solo le entra la luz por una cúpula, bajo la cual se halla el santo Sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan el circuito, y sostienen, formando diez y seis arcos,

una galería superior igualmente compuesta de diez y seis columnas y de diez y siete arcos mas pequeños que los inferiores. Sobre el friso de la última galería se levantan otros tantos nichos correspondientes á los arcos, y desde estos nichos arranca la cúpula. Estos nichos estaban adornados antes con mosaicos que representaban á los doce apóstoles, á Santa Helena, el emperador Constantino, y otros sujetos no conocidos (1).

El coro de la iglesia del santo Sepulcro está al oriente de la nave del sepulcro: es doble como en las antiguas

(1) *N. T.* En tiempo de Guerrero ya casi no se conocían de lo muy maltratados que estaban. Este autor dice que la capilla del santo Sepulcro era cuadrada por dentro y redonda por fuera; y que sus paredes estaban cubiertas de mármol. La cúpula ó media naranja dice que es de madera de cedro muy antigua; y el Devoto Peregrino añade que se sustenta sobre setenta y dos grandísimas vigas de cedro muy gruesas y altas; y dice que todas las paredes de la capilla son de jaspes blancos y negros, y que el ancho de la capilla será como de ochenta pasos.

basílicas, es decir, que forma primero el círculo de la sillería para los sacerdotes, y despues el santuario que se eleva por dos gradas sobre el coro. En derredor de este doble santuario corren las naves colaterales de la iglesia, y en ellas se hallan las capillas que describe Deshayes.

En la nave de la mano derecha, y detrás del coro, se encuentran las dos escaleras que ván, la una á la iglesia del Calvario, y la otra á la iglesia de la Invenzion de la Santa Cruz: la primera sube á la cumbre del Calvario, y la segunda baja al Calvario mismo, pues en efecto, la cruz fué plantada en la cumbre del Cólgotha, y hallada bajo de este monte. Así pues, la iglesia del santo Sepulcro está edificada al pie del Calvario, y toca por su parte oriental con este montecillo, encima y debajo del cual se han edificado otras dos iglesias, que comunican por medio de paredes y escaleras en bóveda con la iglesia principal.

La arquitectura es ciertamente del siglo de Constantino, pues que es toda

del orden corinthio: los pilares unos son muy gruesos y otros muy delgados, y su diámetro no guarda por lo comun proporcion alguna con su altura; sin embargo, algunas columnas apareadas que sostienen el friso del coro son de buen gusto. Como la iglesia es alta y espaciosa, las cornisas se presentan á la vista con bastante grandiosidad; pero como hace unos sesenta años que se rebajaron los arcos que separan el coro de la nave, no se goza ya de la vista entera de la bóveda.

La iglesia no tiene peristilo, y se entra en ella por dos puertas laterales, aunque solo una está abierta; y por lo tanto parece que el edificio no ha tenido ningun adorno exterior (1), ademas que

(1) *N. T.* El Devoto Peregrino viene á decir lo contrario, pues asegura que las puertas y frontispicio son de maravillosa arquitectura, todo de piedra, y que están hechas de relieve muy hermosísimas figuras, en las cuales se representan las historias de la resurreccion de Lázaro, la entrada de Cristo en el templo, y cuando echó los judíos de él.

está como cubierto por los conventos griegos que han pegado á sus paredes.

El monumento de mármol que cubre al santo Sepulcro, tiene la figura de un catafalco, adornado con arcos semi-góticos metidos en los lados del mismo catafalco, que se eleva con gracia bajo la cúpula de donde recibe la luz; pero lo afea una capilla muy pesada que los armenios han logrado permiso de construir al uno de sus extremos. La parte interior del catafalco presenta un sepulcro muy sencillo de mármol blanco, se apoya por un lado en la pared del monumento, y sirve de altar á los religiosos católicos: este es el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

El origen de la iglesia del santo Sepulcro, es de muy remota antigüedad. El autor del Epítome de las Guerras Sagradas, sostiene que cuarenta y seis años despues que Vespasiano y Tito destruyeron á Jerusalem, los cristianos lograron permiso de Adriano para edificar, ó mas bien reedificar un templo sobre el sepulcro de nuestro Señor, y de comprender dentro de las murallas de la nueva ciudad

los demas parages que veneran, y añade que Santa Helena ensanchó y reparó este templo.

Sozomeno en el segundo libro de su historia, S. Gerónimo en sus epístolas á Paulino y á Rufino; Severo, Nicéphoro, y Eusebio en la *Vida de Constantino*, nos dicen que los paganos cercaron con una muralla los Santos Lugares, y que levantaron sobre el sepulcro de Jesucristo una estatua á Júpiter, y otra á Venus sobre el monte Calvario, y que dedicaron un bosque á Adonis sobre el parage en que nació el Salvador. Estos testimonios demuestran por la misma profanacion de los Santos Lugares, la antigüedad del verdadero culto en Jerusalem, y prueban que los cristianos ya tenían allí templos.

De cualquier modo que sea la fundacion de la iglesia del santo Sepulcro sube á lo menos al reynado de Constantino; y Eusebio nos ha conservado una carta de este príncipe que manda á Macario, obispo de Jerusalem, que levante una iglesia en el mismo parage donde se

cumplió el misterio de nuestra salvacion. Como tres siglos despues fué destruida esta iglesia por Cosroes II rey de Persia. Heraclio reconquistó la verdadera cruz; y Modesto, obispo de Jerusalem, restableció la iglesia del santo Sepulcro. Algun tiempo despues el califa Omar se apoderó de Jerusalem, pero permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Acia el año de 1009, Hequem, ó Hakem, que reynaba en Egipto, destruyó el sepulcro de Jesucristo. Quieren unos que la madre de este príncipe, que era cristiana, hiciese levantar las paredes de esta iglesia, y otros dicen que el hijo del califa de Egipto, á ruegos del emperador Argyrópilo, permitió á los fieles que erigiesen un nuevo monumento en aquellos Santos Lugares. Pero como en la época del reynado de Hakem los cristianos de Jerusalem no eran ni bastante ricos, ni bastante hábiles para construir el edificio que cubre actualmente el monte Calvario (1), y como á pesar de un

(1) Dicen que María, muger de Hakem y madre del nuevo califa, costeó la obra, y que la

pasage muy sospechoso de Guillermo de Tiro, nada indica que los cruzados hiciesen construir en Jerusalem una iglesia del santo Sepulcro, es probable que la iglesia que fundó Constantino ha permanecido siempre cual se halla en el dia, á lo menos en la parte material del edificio, como se evidencia ademas por el mismo género de su arquitectura.

Habiendo conquistado los cruzados á Jerusalem el 15 de Julio de 1099, libertaron el sepulcro de Jesucristo de manos de los infieles, y permaneció ochenta y ocho años en poder de los sucesores de Godofre de Bullon. Cuando Jerusalem volvió á caer bajo el yugo de los musulmanes, los sirios rescataron á precio de oro la iglesia del santo Sepulcro, y los religiosos vinieron á defender con sus oraciones unos parages inútilmente confiados á las armas de los reyes; y de este modo, por entre mil revoluciones, la fé de los primeros cristianos nos habia

ayudó en tan piadosa empresa Constantino-Monomaco.

conservado un templo cuya suerte parecia ser la de acabar en nuestro siglo.

Tal vez me preguntarán mis devotos lectores qué fué lo que yo sentí al entrar en aquellos asombrosos parages; pero realmente no podré explicarlo, pues me ocurrieron á un mismo tiempo mil ideas sin fijarme en ninguna en particular. Media hora estuve arrodillado en la capillita del santo Sepulcro con los ojos clavados en la piedra sin poderlos arrancar de allí. El uno de los dos religiosos que me acompañaban, se postró á mi lado y dejó caer su rostro sobre el mármol, y el otro teniendo el Evangelio en la mano me leía á la luz de las lámparas los pasages relativos al santo Sepulcro. Entre cada versículo decia la siguiente oracion: *Domine Jesu-Christe, qui in horâ diei vespertinâ de cruce depositus, in brachiis dulcissimæ Matris tuæ reclinatus fuisti, horâque ultima in hoc sanctissimo monumento corpus tuum exanime contulisti etc.* Lo que puedo asegurar es que al ver aquel sepulcro triunfante, solo contemplé mi miserable y flaca naturaleza; y cuan-

do el sacerdote exclamó con S. Pablo: *Ubi est Mors, victoria tua? Ubi est Mors, stimulus tuus?* apliqué el oído como si la muerte fuese á responder que se hallaba vencida, y aherrojada en aquel sagrado monumento.

Auduvimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario. ¿Dónde hallaremos en toda la antigüedad sucesos tan maravillosos, y que tanta ternura causen como los últimos de que nos habla el Evangelio? No son estos aquellos caprichosos acaecimientos de una deidad falsa y como extraña á la humanidad misma: es una historia toda verdadera, del mayor interes, que arranca lagrimas por lo que tiene de tierno, y cuyas consecuencias aplicadas al universo mudaron del todo su faz. Acababa de recorrer los monumentos de Grecia, y estaba aún admirado de su grandeza; pero ¡cuán lejos estaban de producir en mí el asombro que sentia al ver los Santos Lugares!

La iglesia del Santo Sepulcro compuesta de otras muchas, edificada sobre un terreno desigual, y alumbrada con mu-

chas lámparas, es sobremanera misteriosa, y reina en toda ella una obscuridad que favorece la devoción y el recogimiento del alma. Los sacerdotes cristianos de diferentes sectas, habitan las varias partes de este edificio. Desde lo alto de los arcos, de lo interior de las capillas, y de los subterráneos, resuenan sus cánticos á todas las horas del día y de la noche: el órgano de los religiosos latinos, los címbalos del sacerdote abisino, la voz del *caloyero* griego, las oraciones del solitario armenio, aquella especie de quegido del monge copto, resuenan á un mismo tiempo en vuestros oídos: no sabéis de dónde salen aquellas voces, sentís el olor del incienso sin ver la mano que lo quema, y solo veis pasar y desvanecerse detras de las columnas, y en las sombras del templo, al sacerdote que vá á celebrar los mas augustos y terribles misterios en aquellos mismos parages donde se cumplieron.

No salí del sagrado recinto sin haberme detenido antes á contemplar los sepulcros de Godofre y de Balduino, que

están enfrente de la puerta de la iglesia y pegados á las paredes del coro. No pude menos de admirar la dicha de aquellos reyes guerreros, cuyas cenizas merecieron descansar cerca del gran Sepulcro que ellos mismos rescataron.

Volví al convento á las once de la mañana, y salí de nuevo al mediodía para andar la calle de la Amargura, pues así se llama el camino que anduvo el Salvador del mundo yendo de la casa de Pilatos al Calvario.

La casa de Pilatos (1) viene á ser unas ruinas desde donde se descubre el vasto recinto del templo de Salomon, y la mezquita edificada en él.

(1) *N. T.* El Devoto Peregrino dá mayores noticias de esta casa que extractaremos aquí. "Es muy grande y toda de piedra jaspe, y vive en ella el bajá." (Nuestro autor dice que ahora sirve de caballeriza).... "Aquí está la sala de Licostrotos, adonde estaba el tribunal del juez, y en el cual sentado Pilatos dió la sentencia contra el Salvador..... Aquí dentro está el lugar donde fué coronado de espinas, y causa dolor el ver que por no poderse pagar los tributos necesarios, está hecho cocina del bajá..... Aquí está la escala san-

*

Habiendo sido Jesucristo azotado y coronado de espinas, le pusieron una túnica de púrpura, y los judíos le presentaron á Pilatos, el cual dijo *Ecce Homo*; y aún se vé la ventana donde pronunció estas memorables palabras.

Segun la tradicion latina de Jerusalem, la corona de Jesucristo fué hecha del arbol espinoso *lycium spinossum*; pero el sabio botanista Hasselquist dice que fué del *nabka* de los árabes, y las razones que dá merecen citarse.

“Es probable, dice este autor, que la corona que pusieron en la cabeza á nuestro Señor, fué hecha del *nabka*, que es

ta por la cual el Señor subió despues de ser azotado y bajó con la cruz á cuestras. Los escalones de esta escala trajo Santa Helena á Roma... Aquí está tambien el lugar donde el Señor fué azotado: es una capillita muy buena y está hoy apartada del palacio, de suerte que hay una calle enmedio, y antes la habia hecho caballeriza el bajá.... En casa de Pilatos no se permite entrar á los peregrinos, ni tampoco á los religiosos; pero como yo fuí procurador, entraba los mas de los dias á hablar al bajá.”

muy comun en el oriente; y no podian escoger otro mas propio, pues que tiene puas, y sus ramas son muy flexibles, y sus hojas de un verde obscuro como el de la yedra; y tal vez los enemigos de Jesucristo escogerian para añadir la burla al castigo una planta que se semeja á aquella de que se servian para coronar á los emperadores y generales.

Otra tradicion conserva en Jerusalem la sentencia dada por Pilatos contra el Salvador del mundo.

Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptorem Cæsaris, et falsum Messiam, ut majorum suæ gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et eum ludibriis regiæ majestatis in medio duorum latronum cruci affigite: Y, lictor, expedi cruces.

Á ciento veinte pasos del arco del *Ecce Homo* (1), me enseñaron á la izquierda

(1) *N. T.* El Devoto Peregrino dice: "Aquí junto á la casa de Pilatos hay un arco que atraviesa la calle, y se llama *Xistus Porticus*. El portal llamado *Xistus* está edificado sobre la pla-

las ruinas de una iglesia que estaba dedicada á nuestra Señora de los Dolores, y en este parage fué donde María salió al encuentro á su bendito hijo, cuando con la cruz acuestas le llevaban á crucificar enmedio de dos ladrones. Este suceso no lo refieren los Evangelios; pero generalmente se cree, segun la autoridad de S. Bonifacio y de S. Anselmo. S. Bonifacio dice que la Vírgen cayó medio muerta, y que no pudo pronunciar ni una sola palabra. *Nec verbum dicere potuit.* San Anselmo asegura que Cristo la saludó con estas palabras: *Salve Mater!* todo esto es muy probable, y la fé no se opone á estas tradiciones que manifiestan hasta qué punto se ha grabado en la memoria de los hombres la maravillosa y sublime historia de la Pasion. El trans-

za mayor, es muy ancho, á modo de puente, hecho de piedras muy grandes. Desde este lugar, por ser fuerte y seguro, solian los presidentes romanos hablar al pueblo. En este arco hay una ventana, la cual dividia una columna y hacia dos arcos. A esta ventana mostró Pilatos al Señor.

curso de diez y ocho siglos, las innumerables persecuciones, las perpetuas revoluciones, ruinas y mas ruinas, no han podido borrar las huellas de una Madre que viene á llorar á su hijo (1).

Cincuenta pasos mas allá hallamos el parage donde Simon Cirineo ayudó á Jesucristo á llevar la cruz.

“Y compelieron á un hombre que pasaba por allí llamado Simon Cirineo, padre de Alejandro y de Rufo, el cual venia de una granja, á que cargase con la cruz, para que la llevase en pos de Jesus.”

(1) *N. T.* En tiempo de Guerrero y del Devoto Peregrino ya estaba arruinada esta iglesia, que este último llama del *Pasmo de la Virgen*; y dice que era famosa, y que estaba adornada con jaspes y columnas, que un bajá llamado Mahometo quiso deshacer para llevarlas al templo de Salomon. Añade este autor, que á unos sesenta y seis pasos, en una esquina de la calle que forma tres caminos, volviendo á mano izquierda, como venimos de la puerta de Efrain y casa de Pilatos, está el lugar donde Cristo cayó con la cruz, donde hay una iglesia pequeña, la cual está hoy dia, dice, hecha baño de los turcos.

Aquí el camino que iba de este á oeste, hace un recodo y tira á norte: á mano derecha ví el parage donde estaba el pobre Lázaro, y enfrente, al otro lado de la calle, la casa del Rico Avariento (1).

“Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y comía espléndidamente todos los días.

„Y había tambien un mendigo llamado Lázaro que estaba echado á su puerta lleno de llagas.

„Y deseaba hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, pero nadie se las daba; y los perros venían y le lamían las llagas.

„Murió este mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Y murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno.”

San Crisóstomo, S. Ambrosio y S. Cirilo creen que la historia de Lázaro y del

(1) El Devoto Peregrino dice que demuestra ser muy buena, porque la portada es suntuosa.

Rico Avariento, no es una mera parábola, sino un suceso verdadero y público. Los mismos judíos nos han conservado el nombre de este rico, y le llaman Nabal.

Pasada la casa del Rico Avariento, se vuelve á la derecha, y se sigue caminando á poniente. Á la entrada de esta calle, que sube ya al Calvario, se halla el parage donde Cristo encontró á las santas mugeres que lloraban por él.

“Y le seguía una gran multitud de pueblo y de mugeres, las cuales lo plañian y lloraban.

„Mas Jesus vuelto á ellas las dijo: hijas de Jerusalem, no me lloreis á mí, mas lloraos á vosotras mismas, y á vuestros hijos.”

Á ciento diez pasos de aquí se ve el sitio donde estuvo la casa de la Verónica (1), y el parage donde aquella piadosa muger limpió el rostro del Salvador.

(1) En tiempo del Devoto Peregrino aún se veía esta casa, y dice se subia á ella por cinco ó seis escalones.

El primer nombre de esta muger era *Berenice*, pero despues se mudó en el de *Vera-Icon*, verdadera imágen, por la transposicion de dos letras, ademas que el mudar la B en V es muy frecuente en las lenguas antiguas.

Despues de haber andado unos cien pasos, se halla la puerta Judiciaria, que era por la que salian los reos que ajusticiaban en el monte Gólgatha, y el cual contenido ahora en la nueva ciudad, estaba fuera de la antigua Jerusalem.

Desde la puerta Judiciaria á la cumbre del Calvario, se cuentan casi unos doscientos pasos; y aquí concluye la calle de la Amargura, que puede tener en todo una milla de largo. Hemos visto que el Calvario se comprende ahora en la iglesia del Santo Sepulcro. Si los que leen la Pasion en el Evangelio sienten una santa tristeza y una profunda admiracion, ¿qué será al pie del monte Sion, á vista del templo, y en los muros mismos de Jerusalem?

Habiendo dado la descripcion de la calle de la Amargura, solo diré una pala-

bra de las devotas estaciones que se hallan en el recinto de la ciudad, y me contentaré con nombrarlas en el orden que las anduve durante mi permanencia en Jerusalem.

1.º La casa del pontífice Anás, cerca de la puerta de David, al pie del monte Sion, dentro de las murallas de la ciudad: los armenios son dueños de la iglesia edificada sobre sus ruinas.

2.º El parage donde el Salvador se apareció á María Magdalena, María madre de Santiago, y María Salomé; y está entre el castillo y la puerta del monte Sion.

3.º La casa de Simon el fariseo, a donde la Magdalena echada á los pies de Cristo confesó sus pecados: es una iglesia enteramente arruinada y está al oriente de la ciudad.

4.º El monasterio de Santa Ana madre de nuestra Señora, y la gruta de la Inmaculada Concepcion bajo la iglesia del monasterio, el cual es en el dia una mezquita en la que se entra pagando algunos medines. En tiempo de los reyes

cristianos vivian monjas en él (1).

5º La cárcel de S. Pedro cerca del Calvario, y son unas murallas viejas donde aún se ven algunas abrazaderas de hierro.

6º La casa del Zebedeo cerca de la iglesia de S. Pedro, y es una iglesia bien grande que pertenece al patriarca griego.

7º La casa de María, madre de Juan Marco, donde S. Pedro se retiró cuando le libertó el ángel: es una iglesia de sirios.

8º El parage donde fué martirizado Santiago el mayor: es convento de armenios, y la iglesia muy rica y hermosa (2).

Recorramos ahora los alrededores de la santa ciudad. Habia gastado yo dos

(1) *N. T.* El Devoto Peregrino dice que esta iglesia es muy hermosa, y que la fábrica estaba entera y muy bien hecha, y que el convento tenia sus celdas y claustro, y en el medio unos naranjos muy hermosos.

(2) *N. T.* El Devoto Peregrino dice que es el mejor que hay en Jerusalem, y que cuando es-

horas en andar á pie la calle de la Amargura, y todos los dias repetia este sagrado camino, y entraba en la iglesia del Calvario para que ninguna circunstancia esencial se borrara de mi memoria. Ya eran las dos de la tarde del siete de octubre, cuando concluí de andar por primera vez las santas Estaciones. Entonces monté á caballo con Ali-Agá, el dragoman Miguel, y mis criados, y salí por la puerta de Jafa para dar la vuelta entera á Jerusalem. Tomamos á la izquierda mirando al mediodia, y pasamos por la piscina de Bersabé, que es un hoyo ancho y profundo que no tiene agua. En seguida subimos al monte Sion, parte del cual se halla ahora fuera de las murallas de Jerusalem; y supongo que este nombre de Sion recuerda á los lectores subli-

ta ciudad era de cristianos lo fundaron los españoles para que sirviese de hospital á sus peregrinos; y añade que dentro de esta famosa iglesia hay una capilla muy devota que es el lugar mismo donde fue degollado el santo, y que aún está allí la piedra en que le cortaron la cabeza.

blimes memorias, y que desean conocer este monte tan misterioso en la sagrada Escritura, tan celebrado en los cánticos de Salomon, y objeto de las bendiciones ó de las lágrimas de los profetas. Es, pues, un montecillo estéril y de color amarillento abierto en forma de media luna por el lado de Jerusalem, de regular altura, y llano en su cumbre, en la que hay tres monumentos, ó mas bien tres ruinas, y son la casa de Caifás, el santo Cenáculo, y el sepulcro ó palacio de David. Desde esta cumbre se vé ácia el mediodia el valle de Ben-Hinnon, y mas allá el campo de Sangre comprado con los treinta dineros de Judas, el monte del Mal-Consejo, los sepulcros de los Jueces, y todo el desierto ácia Habron y Belen. Al norte las murallas de Jerusalem que suben por la cumbre de Sion, os impiden ver la ciudad que vá declinando ácia el valle de Josaphat. La casa de Caifás es actualmente una iglesia de armenios: el sepulcro de David es una salita embobedada, en donde se hallan tres sepulcros de piedra negruzca: el santo

Cenáculo es una mezquita y hospital de turcos, pero antes era iglesia y monasterio de los padres de Tierra Santa (1). Este último santuario es igualmente famoso en el antiguo que en el nuevo Testamento, pues en él edificó David su palacio y sepulcro: allí estuvo por tres meses el arca de la Alianza, y en él Jesucristo celebró la última pascua, é instituyó el sacramento de la Eucaristía, se apareció á sus discípulos el día de la resurrección, y el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles. El santo Cenáculo fué el primer templo cristiano que vió el mundo: Santiago el menor fué consagrado en él primer obispo de Jerusalem, y S. Pedro celebró en él el primer concilio de la iglesia; en fin, de este mismo parage salieron los apóstoles pobres y desnudos, para elevarse sobre todos los tronos de la tierra. *Docete omnes gentes!*

(1) Segun el Devoto Peregrino, los religiosos de San Francisco lo poseyeron desde el año de 1365 hasta el de 1570.

Bajando del monte Sion por el lado de levante, llegamos al valle, á la fuente, y á la piscina de Siloe, donde Jesucristo volvió la vista al ciego. La fuente sale de una peña y corre silenciosamente *cum silentio*, segun Jeremías; y tiene una especie de flujo y reflujo, pues unas veces derrama abundantes aguas, y otras solo algunas gotas. Los levitas derramaban agua de Siloe sobre el altar en la fiesta de los Tabernáculos, cantando: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvataris.*

Dicen algunos que esta fuente brotó de pronto para apagar la sed de Isaías cuando le aserraron por enmedio del cuerpo con una sierra de madera de orden de Manasés, y otros que conmenzó á manar en el reinado de Ezequías.

Segun Josefo, esta milagrosa fuente corria para el ejército de Tito, y rehusaba sus aguas á los judíos que eran culpados. La piscina, ó mas bien las dos piscinas que tienen el mismo nombre, están cerca de esta fuente, y aún sirven como en lo antiguo para lavadero de las mugeres de la ciudad; y las cuales, vién-

donos llegar, se comenzaron á burlar de nosotros y á huir. El agua de esta fuente es salobre é ingrata al paladar, y en ella todos acostumbran lavarse los ojos en memoria del milagro del ciego de nacimiento.

Allí cerca enseñan el parage donde el profeta Isaías fué martirizado del modo que he dicho (1). Tambien se ve un lugarajo que llaman Siloan, al pie de él hay otra fuente que la-Escritura llama Rogel, y delante de esta fuente, al pie del monte Sion, se halla una tercera fuente que tiene el nombre de nuestra Señora, porque se cree que la Virgen venia allí á buscar agua como las hijas de Laban iban á buscarla al pozo, cuya piedra levantó Jacob: *Ecce Rachel veniebat cum ovibus patris sui, ect.* y las aguas de la fuente de la Virgen se juntan luego con las de la fuente de Sion.

(1) El Devoto Peregrino dice que este parage se llama *Quercus Rogel*: Guerrero asegura que esta agua es buena.

Aquí como advierte S. Gerónimo, nos hallamos al pie del monte Moria, bajo las paredes del templo, y casi delante de la puerta Sterquilina. Llegamos hasta el ángulo oriental del muro de la ciudad, y entramos en el valle de Josaphat, el cual corre de norte á mediodia entre el monte Olivete y el Moria, pasando por enmedio el arroyo de Cedron, que la mayor parte del año está seco, y en la primavera y cuando llueve lleva un agua rogiza.

El valle de Josaphat lo llama tambien la Escritura valle de Savé, valle del Rey, y valle de Melchisedech (1). En el valle de Melchisedech fué donde el rey de Sodoma vino á felicitar á Abraham por la victoria que habia alcanzado contra los cinco reyes: en este mismo valle fué donde se adoraron los dos ídolos Moloch y Beelphegor; y despues se llamó valle

(1) Sobre todo esto hay diferentes opiniones, pues el valle del Rey podria muy bien estar ácia los montes del Jordan, lo que convendria mejor con la historia de Abraham.

de Josaphat, porque en él se enterró este rey en el sepulcro que se mandó construir. Parece que este valle sirvió siempre de cementerio á Jerusalem, y en él se encuentran los monumentos de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos: á él vienen á morir los judíos de las cuatro partes del mundo, y un extranjero les vende á peso de oro un poco de tierra para cubrir sus cadáveres en la heredad de sus abuelos. Los cedros que Salomon hizo plantar en este valle (1), la sombra que le daba el templo, el arroyo que por él pasa (2), los cánticos de dolor que David compuso en él, las lamentaciones que en él cantaba Jeremías, le hacian el mas propio para la tristeza y la paz de los sepulcros. Comenzando nuestro Señor Jesucristo su Pasion en este solitario parage, lo consagró de nuevo al dolor: este inocente David para

(1) Josepho dice que Salomon hizo plantar bosques de cedros en todos los montes de Judéa.

(2) Cedron es una palabra hebrea que significa negrura y tristeza.



borrar nuestros pecados, derramó allí las lágrimas que el David culpado había vertido para expiar sus propios errores. Pocos nombres hay que exciten en la imaginación ideas á un mismo tiempo mas tiernas y terribles que el valle de Josaphat, valle tan lleno de misterios, que segun el profeta Joél todos los hombres deben comparecer en él algun dia ante el terrible juez. *Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat, et disceptabo cum eis ibi.* "Es muy adecuado, dice el padre Nau, que el honor de Jesucristo sea públicamente reparado en aquel mismo parage donde se le quitó con tantos oprobios é ignominias; y juzgue justamente á los hombres allí mismo donde ellos tan injustamente le juzgaron."

Causa tristeza solo el mirar el valle de Josaphat, pues su lado occidental lo forma un tajado monte de tiza que sostiene las góticas murallas de la ciudad, y sobre las cuales se descubre Jerusalem: el lado oriental lo forma el monte de las Olivas y el del Escándalo, *mons Offen-*

sionis, así llamado por la idolatría de Salomon. Estos dos montes que llegan á juntarse, están casi desnudos de vegetales, y tienen un color de un rojo muy obscuro; en sus solitarias vertientes se vén desparramadas á grandes distancias algunas negras y abrasadas cepas y bosquecillos de acebuches: se hallan grandes espacios de terreno erial, cubiertos de hisopos, con diferentes capillitas, oratorios, y mezquitas arruinadas. En lo hondo del valle hay un puente de solo un arco para pasar el arroyo de Cedron. Las piedras del cementerío de los judíos se vén como un monton de ruinas al pie del monte del Escándalo, bajo la aldea árabe de Siloan, y apenas se pueden distinguir las casucas de esta aldea de los sepulcros que por todas partes la circuyen. En este campo de destrucción sobresalen tres monumentos antiguos, que son los sepulcros de Zacarías, de Josaphat, y de Absalon. Al considerar uno la tristeza de Jerusalem de donde no se ve salir humo alguno, ni se oye ruido; la soledad de aquellos montes en los que no se encuen-

tra ningun ser viviente; el confuso y desordenado amontonamiento de tantos sepulcros deshechos, rotos, abiertos, profanados; se diría que sonó ya la trompeta del Juicio final, y que los muertos van á levantarse en el valle de Josaphat.

A la orilla misma y casi en el nacimiento del arroyo de Cedron, entramos en el huerto de las Olivas, ó de Gethsemaní, que pertenece á los padres latinos por haberlo comprado á su propia costa, y en él se ven aún ocho grandes olivos que son en extremo viejos. Pudiéramos llamar al olivo un árbol inmortal, por lo mucho que dura, á causa de renacer de su cepa; y así es, que en la ciudadela de Athenas se conservaba un olivo que fué plantado cuando se fundó la ciudad. Los olivos del huerto de este nombre en Jerusalem, son por lo menos del tiempo del Bajo-Imperio, y la razon es bien clara. En Turquía todos los olivos que estaban en pie cuando los musulmanes invadieron el Asia, solo pagan un medin al fisco; pero los olivos plantados despues de la

conquista, pagan al Gran Señor la mitad de su fruto: los ocho olivos ya dichos pagan solo los ocho medines, lo que es prueba de su grande antigüedad.

Nos apeamos á la puerta de este huerto para andar á pie las estaciones del monte. El lugar de Gethsemaní se hallaba á alguna distancia del huerto, pero actualmente se confunde con él.

Entramos primero en el sepulcro de la Virgen nuestra Señora, que es una iglesia subterránea á la que se baja por cincuenta escalones muy hermosos de mármol blanco: está dividida entre todas las sectas cristianas, y aun los mismos turcos tienen allí una especie de oratorio; pero solo los católicos poseen el sepulcro de la Virgen. Aunque nuestra Señora no murió en Jerusalem, segun la opinion de muchos Santos Padres, los apóstoles la enterraron milagrosamente en Gethsemaní; y Euthymio nos describe este maravilloso entierro. Habiendo hecho Santo Tomás que se abriese el sepulcro, solo se halló una ropa virginal que era la de la Reyna de los cielos, que los ángeles

habian subido á la gloria. Tambien se ven en esta iglesia subterránea los sepulcros de San José, de San Joaquin y de Santa Ana.

Habiendo salido del sepulcro de la Virgen, fuimos á ver en el huerto de las Olivas la cueva donde el Salvador oró y sudó sangre la noche de su Pasion diciendo estas palabras: *Pater, si possibile est, transeat à me calix iste*. Esta cueva es de forma irregular, y en ella se han hecho muchos altares. A la parte de afuera, á algunos pasos de la cueva, se ve el parage en que Judas dió el beso de paz á Jesus para entregarle á los judíos. ¡A cuán cruel tormento no se humilló en esto el Señor! Sufrió aquel amargo hastío de la vida que tanto trabajo cuesta á la virtud misma el vencer. Y en el instante en que un ángel tiene que bajar del cielo para sostener á la Divinidad oprimida, por decirlo así, con el peso de las miserias humanas, esta milagrosa Divinidad es vendida por el hombre.

“Apenas, dice Massillon, el alma santa del Salvador ha admitido el sangrien-

to ministerio de nuestra salvacion, cuando la justicia de su Padre comienza á mirarle como á hombre de pecado. Ya no vé en él á su amado hijo, en el que se complacia: solo vé una hostia de expiacion y de ira, cargada con todas las iniquidades del mundo, y á la cual no puede menos de inmolar á todo el rigor de su venganza; y aqui comienza á caer todo el peso de su justicia sobre aquella purísima é inocente alma: aqui es donde Jesucristo, como verdadero Jacob, vá á luchar toda la noche contra la cólera del mismo Dios, y donde vá á consumarse de antemano su sacrificio; y de un modo tanto mas doloroso, cuanto que su santa alma vá á espirar, por decirlo así, al golpe de la justicia de un Dios irritado en lugar de que en el Calvario solo será entregada al furor y poder de los hombres.

“El alma santa del Salvador llena de gracia, de verdad, y de luz: ah, ve al pecado cuán horroroso es: ve el desorden, la injusticia, la inmortal mancha: ve sus

lamentables consecuencias; la muerte, la maldicion, la ignorancia, el orgullo, la corrupcion, todas las pasiones que de tan fatal fuente nacen y se deraman sobre la tierra. Se le representa en aquel doloroso instante la duracion de todos los siglos: desde la sangre de Abel hasta la última consumacion, ve una no interrumpida tradicion de crímenes sobre la tierra: recorre la espantosa historia del universo, y nada se escapa al secreto horror de su tristeza: ve extenderse entre los hombres las mas monstruosas supersticiones: borrarse el conocimiento de su Padre: erigirse en deidades los mas infames vicios: tener sus templos y sus altares los adulterios, los incestos y todas las abominaciones; y los hombres mas sabios y moderados tomar el partido de la impiedad y de la irreligion. Y si se vuelve ácia los siglos del cristianismo, descubre los futuros males de su iglesia, los cismas, los errores, las disputas que desgarrarán el precioso misterio de su unidad, las profanaciones de sus altares, el indigno uso de los Sacramentos, la ca-

si total extincion de su fé, y las corrompidas costumbres del paganismo renovadas entre sus discípulos.

De este modo aquella alma santa, no pudiendo soportar el peso de sus males, al mismo tiempo que el rigor de la Divina Justicia la retenia en su cuerpo; triste hasta la muerte, y no siéndola dando el morir, no pudiendo poner término á sus penas, ni teniendo fuerzas ya para soportarlas, parece combatir con las angustias y dolores de su agonía, contra la muerte y contra la vida, y un sudor de sangre que se ve correr hasta la tierra es el triste resultado de tan penosos esfuerzos: *Et factus est sudor ejus sicut gutte sanguinis decurrentis in terram.* Padre justo, ¿era menester añadir sangre á este interior sacrificio de vuestro hijo? ¿no basta con que se derrame por sus enemigos? ¿era forzoso que se apresurase vuestra justicia por decirlo así, á verla derramar.”

Habiendo salido de la cueva del Cáliz de la Amargura, y subiendo por un

camino torcido y pedregoso, el dragoman nos hizo detener cerca de una peña desde donde se cree que Jesucristo miró á la ciudad, y lloró considerando su cercana destruccion. Baronio observa que Tito acampó en el parage mismo en que el Salvador predijo la ruina de Jerusalem.

La destruccion de esta ciudad que Jesucristo predijo y lloró, merece por lo tanto que nos detengamos en describirla, y para ello oigamos á Josepho que fué testigo ocular de este suceso. Habiendo los romanos tomado la ciudad, un soldado puso fuego al templo.

“En tanto que de esta manera el fuego devoraba tan magnífico templo, ansiosos los soldados del pillage mataban á cuantos se les venian á las manos, no perdonaban ni edad ni estado, niños y viejos, sacerdotes y gente profana, todos eran puestos á cuchillo, y todos caían en tan general matanza: ni mas bien librados salian los que imploraban misericordia, que los que tenian ánimo para defenderse hasta el último extremo. Con-

fundíanse los ayes y lamentos de los moribundos con el ruido que hacian las llamas que á todas partes se iban extendiendo; por manera que como aquel edificio era tan grande y elevado, los que veían el incendio de lejos creían que toda la ciudad ardía y estaba llena de fuego.

Ni podía imaginarse cosa mas terrible que el ruido que por todas partes resonaba. Y ¿cuán grande no era tambien el que hacian las legiones romanas con sus furiosos alaridos? ¿Cuán grandes gritos no lanzaban los sediciosos viéndose por todas partes cercados de fuego y de armas? ¿Y cuáles no eran las lamentaciones de aquel infeliz pueblo, que hallándose entonces en el templo, estaba tan lleno de pavor, que huyendo se arrojaba enmedio de sus propios enemigos? ¿Y cuán confusa gritería no levantaba hasta el cielo la muchedumbre de gente que estando sobre el monte fronterizo del templo, veían cosa tan espantosa? Aquellos mismos á quienes el hambre habia reducido á tal extremo, que estaban cer-

canos á morir, viendo el incendio del templo, reanimaban sus fuerzas para llorar tan extraordinaria desgracia. Resonaba con el ruido toda la region que está de la otra parte del Jordán, y los montes que alrededor habia, hacian retumbasen mas los alaridos; pero por espantoso que este ruido fuese, aún lo eran mucho mas los males que lo causaban. Era tan grande y tan violento el fuego que abrasaba al templo, que parecia que el mismo monte sobre el que estaba, ardia hasta en sus fundamentos. Y con tanta abundancia corria la sangre, que parecia disputar con el fuego á quien se extenderia mas. El número de los muertos sobrepujaba al de aquellos que á su furor y venganza los sacrificaban: todo el suelo estaba cubierto de cadáveres, y por encima de ellos corrian los soldados persiguiendo á los que procuraban huir.

„Cuatro años antes de comenzarse la guerra, y cuando Jerusalem gozaba aún de profunda paz y de suma abundancia, Jesus, hijo de Anano, hombre rústico y

plebeyo, habiendo venido á la fiesta de los Tabernáculos, que se celebra todos los años en el templo en honor de Dios, principió á dar grandes voces repentinamente diciendo: "Voz por oriente, voz por occidente, voz por las cuatro partes de los vientos, voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo este pueblo. Y no dejaba noche y dia de correr plazas y calles, repitiendo esto mismo, á pesar de que le dieron muchos azotes desollándole hasta los huesos.

pero á cada golpe que le daban repetia con voz lastimera. Ay, ay de tí Jerusalem.

.
y cuando fué la ciudad cercada entendieron todos claramente sus predicciones, y él rodeando otra vez la ciudad, gritaba con voz alta: ay, ay de tí ciudad, templo y pueblo! Y habiendo añadido ay de mí tambien, una piedra echada con una de las máquinas de guerra, luego lo mató y le hizo salir el alma, que aun

lloraba todo el daño y destrucción que tenía presente.”

Desde la peña de la Predicacion subimos á unas cuevas que están á la derecha del camino. Las llaman los Sepulcros de los Profetas, pero nada notable tienen, ni se sabe de qué profetas son las cenizas que allí reposan.

Un poco mas arriba de estas cuevas hallamos una especie de cisterna formada de doce arcos, y aqui fué donde los apóstoles compusieron el Credo. Mientras que todo el mundo adoraba mil vergonzosas deidades, doce desconocidos pescadores componian la profesion de fé del género humano, y reconocian la unidad de Dios, criador de aquellos mismos astros, ante los cuales no se atrevian las gentes á proclamar su existencia. Si algun romano de la corte de Augusto hubiese pasado cerca de este subterráneo, y visto á los doce apóstoles que componian aquella sublime obra, ¡con qué desprecio no los hubiera mirado, tachándolos de supersticiosos! Y sin embargo, aquellos primeros fieles iban á derribar

los templos del romano, á destruir la religion de sus padres, á mudar las leyes, la política, la moral, la razon, y hasta las ideas de aquellos hombres. No desesperemos jamás de la salud de los pueblos. Gimen ahora los verdaderos cristianos por la general tibieza en la fé, pero ¿quién sabe si Dios no ha sembrado ya, en un desconocido campo, el grano de mostaza que debe multiplicarse hasta lo infinito?

Subiendo un poco mas arriba se encuentran las ruinas, ó mas bien el solitario parage donde hubo una capilla, y es tradicion constante que Jesucristo compuso aquí el Padre nuestro. "Como un dia estuviese orando en cierto parage, cuando hubo acabado de orar, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enseñadnos á orar como Juan ha enseñado á sus discípulos.

Y él les dijo: cuando oreis decid, Padre, santificado sea tu nombre, &c."

De este modo se compusieron, casi en un mismo parage, la profesion de fé de todos los hombres, y la oracion de todos los hombres.

Treinta pasos mas allá, tirando un poco ácia el norte, hay un olivo á cuyo pie el hijo del árbitro Soberano del universo predijo el Juicio final.

“Se verá, dice aun Massillon, al hijo del hombre recorriendo con la vista desde lo encumbrado de las nubes á los pueblos y á las naciones reunidas y confundidas á sus pies, leyendo en este espectáculo la historia del universo, es decir, de las pasiones ó de las virtudes de los hombres; se le verá reunir de los cuatro vientos á todos sus elegidos; escogerlos de todas lenguas, de todas clases, y de todas naciones; reunir á los hijos de Israel dispersos en el universo; descubrir la secreta historia de un pueblo santo y nuevo; presentar héroes de la fé desconocidos hasta entonces al mundo; no distinguir ya los siglos por las victorias de los conquistadores, por el establecimiento ó decadencia de los imperios, por la civilidad ó barbarie de los tiempos, por los grandes hombres que aparecieron en cada edad; sino por los diversos triunfos de la gracia, por las ocultas victorias de

los justos sobre sus pasiones, por el establecimiento de su reino en un corazón, por la heroica firmeza de un cristiano perseguido.....

„Arreglada de este modo la disposición del universo, y separados todos los pueblos de la tierra, inmóvil cada persona en el puesto que le haya cabido en suerte; se verá en el rostro de los unos la sorpresa, el terror, la desesperación, y la confusión; y en el de los otros la alegría, el sosiego y la confianza: los justos levantarán sus ojos acia el hijo de Dios del que esperan su libertad, y los impíos los clavarán de un modo espantoso en la tierra, cual si con sus miradas la quisiesen abrir buscando el puesto que ya les está destinado.”

En fin, después de haber andado unos cincuenta pasos sobre el monte, se llega á una mezquita pequeña de forma ochavada, restos de una iglesia que se había edificado en el parage mismo en que Jesucristo subió á las cielos después de su Resurrección. En medio de esta mezquita está una piedra en la que se ve estam-

*

pado el pie izquierdo de un hombre, y antes se veía la huella del pie derecho; pero la mayor parte de los peregrinos dicen que los turcos cortaron el pedazo de piedra donde estaba esta huella para colocarlo en la mezquita del templo. San Agustín, S. Gerónimo, S. Paulino, Sulpicio Severo, el venerable Beda, la tradición, y todos los viajeros antiguos y modernos, aseguran que esta huella es la estampa del pie de nuestro Señor Jesucristo; y han inferido que el Salvador en el instante de su gloriosa Ascension tenía vuelto el rostro ácia el norte, como volviendo para siempre las espaldas á la parte del mediodía, que tan contaminada se veía de errores, llamando con esto á la fé á los bárbaros que debían derribar los templos de los falsos dioses, crear nuevas naciones, y plantar el estandarte de la cruz sobre las murallas de Jerusalem.

Muchos Padres de la Iglesia creen que Jesucristo subió á los cielos acompañado de las almas de los patriarcas y de los profetas que habia libertado de las cade-

nas de la muerte : su Santísima madre y ciento veinte discípulos suyos fueron testigos de su Ascension. Extendió los brazos como Moysés , dice S. Gregorio de Nazianzo , y presentó sus discípulos á su Padre. Despues cruzó sus manos poniéndolas sobre las cabezas de aquellos bienaventurados (1), y de este modo fué como Jacob bendijo á los hijos de José ; y despues elevándose de la tierra con admirable magestad, suavemente subió á las celestiales moradas, y se ocultó en resplandeciente nube (2).

Tal es la historia evangélica explicada por los sagrados monumentos. La hemos visto comenzar en Belen, seguir en casa de Pilatos, llegar á su catástrofe en el Calvario, y concluir en el monte de las Olivas. El parage mismo de la Ascension no está precisamente en la cumbre del monte, sino doscientos ó trescientos pasos debajo de su mayor altura. Bossuet ha compendiado en pocas páginas toda

(1) Tertuliano.

(2) Ludolpho.

esta historia, pero estas páginas son sublimes.

“La envidia de los fariseos y de los sacerdotes le conducen á infame suplicio: sus discípulos le abandonan; uno de ellos le vende; el primero y mas fiel de todos le niega tres veces. Habiendo sido acusado ante el consejo, respeta hasta el fin el ministerio sacerdotal, y responde en términos exactos al pontífice que jurídicamente le interrogaba; pero habia llegado ya el tiempo en que la sinagoga debia ser reprobada. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque se llamaba el Cristo hijo de Dios. Le entregan á Poncio Pilatos, presidente romano: este juez reconoce su inocencia, pero la política y el interés le hacen proceder contra su propia conciencia, y condena al justo á muerte: el mayor de todos los delitos produce la mas perfecta obediencia que jamás hubo. Jesucristo dueño de su vida y de todas las cosas, se entrega voluntariamente al furor de los malos, y ofrece este sacrificio que debe servir de expiacion al género humano.

Estando en la cruz mira en las profecías lo que le quedaba que hacer, lo hace y dice en fin: "Consumado es."

„Dicha esta palabra, todo se muda en el universo, cesa la ley, pasan las figuras, y con una oblacion mas perfecta quedan abolidos los sacrificios. Hecho esto Jesucristo espira dando una gran voz: se conmueve toda la naturaleza: el centurion que le guardaba admirado de semejante muerte, exclama, que es verdaderamente el hijo de Dios; y todo el gentío que asistia á este espectáculo se vuelve dándose golpes en los pechos. Al tercer dia resucita y se aparece á los suyos que le habian abandonado, y que se obstinaban en no creer su resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan, y se convencen

.....
 Sobre estos cimientos, doce pescadores emprenden el convertir á todo el mundo que ven tan opuesto á las leyes que tenian que dictarle, y á las verdades que tenian que anunciarle. Se les manda que comiencen por Jerusalem, y que desde allí se extiendan por toda la tierra para enseñar

á todas las naciones, y bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Jesucristo les promete que estará con ellos hasta la consumacion de los siglos, y asegura con esta palabra la perpetua duracion del ministerio eclesiástico. Dicho esto sube á los cielos en presencia de sus discípulos ”

Bajamos del monte Olivete, y volvimos á montar á caballo para seguir nuestro camino. Dejamos á la espalda el valle de Josaphat, y caminamos por caminos escarpados hasta el ángulo septentrional de la ciudad: y desde aquí volviendo ácia el oeste, y siguiendo la muralla que mira al norte, llegamos á la cueva donde Jeremías compuso sus Lamentaciones. No estábamos lejos de los sepulcros de los reyes, pero dejamos el verlos para otro dia, porque ya era tarde, y nos fuimos á la puerta de Jafa, que fué por donde salimos de Jerusalem. Cuando entramos en el convento ya eran las siete de la noche. Habian durado cinco horas nuestras estaciones; pero yendo á pie, y siguiendo por las murallas de la ciudad,

apenas se necesita una hora para dar la vuelta entera á Jerusalem.

El dia 8 de octubre salí á las cinco de la mañana con mi comitiva para andar lo interior de la ciudad. Pero detengámonos aquí para recorrer la historia de Jerusalem. Esta ciudad fué fundada el año del mundo 2023 por el gran sacerdote Melchisedech, quien la llamó *Salem*, es decir, la Paz; y entonces solo ocupaba los dos montes de Moria y de Acra.

Cincuenta años despues de su fundación fué tomada por los jebuseos, que descendian de Jebus, hijo de Canaan; y los cuales levantaron sobre el monte Sion una fortaleza á la que dieron el nombre de su padre Jebus, y la ciudad fué llamada entonces Jerusalem, que significa Vision de Paz. Toda la Sagrada Escritura hace un magnífico elogio de ella: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendidâ fulgebis. Omnes nationes terræ adorabunt te, etc. (1).*

(1) Tobías.

Josué, en el primer año de su entrada en la tierra de Promision, tomó la parte baja de la ciudad de Jerusalem, dando muerte al rey Adonisedech y á los cuatro reyes de Ebron, de Jerimol, de Lachis y de Eglon; pero los jebuseos permanecieron dueños de la parte alta, ó de la ciudadela de Jebus, de la que solo fueron echados por David 824 años despues de su entrada en la ciudad de Melchisedech.

David aumentó la fortaleza de Jebus, á la que dió su nombre; y tambien edificó sobre el monte Sion un palacio y un tabernáculo para colocar en él el arca del Testamento.

Salomon aumentó la santa ciudad, é hizo elevar aquel primer templo cuyas maravillas nos refieren la Sagrada Escritura y el historiador Josepho, y en elogio del cual el mismo Salomon compuso excelentes cánticos.

Á los cinco años de muerto Salomon, Sesac rey de Egipto hizo guerra á Roboan, tomando y saqueando á Jerusalem, la cual ciudad 150 años despues tambien

fué saqueada por Joas, rey de Israel.

Y como nuevamente la acometiesen los asirios, estos se llevaron cautivo á Babilonia á Manasés rey de Judá. En fin, reinando Sedecías, Nabucodonosor arrasó la ciudad, abrasó el templo, y se llevó cautivos á los judíos á Babilonia. *Sion quasi ager arabatur*, dice Jeremías, *Hierusalem ut..... lapidum erat*. S. Gerónimo para pintar la soledad de esta infeliz ciudad dijo, que ni un solo pájaro se veía volar en ella.

El primer templo fué destruido 470 años, seis meses y diez días despues que lo fundó Salomon, el año del mundo 3513, y como 600 antes de Jesucristo. Desde David hasta Sedecías pasaron 477 años, y hubo en ellos diez y siete reyes.

Despues de los 70 años de cautiverio, Zorobabel comenzó á restablecer el templo y la ciudad; pero habiéndose interrumpido la obra durante algunos años, la continuaron y concluyeron luego Esdras y Nehemías.

Alejandro pasó por Jerusalem el año del mundo 3583, y ofreció sacrificios en el templo.

Ptolomeo, hijo de Lagos, se apoderó de Jerusalen: Ptolomeo Philadelpho la trató muy bien, é hizo al templo magníficos regalos.

Antioco el Magno echó á los reyes de Egipto de Judéa, y se la dió en seguida á Ptolomeo Evergetes. Antioco Epiphanes saqueó de nuevo á Jerusalen, y puso en el templo el ídolo de Júpiter Olímpico.

Los Macabeos dieron la libertad á su país, y le defendieron contra los reyes del Asia.

Pero como desgraciadamente se disputasen la corona Aristóbulo é Hircano, recurrieron á los romanos, los cuales muerto Mithridates mandaban en el oriente. Con esto Pompeyo acudió á Jerusalen, y habiendo entrado en la ciudad sitió y tomó el templo; pero Craso vino poco despues y saqueó aquel augusto edificio que el vencedor Pompeyo habia respetado.

Como César protegiese á Hircano, pudo éste mantenerse en la dignidad de sumo sacerdote; pero su sobrino Antígono,

hijo de Aristóbulo, y á quien los pompeyanos habian envenenado, le hizo guerra con el auxilio de los parthos, los cuales cayendo sobre Judea, entraron en Jerusalem, y se llevaron cautivo á Hircano.

Amparado de los romanos Herodes el Magno, hijo de Antipatro, y sobresaliente oficial de la corte de Hircano, se apoderó del reino de Judea. Habiendo caido Antígono en manos de Herodes por la suerte de las armas, fué enviado á Antonio; y el último descendiente de los Macabeos, el rey legítimo de Jerusalem fué atado á un poste, azotado y muerto de orden de un ciudadano romano.

Habiendo quedado con esto Herodes único dueño de Jerusalem, la hermoseó con soberbios edificios, de los que hablaré en otro parage. Reinando este principe se verificó el nacimiento del Mesías.

Archêlao hijo de Herodes y de Mariamma, Mariamne, ó Mariene, sucedió á su padre, y Herodes Antipas, que tambien era hijo de Herodes el Magno, fué Tetrarca de Galilea y de Perea. Este

Herodes fué el que mandó degollar á S. Juan Bautista, y el que envió á Jesucristo ante Pílatos. Caligula le desterró luego á Leon de Francia.

Agripa, nieto de Herodes el Magno, pudo lograr el reino de Judéa; pero su hermano Herodes, rey de la Calcidia, mandaba en el templo y en el tesoro sagrado, pues que era sumo sacerdote.

Muerto Agripa fué convertida Judéa en provincia romana, y como los judíos se hubiesen sublevado, Tito sitió y tomó á Jerusalem, y durante este sitio murieron de hambre doscientos mil judíos. Desde el 14 de abril hasta el 1.º de julio del año 71 de nuestra era, salieron por sola una puerta de Jerusalem 115.880 cadáveres. Comieron los habitantes las pieles de los zapatos, el heno, y hasta las inmundicias que buscaban en los albañales de la ciudad, y una madre se comió á su propio hijo. Los sitiados se tragaban sus monedas de oro, y cuando lo supieron los soldados romanos mataban á los prisioneros para buscar en los cadáveres de aquellos infelices el di-

nero que ocultaban. Murieron en la ciudad de Jerusalem un millon y cien mil judíos; y en lo restante de Judéa un millon doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta; y no se comprenden en esta cuenta las mugeres, los niños, y los ancianos que murieron de hambre en los alborotos, ó en las llamas. En fin, se hicieron noventa y nueve mil doscientos prisioneros, de los cuales unos fueron sentenciados á los trabajos públicos, y otros al triunfo de Tito; y los hicieron salir á los anfiteatros de Europa y de Asia á combatir á muerte unos contra otros, para divertir al populacho del mundo romano. Las mugeres y los muchachos que no habian cumplido diez y siete años de edad, fueron vendidos en pública almoneda, donde por un dinero daban treinta. La sangre del Justo fué vendida en Jerusalem por treinta dineros, y el pueblo habia dicho: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros*. Dios oyó esta imprecacion, y por la última vez cumplió los deseos de los judíos, y luego apartó sus ojos de la tierra de Promision y escogió un nuevo pueblo.

Treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo fué quemado el templo, por manera que muchos de los que habian oido la prediccion del Salvador, pudieron verla cumplida.

Pero habiéndose sublevado de nuevo los judíos en tiempo de Adriano, éste acabó de destruir lo que Tito habia dejado en pie en la antigua Jerusalem, y levantó sobre las ruinas de la ciudad de David otra á la que dió el nombre de Elia-Capitolina; y bajo pena de muerte prohibió á los judíos el que entrasen en ella, é hizo poner la figura de un cerdo sobre la puerta que va á Belen. Sin embargo, S. Gregorio Nazianzeno asegura que los judíos tenian permiso de entrar una vez al año para llorar en ella sus desgracias, y S. Gerónimo añade que les vendian á peso de oro el permiso de llorar sobre las cenizas de su patria.

Segun refiere Dion, en esta guerra de Adriano murieron á mano de los soldados quinientos ochenta y cinco mil judíos, y en las ferias de Gaza y de Membré fueron vendidos muchos esclavos de

ambos sexos; y ademas de esto fueron arrasados cincuenta castillos y novecientos ochenta y cinco lugares.

Adriano hizo edificar la ciudad nueva, precisamente en el lugar que ocupa hoy mismo; y como observa Doubdan, por una particular providencia, comprendió el monte Calvario en el recinto de sus murallas. Cuando la persecucion de Diocleciano, el nombre mismo de Jerusalem estaba ya tan olvidado, que habiendo respondido un mártir á un gobernador romano que era de Jerusalem, creyó el gobernador que el mártir hablaba de alguna ciudad rebelde que los cristianos hubiesen edificado secretamente. A fines del siglo séptimo Jerusalem tenia aun el nombre de Elia, como se ve por el viage de Arculfo.

Parece que hubo algunos alborotos en Judéa reynando los emperadores Antonino, Septimio Severo y Caracalla. Hecha pagana Jerusalem en su vejez, si se sufre hablar así, reconoció en fin al verdadero Dios que habia negado. Constantino y su madre derribaron los ído-

los que se habian colocado sobre el sepulcro del Salvador, y consagraron los Santos Lugares con edificios que aun subsisten.

Fué en vano el que treinta y siete años despues reuniese Juliano á los judíos en Jerusalem para que reedificasen el templo: los hombres trabajaban en la obra con azadones y picas de plata, y las mugeres llevaban la tierra en el regazo de sus mejores ropas; pero apenas se abrieron los cimientos cuando salieron de ellos llamaradas que espantaron á los trabajadores, é impidieron se concluyese la obra.

En el año de 501 de Jesucristo imperando Justiniano, se volvieron á alborotar los judíos, y en tiempo de este mismo emperador fué elevada la iglesia de Jerusalem á la dignidad patriarcal.

Siendo siempre la suerte de Jerusalem la de luchar contra la idolatría, y la de vencer á las falsas religiones, fué tomada por Cosroes, rey de Persia, el año de 613 de Jesucristo. Los judíos que habia en toda Judéa compraron á este

príncipe noventa mil prisioneros cristianos y los degollaron.

Heraclio venció á Cosroes en 627, reconquistó la verdadera Cruz que el rey de los persas se habia llevado de Jerusalem, y la volvió á traer á esta ciudad.

Nueve años despues, el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalem despues de haberla tenido sitiada cuatro meses; y la Palestina, como así bien el Egipto, sufrieron el yugo del vencedor.

Omar fué asesinado en Jerusalem el año de 643. El haberse fundado muchos califatos en Arabia y en Siria, la caída de la dinastía de los omiadas, y la elevacion de la de los abásidas, llenaron la Judéa de alborotos y desgracias durante mas de dos siglos.

Ahmed, turco tulumidas, el cual desde gobernador del Egipto habia llegado á ser su soberano, conquistó á Jerusalem el año 868; pero habiendo sido vencido su hijo por los califas de Bagdad, la santa ciudad volvió al poder de estos califas el año 905 de nuestra era.

*

Otro turco llamado Mahometo Ikhschiditos, habiéndose apoderado del Egipto, extendió sus armas hasta Jerusalem, que sujetó en el año de 936.

Los fatimitas que salieron de los arenales de Cyrene en 968 echaron á los ikhschiditos del Egipto, y conquistaron muchas ciudades de Palestina.

Otro turco llamado Ortok, favorecido por los Seljucidas de Alepo, se hizo dueño de Jerusalem en el año 984, y dejó la corona á sus hijos, que la disfrutaron.

Mostali, califa de Egipto, obligó á los ortokidas á salir de Jerusalem.

Hakem ó Haquen, sucesor de Aziz, segundo califa fatimita, persiguió á los cristianos de Jerusalem en el año de 996, como ya dije hablando de la iglesia del Santo Sepulcro. Este califa murió en 1201.

Meleschah, turco seljucida, tomó la santa ciudad en 1076 y asoló todo el pais. Los ortokidas, que habian sido echados de Jerusalem por el califa Mostali, volvieron á él y se defendieron contra Reduan, príncipe de Alepo. Pero

volvieron á ser echados en el mismo año por los fatimitas, los que aún reynaban cuando los cruzados llegaron á Palestina.

Los escritores del siglo XVIII. han querido hacer odiosas las Cruzadas; pero yo he sido uno de los primeros que se han opuesto á esta ignorancia, ó mas bien injusticia. En estas guerras los cristianos no eran los agresores. Si los vasallos de Omar, que salieron de Jerusalem, despues de haber dado la vuelta al Africa, vinieron á caer sobre Sicilia, sobre España y sobre Francia, donde Cárlos Martelo los exterminó, ¿por qué los vasallos de Felipe I. que salieron de Francia, no pudieron dar la vuelta al Asia para vengarse de los descendientes de Omar en el mismo Jerusalem? No hay duda el que es un grande espectáculo el de aquellos dos ejércitos de Europa y del Asia dando la vuelta al mediterraneo en direccion contraria, y viniendo cada uno bajo las banderas de su religion á acometer á Mahoma y á Jesucristo en medio de sus adoradores. En las

guerras de las Cruzadas se trataba, no solo de rescatar el Santo Sepulcro, sino tambien de decidir quién dominaría en el mundo, si un culto enemigo de la civilizacion, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho renacer entre los modernos el genio de la docta antigüedad y destruido la esclavitud? Basta con leer los discursos del Papa Urbano II. en el concilio de Clermont, para convencerse de que los caudillos de aquellas expediciones guerreras pensaban en libertar al mundo de una inundacion de nuevos bárbaros. El espíritu del mahometismo es la persecucion y la conquista; y al contrario, el evangelio solo predica la tolerancia y la paz. Así es que los cristianos sufrieron durante setecientos sesenta y cuatro años todos los males que el fanatismo de los sarracenos les quiso hacer sufrir: solo procuraron implorar el auxilio de Carlo Magno; pero ni España sujeta, ni Francia invadida, ni Grecia y las dos Sicilias arruinadas, ni el Africa entera esclavizada, pudieron de-

terminar á los cristianos durante ocho siglos á que tomasen las armas. Si, en fin, los clamores de tantas víctimas degolladas en oriente, si los progresos de los bárbaros que se hallaban ya á las puertas de Constantinopla despertaron á los cristianos de su letargo y les hicieron atender á su propia defensa, ¿quién se atreverá á decir que fuesen injustas las guerras sagradas? ¿qué sería de nosotros si nuestros abuelos no hubiesen repelido la fuerza con la fuerza? Considérese el miserable estado de Grecia, y se verá lo que es de un pueblo que sufre el yugo de los musulmanes. Los que tanto se glorian hoy de los adelantamientos de la civilizacion y las ciencias, ¿hubieran querido que reynase entre nosotros una religion que quemó la biblioteca de Alejandría, que se gloria de abatir á los hombres, y que altamente desprecia las ciencias y las artes?

Debilitando las Cruzadas á los innumerables ejércitos mahometanos en el centro mismo del Asia, impidieron el que los turcos y los árabes nos conquistasen;

é hicieron mas, pues nos libertaron de nuestrtas propias revoluciones, y con la *Paz de Dios* suspendieron las intestinas guerras; y en fin, dieron salida á aquel exceso de poblacion que tarde ó temprano causa la ruina de los estados: observacion hecha por el P. Memburgo, y demostrada por el Sr. de Bonald.

En cuanto á los demas resultados de las Cruzadas, ya se comienza á convenir en que estas empresas guerreras fueron favorables á los progresos de las letras y de la civilizacion. Ni tampoco debemos omitir la fama que los ejércitos europeos alcanzaron en las expediciones de ultramar. El tiempo de estas expediciones es el tiempo heróico de nuestra historia, y el que dió origen á nuestra poesía épica. Todo aquello que presta un aire maravilloso á una nacion, no debe ser despreciado por la nacion misma. Por mas que quisiésemos disimularlo, es cierto que nuestro corazon ama naturalmente la gloria; y sería envilecer hasta el extremo al hombre si creyésemos que se compone absolutamente de cálculos posi-

tivos para su bien y para su mal: repitiendo continuamente á los romanos que era eterna su ciudad, se les llevó á la conquista del mundo, con lo que han dejado en la historia eterna fama.

Godofre llegó pues, á las fronteras de Palestina el año de 1099 de Jesucristo. Le acompañaban Balduino, Eustaquio, Tancredo, Raymundo de Tolosa, los condes de Flandes y de Normandía; Etoldo, que fué el primero que subió á las murallas de Jerusalem; Guichero, célebre ya por haber partido por enmedio á un Leon; Gaston de Fox, Gerardo del Rosellon, Rembaldo de Orange, San Pablo y Lamberto. Y al frente de todos estos caballeros iba Pedro el Hermitaño con su bordon de peregrino. Tomaron primero á Rama, y en seguida entraron en Emmaüs, mientras que Tancredo y Balduino del Burgo penetraban hasta Belen. Pronto pusieron sitio á Jerusalem, y el estandarte de la cruz ondeó sobre sus murallas un viernes 15, y segun otros 12 de junio, de 1099 á las tres de la tarde. Los cruzados eligieron por rey de la

santa ciudad á Godofre, pues en aquel tiempo se veía á los caballeros pasar de la brecha de una plaza al trono del pais conquistado. Godofre se rehusó á ponerse la hermosa corona que le ofrecian, diciendo que no queria llevar una corona de oro donde Jesucristo la habia llevado de espinas.

Naplusa abrió sus puertas al vencedor, y el ejército del Soldan de Egipto fué derrotado en Ascalon. Es probable que Godofre murió en Jafa, cuyas murallas hizo levantar. Le sucedió su hermano Balduino conde de Edesa, y éste espiró en medio de sus victorias, y dejó en el año de 1118 el reyno á su sobrino Balduino del Burgo.

Melisendra, hija mayor de Balduino II., se casó con Fulques de Anjou en 1180, llevándole en dote el reyno de Jerusalem; y habiendo muerto Fulques, de una caída de caballo, en 1140, le sucedió su hijo Balduino III. Reinando este Balduino se verificó la segunda cruzada predicada por S. Bernardo, y mandada por Luis VII. de Francia y por el

emperador Conrado. Habiendo reinado Balduino veinte años, dejó la corona á su hermano Amaury el que la tuvo once, sucediéndole luego su hijo Balduino IV. de este nombre.

Entonces fué cuando apareció en el oriente el célebre Saladino, el cual comenzó por ser vencido, y acabó por ser vencedor echando á los cristianos de los Santos Lugares.

Balduino casó á su hermana Sibila, viuda de Guillermo Larga Espada, con Guido de Lusignan, y como esta elección causase zelos entre los grandes del reyno, se formaron varios partidos. Habiendo muerto Balduino IV. en 1184, le sucedió su sobrino Balduino V. hijo de Sibila y de Guillermo Larga Espada. El jóven rey que solo tenia ocho años murió en 1186 de una enfermedad aguda, y con esto su madre Sibila hizo que se diese la corona á Guido de Lusignan su segundo marido. El conde de Tripoli hizo traicion al nuevo monarca, por lo que éste cayó en manos de Saladino en la batalla de Tiberiades.

Despues que el Soldan hubo concluido la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, pasó á sitiar á Jerusalem, que tomó el año de 1188 de nuestra era. Cada hombre tuvo que pagar por su rescate diez besantes de oro; y como catorce mil habitantes no pudiesen pagar esta suma, quedaron reducidos á esclavitud. Saladino no quiso entrar en la mezquita del templo, que los cristianos habian convertido en iglesia, sin que antes se lavasen las paredes con agua de rosa. Quinientos camellos, dice Sanuto, apenas bastaron para llevar toda el agua de rosa que se gastó entonces; pero este es un cuento muy propio del oriente. Los soldados de Saladino derribaron una cruz de oro que estaba encima del templo, y la llevaron arrastrando por las calles hasta la cumbre del monte Sion, donde la hicieron pedazos. Solo quedó para los cristianos una iglesia que fué la del Santo Sepulcro, y esto porque los sirios dieron por ella una gran cantidad de dinero.

La corona de este reino, ya casi per-

dido, pasó á Isabela, hija de Balduino, hermana de Sibila, que ya habia muerto, y muger de Eufredo de Turena. Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon llegaron ya tarde para defender la santa ciudad, pero tomaron á Tolemaida ó S. Juan de Acre. Fué tan célebre el valor de Ricardo, que mucho tiempo despues de su muerte decian los sarracenos cuando un caballo temblaba, que habia visto la sombra de Ricardo. Poco tiempo despues de la toma de Tolemaida murió Saladino, el cual mandó que en su entierro llevasen una mortaja en la punta de una pica, y que un heraldo dijese en voz alta: SALADINO VENCEDOR DEL ASIA, DE CUANTAS RIQUEZAS HA CONQUISTADO, SOLO LE QUEDA ESTA MORTAJA. Ricardo que rivalizó con Saladino, volvió de Palestina á Europa y fué encerrado en un castillo de Alemania, lo que dió motivo á varias aventuras de poca fe en la historia; pero que los trovadores han conservado en sus balatas ó romances.

El año 1242, el emir de Damasco Sa-

leh-Ismaël, que traia guerra contra Nedjmeddin, soldan de Egipto, tomó á Jerusalem y se la volvió á los príncipes latinos. El soldan envió á los karismienses á que sitiassen la capital de Judéa, y habiéndola en fin tomado, degollaron á todos sus habitantes: al año siguiente la hicieron sufrir grandes violencias antes de entregársela al soldan Saleh-Ayoub, sucesor de Nedjmeddin.

Mientras sucedia todo esto, el título de rey de Jerusalem, ó bien esta corona, habia pasado de Isabela á Enrique conde de Chámpaña, su nuevo esposo, y de éste á Amaury hermano de Lusignan, que se casó en cuartas nupcias con la misma Isabela, y de la que tuvo un hijo que murió niño. María hija de Isabela y de su primer marido Conrado, marques del Monferrato, heredó este reino imaginario ó el derecho á él. Juan conde de Brienna, se casó con María, y de ella tuvo una hija llamada Isabel ó Yolanda, que casó despues con el emperador Federico II. Habiendo éste venido á Tiro, hizo paces con el soldan de Egipto, siendo

las condiciones que Jerusalem se dividiria entre los cristianos y los musulmanes; y segun esto Federico II. vino á tomar la corona de Godofre en el altar del Santo Sepulcro, se coronó con ella, y se volvió al instante á Europa. Es de creer que los sarracenos no cumplieron lo pactado con Federico, pues que veinte años despues, esto es, en 1242, vemos que Nedjmeddin saqueó á Jerusalem, como dijimos antes. San Luis llegó al oriente siete años despues de esta última desgracia; y es cosa notable que este príncipe, hallándose prisionero en Egipto, vió degollar á los últimos herederos de la familia del Saladino.

Seguramente fué uno de los mayores y mas desgraciados golpes de la fortuna, el que uno de los mayores reyes que Francia ha tenido cayese en poder de un soldan de Egipto, último heredero del gran Saladino. Pero esta fortuna que dispone de los imperios, quiso por decirlo así mostrar en un dia el exceso de su poder y de sus caprichos, haciendo que el rey vencedor fuese degollado en pre-

sencia del rey vencido.

Es cierto tambien que los mamelucos baharitas despues de haber manchado sus manos en la sangre de su señor, pensaron sacar de esclavitud á S. Luis y nombrarle su soldan, pues tal era el alto aprecio que hacian de sus virtudes; y el santo rey dijo al S. de Joinville, que habria admitido esta corona si los infieles se la hubiesen prometido.

Pero los mamelucos mudaron de opinion: Moas, Almanzor-Nuradin-Ali, Seifeidin-Modfar, ocuparon sucesivamente el trono de Egipto, y en 1263 era soldan el famoso Bibar-Bondoc-Dari, que conquistó, haciendo grandes estragos, aquella parte de Palestina que aun no estaba sujeta á sus armas; pero al mismo tiempo hizo reedificar á Jerusalem. A este Soldan sucedió Kelaun en 1281, y continuó echando á los cristianos de varias plazas que aun ocupaban: su hijo Khalil conquistó á Tyro y Tolemaida; y en fin, en 1291 los cristianos acabaron de perder la Tierra Santa, en la que habian mantenido sus conquistas durante 192

años, habiendo reynado 88 en Jerusalem.

El título de rey de Jerusalem pasó á la casa de Sicilia en la persona de Cárlos, conde de Provenza y de Anjou, hermano de S. Luís, que reunió en sí los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico príncipe de Antioquía. Los caballeros de S. Juan de Jerusalem, llamados luego de Rodas, y por último de Malta, y los caballeros teutónicos que conquistaron el norte de Europa y fundaron el reino de Prusia, son en el dia los únicos restos de aquellas Cruzadas que hicieron temblar al Africa y al Asia, y ocuparon los tronos de Jerusalem, de Chipre, y de Constantinopla.

Creen algunos que el reyno de Jerusalem era miserable y pequeño; pero los testimonios reunidos de la Sagrada Escritura, de los autores gentiles, de los escritores judíos, de los historiadores, y geógrafos árabes, y de todos los viajeros que han estado en Palestina desde los primeros tiempos hasta el presente, aseguran de comun acuerdo la fertilidad de Judéa. Ademas de esto, ¿podríamos ex-

trañar que una tierra fecundà se hubiese vuelto estéril despues de tantos estragos? Jerusalem ha sido tomada y saqueada diez y siete veces. En su recinto han sido degollados millones de hombres, y estas degollaciones duran, por decirlo así, aún; por manera que ninguna otra ciudad ha sufrido tan cruel suerte. Este castigo tan largo, y como sobrenatural, manifiesta un crimen inaudito, y que no puede expiarse con ningun castigo. En este pais, hecho presa del hierro y de las llamas, los campos habiendo quedado incultos, perdieron la fertilidad que debian al trabajo y sudor del hombre: las fuentes se secaron por quedar sepultadas en los grandes hundimientos de las tierras; y como la industria del labrador no sostiene la tierra vegetal de los montes, las aguas la arrastran á lo profundo de los valles, y las colinas cubiertas antes de sicómoros, ya aparecen áridas y desnudas.

Habiendo, pues, perdido los cristianos el reino de Jerusalem en 1291, los soldanes Baharitas quedaron dueños de él hasta el año de 1382. Entonces los

mamelucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron nueva forma de gobierno á Palestina. Selin terminó todas estas revoluciones apoderándose en 1517 del Egipto y de Siria.

Esta Jerusalem de los turcos, esta décimaséptima sombra de la Jerusalem primitiva, es la que vamos á recorrer ahora. Luego que salimos del convento fuimos á la ciudadela, en la que en tiempos anteriores no permitian entrar á nadie, pero como ahora está arruinada la dejan ver dando algun dinero. D'Anville prueba que este castillo, que los cristianos llamaban castillo ó torre de los Pisanos, está edificado sobre las ruinas del castillo antiguo de David, y que ocupa el mismo parage de la torre Psephina. De cualquier modo que sea, el tal castillo es una fortaleza gótica que no tiene nada de particular. Desde la torre de este castillo se descubre á Jerusalem de poniente á oriente. El campo que circuye la ciudad es espantoso, pues por todas partes no se ven mas que montes desnudos de árboles y plantas; y en sus

*

cumbres se descubren de trecho en trecho algunas ruinas de torreones ó mezquitas abandonadas.

Desde lo alto de esta torre de David, fué desde donde el rey profeta vió á Bethsabé bañándose en sus jardines. No se sabe por qué á este castillo se le dá el nombre de los Pisanos, yo no ví en él ni un solo cañon, ni creo que lo podria sostener haciendo fuego.

Del castillo pasamos á una calle que vá de poniente á oriente, y se llama la del Bazar ó Mercado, y es la calle mayor y mejor de Jerusalem; pero no vimos en ella ni un alma, pues la mayor parte de la gente habia huido á los montes así que supieron que venia el bajá. La puerta de alguna de las tiendezuelas abandonadas estaba abierta, y pude ver varios cuartejos de siete á ocho pies en cuadro donde el dueño come y duerme sobre una estera, único ajuar de tan miserables casucas.

Á la derecha del Bazar, entre el templo y las faldas del monte Sion, entramos en el barrio de los judíos, los cuales

confiados en su absoluta miseria no temieron al bajá; y allí estaban cubiertos de viles andrajos, caidos sobre el polvo de Sion, y mirando fijamente al Templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela: quise comprar el Pentateuco hebreo, en el que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero el rabino no me lo quiso vender. Se ha advertido que los judíos extranjeros que vienen á acercarse á Jerusalem viven poco tiempo. Los de la Palestina son tan pobres que todos los años envian á pedir limosna á sus hermanos de Egipto y de Berbería.

Desde este barrio de los judíos pasamos á la casa de Pilatos para ver por una ventana la mezquita del Templo, pues es prohibido á todos los cristianos, bajo pena de muerte, el pisar ni aun en el átrio de esta mezquita. Á alguna distancia del pretorio de Pilatos vimos la Piscina Probática y el palacio de Herodes que son actualmente unas ruinas de este antiquísimo edificio.

Nos detuvimos á ver un hospital que antes fué de cristianos y ahora es de tur-

cos, y en el que nos enseñaron una gran caldera que llaman de Santa Helena. Antes daban á cada musulman que venia á este hospital dos panecillos y un plato de menestra, y en el dia de viernes le daban ademas un plato de arroz; pero actualmente no hay nada de esto.

Las murallas de Jerusalem, á las que he dado vuelta tres veces á pie, tienen cuatro caras á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo. D'Anville ha probado por las medidas y situacion de los principales edificios, que la Jerusalem antigua no era mucho mayor que la moderna: ocupaba casi el mismo sitio que ésta, con solo la diferencia de que comprendia todo el monte Sion, y dejaba fuera el Calvario. No debemos entender á la letra el texto de Josepho, cuando este historiador asegura que las murallas de la ciudad por la parte del norte llegaban hasta los sepulcros de los reyes, pues se opone á ello el número de los estadios: ademas se podria decir que aun casi tocan las murallas con estos sepulcros, pues no distan de ellos quinientos pasos.

La muralla actual la hizo levantar en 1534 Soliman hijo de Selin, como lo indican las inscripciones turcas que hay en ella. Dícese que Soliman quiso que el monte Sion estuviese dentro de las murallas de Jerusalem; y que mandó dar muerte al arquitecto, porque no habia obedecido sus órdenes. Estas murallas, que estan flanqueadas de torres cuadradas, pueden tener en la plataforma de los bastiones unos treinta pies de ancho y ciento veinte de alto, y no tienen mas foso que los valles que circuyen la ciudad. Seis piezas de á doce tiradas á barbata, defendida solo con gaviones, y sin abrir trincheras, harian en una noche una brecha muy capaz: pero tambien es sabido que los turcos se defienden muy bien detras de cualquiera muralla, valiéndose para ello de espaldones. Jerusalem se halla dominada por todas partes, y para poderse defender contra un ejército regular, se necesitaria hacer grandes obras avanzadas al oeste y al norte, y levantar una ciudadela sobre el monte de las Olivas.

En este monton de escombros que lla-

man ciudad, las gentes del pais han querido dar nombre de calles á ciertos solitarios parages. Es cosa curiosa el saber sus nombres, y por esto, y porque ningun viagero lo ha hecho, quiero copiarlos aquí, pues los padres Rogero y Nau solo han nombrado algunas puertas en árabe, y así comenzaré por estas últimas.

Bab-el-Kzalil, la puerta del Bien-Amado: mira al oeste y se sale por ella para ir á Belen, Hebron, y S. Juan del Desierto. Es la puerta de Jafa, la de los Peregrinos, y algunos viageros la llaman la de Damasco.

Bab-el-Nabi-Dahoud, la puerta del profeta David: cae al mediodia sobre la cumbre del monte Sion, casi enfrente del sepulcro de David y del Santo Cenáculo.

Bab-el-Maugrarbé, la puerta de los *maugrabinos* ó de los *berberiscos*: se halla entre el levante y el mediodia sobre el valle de Annon, casi á la esquina del templo y enfrente de la aldea de Siloan. Es la puerta Sterquilina ó del Muladar, y fué por la que los judíos llevaron á Jesucristo, cuando habiéndole prendido en

el huerto de las Olivas, le conducian ante Pilatos.

Bab-el-Darahie, la puerta *Dorada*: está á levante y va á parar al átrio del templo. Los turcos la tienen tapiada, pues es tradicion entre ellos que algun dia los cristianos tomarán la ciudad por esta puerta. Créese que por esta misma puerta entró Jesucristo en Jerusalem el dia de Ramos.

Ba-el-Sidi-Mariam, la puerta de la santa Vírgen al oriente, enfrente del monte de las Olivas. Todas las relaciones de la Tierra Santa la llaman puerta de S. Esteban ó de María, porque aquí delante fué martirizado el santo, y por ella se vá al sepulcro de la Vírgen. En tiempo de los judíos se llamaba la puerta de los Ganados.

Bab-el-Zahara, la puerta de la Aurora ó del Aro (*Cerchiolino*): mira al septentrion, y por ella se va á la cueva de las Lamentaciones de Jeremías. Los mejores mapas de Jerusalem convienen en nombrar á esta puerta de Ephraim ó de Herodes. La puerta de Ephraim y la S-

terquilina vienen á ser los dos portillos de Jerusalem.

Bab-el-Hamond, ó *Bab-el-Cham*, la puerta de la Columna ó de Damasco. Cuando Simon Cirineo encontró á Jesucristo con la cruz acuestas venia de la puerta de Damasco. Los peregrinos entraban antiguamente por esta puerta, pero ahora entran por la de Jafa ó de Belen, de lo que nace el haberse confundido los nombres.

Pasemos ahora á dar razon de las calles. Las tres principales se llaman

Harat-bab-el-Hamond, la calle de la puerta de la Columna: atraviesa la ciudad de norte á mediodia.

Souk-el-Kebiz, la calle del Basar, ó de la Plaza mayor: va de poniente á oriente.

Harat-el-Allam, la calle de la Amargura: comienza en la puerta de la Virgen, pasa por el pretorio de Pilatos, y concluye en el Calvario.

Aún se hallan otras siete calles menores, y son,

Harat-el-Muslmin, la calle de los Turcos.

Harat-el-Nassara, la calle de los Cristianos: va del Santo Sepulcro al convento de los latinos.

Harat-el-Asman, la calle de los Armenios: está al levante del castillo.

Harat-el-Youd, la calle de los Judíos: en esta calle están las carnicerías.

Harat-bab-Hotta, la calle cerca del templo.

Harat-el-Zahara. Mi dragoman me traducía estas palabras por *Strada Comparita*, pero yo no sé lo que quería dar á entender, y solo sí que añadía que en ella vivían los rebeldes y la mala gente.

Harat-el-Magarbé, calle de los Maugrabinos: estos maugrabinos, como ya dije, son los occidentales ó berberiscos, y entre ellos se hallan aún algunos descendientes de los moros que fueron echados de España en el reinado de Fernando é Isabel; y los cuales hallaron en la santa ciudad muy buena acogida, pues se edificó una mezquita para ellos, y aun actualmente se les socorre con pan, frutas, y dinero. Los herederos de los feroces abencerrages, y los hábiles archi-

tectos de la Alhambra, sirven en Jerusalem de porteros y de correos ó verederos, pues se les prefiere para esto por ser inteligentes y andarines. ¡Qué dirian Saladino y Ricardo si volviendo de pronto al mundo viesan á los caballeros moros convertidos en conserges del Santo Sepulcro, y á los caballeros cristianos en religiosos mendicantes!

Cuando el judío Benjamin de Tudela hizo su viaje á Jerusalem, que fué reinando en esta ciudad los reyes franceses, tenia tres órdenes de murallas, y cuatro puertas que Benjamin llama *porta somnus Abrahæ*, *porta David*, *porta Sion*, *porta Jehosaphat*: pero las tres murallas no convienen con lo que sabemos del estado en que se hallaba esta ciudad cuando la tomó Saladino. Benjamin halló muchos judíos avecindados en el barrio de la torre de David, y los cuales por cierto tributo que todos los años pagaban al rey, gozaban del privilegio exclusivo de ser los que tiñesen los paños y lanas.

Los lectores que quieran comparar la Jerusalem moderna con la antigua, pue-

den leer la disertacion de d'Anville sobre la antigua Jerusalem, á Relando, y al P. Lami de *Sanctâ civitate et templo*.

Volvimos al convento á las nueve, y luego que hube almorzado fuí á visitar al patriarca griego y al patriarca armenio, que me habian enviado á cumplimentar por medio de sus dragomanes.

El convento griego linda con la iglesia del Santo Sepulcro. Desde el terrado de este convento se descubre un espacioso patio donde ví dos ó tres olivos, una palmera, y algunos cipreses: en aquel mismo parage fué donde estuvo la casa de los caballeros de S. Juan de Jerusalem. El patriarca griego me pareció un hombre muy de bien, y en aquel instante se hallaba tan afligido con las vejaciones del bajá, como el guardian de San Salvador. Hablamos de Grecia, y habiendole preguntado si tenia algunos manuscritos me enseñó varios rituales y tratados de los Santos Padres. Tomamos café, me regaló tres ó cuatro rosarios, y con esto me despedí para pasar á hacer mi visita al patriarca armenio.

Llamábase este Arsenios: era natural de la ciudad de Cesarea en Capadocia, metropolitano de Scythopoli, y procurador patriarcal de Jerusalem, él mismo me escribió su nombre y dictados en caracteres siriacos en un papelito que aun conservo. No me pareció hallarse en aquel estado de miseria y opresion que advertí en los griegos, los cuales en todas partes son esclavos. El convento armenio es agradable, la iglesia hermosa y sumamente aseada. El patriarca me pareció como un turco opulento, cubierto de ropas de seda, y sentado en almohadones. Me dió á beber excelente café de Moka, y me sirvieron ademas dulces secos y agua fresca. En tanto quemaron madera de aloes, y me perfumaron tanto con esencia de rosa, que llegó á incomodarme. Arsenios me habló de los turcos con sumo desprecio, y me aseguró que toda el Asia estaba dispuesta á las mayores sublevaciones con poco que se la incitase. Los pueblos del oriente están mucho mas acostumbrados á las ideas de invasion y conquista que nosotros. Han

visto pasar á todos los hombres que han mudado la faz del universo como Sesostris, Ciro, Alejandro, Mahoma, y el último conquistador de Europa. Acostumbrados á seguir la suerte de un amo, no tienen ley que les haga amar las ideas de orden y de moderacion política: matar cuando uno es el mas fuerte les parece un derecho legítimo, y á él se sujetan ó le ejercen con la misma indiferencia. Pertenecen esencialmente á la espada, y gustan de todos los prodigios que produce, pues es para ellos como el brazo de un genio que levanta ó destruye los imperios. No conocen la libertad arreglada y justa, no tienen propiedad alguna, la fuerza es su ley. Cuando están mucho tiempo sin ver llegar aquellos conquistadores que ejecutan la suprema justicia del cielo, parecen soldados sin caudillo, ciudadanos sin legislador, familia sin padre.

Mis dos visitas duraron casi una hora, y desde allí entré otra vez en la iglesia del Santo Sepulcro, pues se habia avisado al turco que abre las puertas pa-

ra que estuviere pronto cuando yo llegase: observé segunda vez y con mas despacio los monumentos de esta venerable iglesia. Subí á la galería donde encontré á un religioso cophto y á un obispo abisinio, los cuales eran muy pobres, haciéndome acordar su modesto trage de los tiempos de la primitiva iglesia. No puede uno menos de llenarse del mas santo respeto al ver reunidas tantas y tan diversas gentes en el Sepulcro de Jesucristo, orando en cien diferentes lenguas, en aquel mismo lugar donde los apóstoles recibieron del Espíritu Santo el don de hablar todas las de la tierra.

Salí á la una del Santo Sepulcro, y volví al convento, donde comí á las dos para volver á salir á las tres con mi acostumbrada comitiva. Recorrí los sepulcros de los reyes, y desde allí, dando á pie vuelta á la ciudad, me detuve á ver los sepulcros de Absalon, de Josaphat y de Zacarías en el valle de Josaphat. Dije que los sepulcros de los reyes estaban fuera de la puerta de Ephraim, ácia el norte, á tres ó cuatro tiros de fusil de la

cueva de Jeremías. Hablemos de los monumentos de Jerusalem, que dividido en seis clases.

1.^a Los monumentos puramente hebraicos. 2.^a Los monumentos griegos y romanos del tiempo de los paganos. 3.^a Los monumentos griegos y romanos del tiempo del cristianismo. 4.^a Los árabes ó moriscos. 5.^a Los góticos reynando los reyes franceses. 6.^a Los monumentos turcos.

De los primeros no se halla mas rastro en Jerusalem que la Piscina Probatica, pues coloco los sepulcros de los reyes y los de Absalon, de Josaphat y de Zacarías, en el número de los monumentos griegos y romanos ejecutados por los judíos.

Es difícil formarse una idea clara del primero, y aun del segundo templo por lo que dice la Sagrada Escritura y Josepho; pero se advierten dos cosas: primera, que los judíos, del mismo modo que los egipcios, gustaban de que sus edificios fuesen grandiosos y oscuros; y segunda, que les agradaban tambien en

ellos los adornos delicados, prolijos y menudos, ya fuese en el grabado de las piedras, ya en los adornos de madera, de bronce ó de oro.

Josepho habla en estos términos del primer templo.

“Lo largo del templo es de sesenta codos, de otro tanto su altura, y de veinte el ancho. Sobre este edificio levantaron otro de la misma magnitud, por manera que toda la altura del templo era de ciento veinte codos. Miraba al oriente, y su pórtico tenía también ciento veinte codos de alto, veinte de largo, y seis de ancho. Al rededor del templo habia treinta cuartos en forma de galerías, y servian por defuera como de estrivos para sostenerle. Comunicaban estas galerías unas con otras, y cada una tenía veinte codos de largo, lo mismo de ancho, y veinte de alto. Encima de estos cuartos habia dos pisos con igual número de cuartos en todo semejantes; por manera que la altura de los tres pisos juntos era de sesenta codos, lo que les igualaba exactamente con la altura del edificio inferior

del templo de que acabamos de hablar. Encima de estos pisos no había edificio alguno. Todos estos cuartos estaban cubiertos de madera de cedro; y el techo ó cubierta de cada uno, que era separado, tenía la forma de un pabellon: se enlazaban unos con otros con grandes y gruesas vigas, que les daban mayor firmeza y hacían parecer un solo edificio. La techumbre era de madera de cedro muy pulimentada, y tenía además adornos de ramage dorado entallados en la misma madera. Lo demás de cada edificio estaba también cubierto con madera de cedro, tan primorosamente trabajada y dorada, que no podía entrar uno allí sin que le deslumbrase el resplandor. Todo el cuerpo de este soberbio edificio era de piedras tan pulimentadas y bien unidas entre sí, que parecía hecho de una sola pieza, sin que ni el arte ni los instrumentos, de que los excelentes artífices se sirven para hermosear sus obras, hubiesen contribuido en nada.

En el grueso de la pared, por la parte de oriente, donde no había portada,

*

y sí solo dos puertas, mandó construir Salomon una escalera en caracol, inventada por él para subir á lo mas alto del templo. Dentro y fuera de él habia unos tablones de cedro enlazados con grandes y fuertes cadenas, que daban aun mayor solidez al edificio.”

Luego que se hubo concluido esta grande obra, Salomon la dividió en dos partes, llamando á la una el *Sancta Sanctorum*, ó el Santuario: tenia éste veinte codos de largo, y estaba dedicado particularmente á Dios, pues á nadie le era lícito entrar allí: la otra parte tenia cuarenta codos de largo, se llamaba el Santo Templo, y servia para los sacrificios. Separaban estas dos partes unas grandes puertas de cedro muy bien trabajadas con obras de talla, y perfectamente doradas, y las cubrian unos velos ó cortinas de lino bordadas con diferentes flores de color de púrpura, de jacinto, y de escarlata.

. ,

Salomon empleó para todas estas obras, y principalmente las de oro, de plata y

de cobre, á un artista muy hábil llamado *Chiram* que trajo de Tyro, y cuyo padre llamado *Ur* descendia de los israelitas, y su madre era de la tribu de *Nephthalí*. Este mismo artífice le hizo tambien dos columnas de bronce que tenian cuatro dedos de grueso, diez y ocho codos de alto, y doce de circunferencia; y estas columnas sostenian unas cornisas fundidas, de cinco codos de alto, que figuraban flores de lís. Al rededor de estas columnas habia festones de oro que cubrian las flores y colgaban de ellos dos filas con doscientas granadas de metal fundido. Estas columnas estaban á la entrada del pórtico del templo: á la una, que se hallaba á la mano derecha, la llamaban *Jachim*; y á la otra, que estaba á la mano izquierda, *Box*.

Ademas de esto, y fuera de este recinto, Salomon mandó edificar otra especie de templo de forma cuadrangular, rodeado de grandes galerías con cuatro grandes pórticos que miraban á levante, poniente, septentrion y mediodia, y que te-

nián grandes puertas todas doradas; pero solo los que estaban purificados según la ley, y observaban los mandamientos de Dios, podían entrar aquí. La construcción de este otro templo era una obra tan digna de admiración, que apenas es cosa creíble, pues para poderlo edificar al nivel de lo alto de la montaña, sobre la que se levantaba el templo, fué necesario rellenar hasta la altura de cuatrocientos codos un valle tan profundo, que no se le podía mirar sin espanto. Dispuso Salomon además que circuyese á este templo una galería doble sostenida en doble fila de columnas de piedra y de una sola pieza; y estas galerías, cuyas puertas eran de plata, estaban cubiertas de madera de cedro.”

Por esta descripción se vé claramente que los hebreos cuando edificaron el primer templo no tenían conocimiento alguno de los órdenes de arquitectura; y bastan para probarlo las dos columnas de bronce, pues sus capiteles y proporciones no tienen relación alguna con el primer órden dórico, el único que tal vez

se hubiese inventado entonces en Grecia. Pero estas mismas columnas adornadas de festones de oro, de flores de lís y de granadas, recuerdan los caprichosos adornos de la columna egipcia: además de esto los cuartos en forma de pabellones, los artesonados de cedro dorado, y todos estos imperceptibles detalles en grandes masas, prueban la verdad de lo que he dicho acerca del gusto de los primeros hebreos.

Habiendo los sirios destruido el templo de Salomon, el segundo templo reedificado por Herodes Ascalonita, pertenece á aquel orden de obras medio hebraicas, medio griegas, de que pronto hablaré.

Así, pues, de la arquitectura primitiva de los judíos en Jerusalem, solo nos queda la Piscina Probática; y se la ve aun cerca de la puerta de S. Esteban, pues tocaba con el templo por la parte del septentrion. Es, pues, un estanque que tiene ciento y cincuenta pies de largo y cuarenta de ancho, y lo forman unas paredes compuestas de este modo: una ca-

pa de grandes piedras unidas con abrazaderas ó grapones de hierro, una mazonería de cal y canto puesta sobre las piedras, una capa de morrillo ó guijarro unida con esta mazonería, y sobre ella un embarnizado. Las cuatro capas están perpendiculares al suelo y no horizontales; el embarnizado estaba por el lado del agua, y las grandes piedras se apoyaban y apoyan aun contra la tierra.

Esta Piscina se halla ahora seca y casi cegada, y en ella crecen algunos granados, y una especie de tamarindos silvestres: la esquina ó ángulo del oeste está lleno de higueras chumbas. En el lado occidental se ven aun dos arcos que sostienen dos bóbedas, y tal vez serán los restos de algun acueducto por donde iba el agua á lo interior del templo.

Josepho llama á esta Piscina *Stagnum Salomonis*: el Evangelio la dá el nombre de Probática, porque en ella se purificaban las ovejas destinadas á los sacrificios. A la orilla de esta Piscina fué donde Jesucristo dijo al paralítico: "Levántate y llévate tu cama." Esto es lo único que

queda en el día de la Jerusalem de David y de Salomon.

Son mayores en número los monumentos de la Jerusalem griega y romana, y forman una clase enteramente nueva y muy particular en las artes. Principio por los sepulcros del valle de Josaphat y del valle de Siloë.

Pasado el puente del torrente de Cedron se halla al pie del *Mons Offensionis*, el sepulcro de Absalon. Es un edificio cuadrado que tiene ocho pies por cada lado, y es de una sola piedra cortada en el cercano monte, del que solo dista quince pies. Los adornos de este sepulcro consisten en veinte y cuatro columnas de orden dórico sin estrias, y hay seis á cada frontis del edificio. Estas columnas están como de medio relieve en la misma piedra, y labradas en ella. Sobre los capiteles descansa el friso con el triglyfo. Encima de este friso se levanta un zócalo que sostiene una pirámide triangular, demasiado grande con respecto á la altura total del sepulcro. Esta pirámide no es de la misma pieza que el cuerpo del edificio.

Muy parecido á este sepulcro es el de Zacarías, pues está cortado como él en la roca, y termina en una punta un poco encorbada como el gorro frigio, ó como un monumento chinesco. El sepulcro de Josaphat es una gruta, cuya puerta de bastante buen gusto forma su principal adorno. En fin, el sepulcro donde se ocultó el apóstol Santiago, presenta en el valle de Siloé un pórtico agradable: las cuatro columnas que componen este pórtico, no descansan sobre el suelo, sino que están puestas sobre la roca á cierta altura, como la columnata del Luvre, sobre el primer piso del palacio.

La arquitectura de estos monumentos prueba que su origen no sube á la primera antigüedad judaica. Si fuese absolutamente preciso fijar la época en que se construyeron estos monumentos, la colocaré por los tiempos de la alianza de los judíos y los lacedemonios en el de los primeros Macabeos. El orden dórico dominaba entonces en Grecia, pues solo prevaleció el corinthio en la archi-

itectura medio siglo despues, cuando los romanos comenzaron á extenderse en el Peloponeso y en el Asia (1).

Pero connaturalizando los judíos en Jerusalem la arquitectura de Corintho y de Athenas, mezclaron con ellas las formas de su propio estilo. Los sepulcros del valle de Josaphat, y principalmente los de que pronto voy á hablar manifiestan claramente la union del gusto egipcio y del gusto griego. De esta union resultó una especie de monumentos que forman como el paso entre las Pirámides y el Parthenon, monumentos en los que se advierte un carácter sombrío, atrevido, gigantesco, y una imaginacion risueña, juiciosa y moderada (2). Veremos un excelente ejemplo de esta verdad en los sepulcros de los Reyes.

(1) Así es que hallamos en esta última época un pórtico corinthio en el templo reedificado por Herodes, columnas con inscripciones griegas y latinas, puertas de cobre de Corintho, &c.

(2) De este modo la arquitectura griega, en tiempo de Francisco I., se mezcló con el estilo gótico, y produjo graciosas obras.

Saliendo de Jerusalem por la puerta de Ephraim, se anda como media milla por la cumbre de un cerro rojizo, donde crecen algunos olivos. Despues se encuentra una excavacion muy semejante á los trabajos abandonados de una cantera antigua: se baja por un camino ancho y suave á lo interior de esta excavacion, donde se entra por un arco, y se va á parar á una sala sin techo abierta en la peña viva. Esta sala tiene treinta pies de largo y otros tantos de ancho, y las paredes de la peña unos doce á quince de elevacion.

En el centro de la pared del medio-día se halla una gran puerta cuadrada del órden dórico, abierta á muchos pies de profundidad en la misma peña. Un friso de caprichosa invencion, pero de muy delicada ejecucion, se ve esculpido sobre la puerta, consiste en un triglifo y una metopa, adornada solo con un anillo, y luego en racimos de ubas colocados entre dos coronas y dos palmas. Estos adornos no hay duda en que estaban repetidos del mismo modo todo lo largo

de la piedra; pero en el dia se hallan destruidos. A distancia de diez y ocho pulgadas de este friso, reyna un follage mezclado con piñas, y otra fruta que no pude conocer, pero que me pareció un limoncillo de Egipto. Este último adorno seguia paralelamente al friso, y bajaba despues perpendicularmente á lo largo de los dos lados de la puerta.

En la parte interior y en el ángulo, á la izquierda de esta gran puerta, se encuentra una especie de calle ó canal en bóveda, por donde antes se podia andar derecho, pero que ahora es menester encorbarse mucho. Va á parar por una bajada muy áspera, como en la gran pirámide, á un cuarto cuadrado y abierto á pico en la piedra. En las paredes de este cuarto hay unos hoyos ó nichos de seis pies de largo y tres de ancho para poner en ellos varios ataudes. De este primer cuarto se pasa por tres bóvedas á otros siete cuartos tambien sepulcrales de desigual extension, y todos abiertos en la misma peña viva, y cuyos adornos no se pueden distinguir fácilmente, sobre todo

con luz artificial. Una de estas grutas mas baja que las demas, y á la que se descende por seis escalones, parecia haber contenido los principales cadáveres. Estos estaban por lo general dispuestos del modo siguiente: el principal se hallaba en lo interior de la gruta delante de la puerta en el nicho que le correspondia: á los dos lados de la puerta habia dos pequeños nichos ó bóvedas reservadas para los muertos menos ilustres, y como para los guardias de aquellos mismos reyes, los cuales ya no necesitaban que nadie les sirviese. Los ataúdes, de los cuales ya solo quedan algunos fragmentos, eran de piedra, y estaban adornados con hermosos arabescos. Lo que mas admira en estos sepulcros son las puertas de los cuartos sepulcrales, las cuales son de la misma piedra que la gruta y los quicios.

Entrando yo en estos palacios de la muerte, me parecieron baños de arquitectura romana como los que hay en la cueva de la Sibila, cerca del lago Averno.

Entre las varias opiniones que hay acerca de quiénes eran los reyes que aquí

se enterraban, me inclino á creer que estos sepulcros eran de Herodes el Tetrarca, el cual fué un príncipe magnífico que hizo edificar las dos ciudades de Sefhoris y Tiberiades; y aunque Calígula le desterró á Leon de Francia, podia muy bien haberse mandado hacer un sepulcro en su misma patria.

La crítica del arte y los hechos históricos, nos obligan á colocar los sepulcros de los reyes en la clase de los monumentos griegos de Jerusalem. Estos sepulcros eran muy numerosos, y la posteridad de Herodes se extinguió muy pronto, por manera que muchos quedaron vacíos; y así, para conocer toda la vanidad de nuestra naturaleza, solo me faltaba el ver los sepulcros de hombres que aun no han nacido. Ni hay cosa que forme mayor contraste que el hermoso friso trabajado por el cincel griego sobre la puerta de estas formidables bóvedas donde descansaban las cenizas de los Herodes. La memoria de estos príncipes excita las ideas mas trágicas y terribles, pues solo los conocemos bien por haber

dado muerte á Mariamme, ó Mariene, por la degollacion de los Inocentes y la de S. Juan Bautista, y haber condenado á muerte á nuestro Señor Jesucristo. Y no era de esperar el que sus sepulcros estuviesen adornados con ligeras guirnaldas enmedio de los espantosos campos de Jerusalem, no lejos del templo donde se oían los terribles oráculos de Jehobah, y cerca de la cueva donde Jeremias compuso sus Lamentaciones. El Sr. Casas ha representado muy bien estos monumentos en su *Viage pintoresco de Siria*.

Los otros edificios de los tiempos romanos en Jerusalem, como el teatro y el anfiteatro, las torres Antonia, Hippicos, Phaselo y Spephima, ya no existen, ó á lo menos no se hallan mas que informes ruinas.

Pasemos ahora á la tercera clase de monumentos de Jerusalem, cuales son los del cristianismo antes de la invasion de los sarracenos, y de los cuales bien poco tengo que decir, pues que hablé cuando describí los Santos Luga-

res, y me bastará con hacer una observacion, y es, que como estos monumentos deben su origen á cristianos que no eran judíos, no conservan nada del carácter medio egipcio, medio griego, que observé en las obras de los principes Asmoneos y de los Herodes, pues son unas iglesias griegas del tiempo de la decadencia del arte.

La cuarta especie de monumentos en Jerusalem es la de los que pertenecen al tiempo en que fué tomada esta ciudad por el califa Omar, sucesor de Abubeker, y tronco de la familia de los Omia-des. Los árabes, que siguieron los estandartes del califa, se apoderaron del Egipto, y desde allí, siguiendo todo lo largo las costas del África, pasaron á España y llenaron de hermosísimos palacios á Granada y á Córdoba. En el reinado de Omar debemos fijar el origen de esta arquitectura árabe, cuya obra maestra es la Alhambra, como el Parthenon lo es de la arquitectura griega. La mezquita del templo de Jerusalem, comenzada por

Omar, ensanchada por Abd-el-Malek, y reedificada bajo un nuevo plan por El-Oulid, es un monumento muy curioso para la historia del arte entre los árabes. No se sabe aún qué modelos sirvieron para tan hermosos palacios, cuyas ruinas se hallan en España, y sin duda se me agradecerá el que diga algunas palabras sobre asunto tan nuevo y hasta ahora tan poco estudiado.

Como el primer templo de Salomon fué destruido 600 años antes del nacimiento de Jesucristo, fué reedificado, despues de los setenta del cautiverio, por Josué hijo de Josedeo, y Zorobabel hijo de Salathier: Herodes Ascalonita restableció enteramente de nuevo este segundo templo, para lo que durante nueve años hizo trabajar á once mil obreros. Fueron admirables las obras, pero se concluyeron mucho tiempo despues de la muerte de Herodes. Habiendo rellenado los judíos los precipicios que allí había, y cortado la cumbre de un monte, formaron en fin aquella espaciosa llanura

donde estaba el templo, al oriente de Jerusalem, sobre los valles de Siloë y de Josaphat.

Cuarenta días despues de su nacimiento, Jesucristo fué presentado en este segundo templo, y en él fué purificada la Virgen. A los doce años de su edad el hijo de Dios enseñó en él á los doctores, echó de allí á los que tenían tiendas, le tentó en él inútilmente el diablo, perdonó los pecados de la muger adúltera, y propuso tres parábolas. En este mismo templo fué donde entró en medio de gente que llevaba palmas y ramos de oliva en las manos el dia de la fiesta de los Ramos; y en fin, en él dijo aquello de *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo.*

Habiendo Títo tomado á Jerusalem el segundo año del reynado de Vespasiano, no quedó piedra sobre piedra del templo en que Jesucristo hizo tantas cosas maravillosas, y cuya ruína ya habia predicho. Cuando Omar se apoderó de Jerusalem parece que el espacio del templo, excepto una pequeña parte, habia sido

*

abandonado por los cristianos. Saïd-ebn-Batrik (1), historiador árabe, cuenta que el califa llamó al patriarca Sofronio, y le preguntó que cuál sitio de Jerusalem sería el mas acomodado para edificar una mezquita, y Sofronio le llevó á las ruinas del templo de Salomon.

Contento Omar con fundar su mezquita en tan famoso parage, lo hizo limpiar, y quitando la tierra se descubrió una gran piedra que sin duda era en la que Dios habló á Jacob. La mezquita nueva tomó el nombre de esta piedra, llamándose por lo tanto *Gâmeat-el-Sakhra*, y llegó á ser para los mulsumanes casi tan sagrada como las mezquitas de la Meca y de Medina. El califa Abd-el-Malek aumentó los edificios de la mezquita, de manera que la piedra vino á hallarse dentro de ella. Su sucesor el califa El-Louid hermoseó aun mas El-Sakhra, y

(1) Es Eutiquio, patriarca de Alejándria. Tenemos sus anales árabes impresos en Oxford, con una version latina.

le cubrió con una media naranja de cobre dorado que quitó de una iglesia de Balbek. Los cruzados convirtieron luego esta mezquita en templo de Jesucristo, y cuando Saladino reconquistó á Jerusalem volvió á convertir el templo en mezquita.

Pero ¿cuál es la arquitectura de este edificio, tipo, ó modelo primitivo de la elegante arquitectura de los moros? Difícil cosa es el responder á esta pregunta. Los árabes á causa de sus costumbres despóticas y celosas han reservado los adornos para la parte interior de sus edificios públicos, y han puesto pena de muerte á todo cristiano que no solo entre en el Gâmeat-el-Sakhra, sino tambien al que ponga los pies en el átrio que tiene delante. Lástima es que el embajador Deshayes, por una vana delicadeza diplomática, se reusase á entrar en esta mezquita, cuando los turcos voluntariamente se lo permitian. Voy á describir la parte exterior cual la he visto, y en cuanto á la interior copiaré lo que dicen algunos viageros é historiadores.

Se ve la gran plaza de la mezquita,

que antes lo era del templo, por una ventana de la casa de Pilatos.

Esta plaza forma una especie de lonja ó átrio que puede tener unos quinientos pasos de largo y cuatrocientos sesenta de ancho. Las murallas de la ciudad cierran esta lonja por la parte de oriente y mediodía; por la de occidente la terminan las casas turcas, y por la del norte las ruinas del pretorio de Pilatos y del palacio de Herodes.

Doce pórticos puestos á distancias desiguales unos de otros, y tan irregulares como las galerías de la Alhambra, dan entrada á este átrio. Constan estos pórticos de tres ó cuatro arcos, los cuales por algunas partes sostienen un segundo piso, lo que semeja muy bien á un acueducto doble. El principal pórtico de estos corresponde á la antigua *porta Speciosa*, reverenciada de los cristianos por un milagro de S. Pedro. En todos estos pórticos hay lámparas.

En medio de este átrio se halla otro mas pequeño que se eleva sobre él como unos seis á siete pies, cual un terrado

sin balaustres. Este segundo átrio se asegura tiene doscientos pasos de largo y ciento cincuenta de ancho, y se sube á él de los cuatro lados por graderías de mármol, que cada una tiene ocho escalones ó gradas.

En medio de este átrio superior se eleva la famosa mezquita de la Roca. Cerca de ella hay una cisterna que toma su agua de la antigua fuente sellada (*Fons-Signatus*), y en ella los turcos hacen sus abluciones antes de entrar á hacer oración. Sobre los dos átrios se ven algunos olivos viejos y cipreses.

El templo es ochavado: una linterna también ochavada, y que tiene una ventana en cada uno de los ocho lados de que consta, corona el edificio. Esta linterna está cubierta con una media naranja, que antes era de cobre dorado, y en el día es de plomo: una aguja de muy buen gusto, que sostiene una media luna, corona todo el edificio, el cual se parece á una tienda de campaña de los árabes en medio del desierto. El padre Rogerio dice que cada lado del templo

tiene treinta y dos pasos, y que todo el circuito de la mezquita por defuera es de doscientos cincuenta y dos, y la altura de todo el edificio de diez y ocho ó veinte toesas.

Las paredes están cubiertas por la parte de afuera de baldosas ó ladrillos pintados de diversos colores, y adornados con arabescos y versículos del Corán escritos en letras de oro. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con vidrios redondos y pintados. Aquí hallamos ya alguna semejanza con los edificios moriscos de España: los ligeros pórticos del átrio y las baldosas pintadas de la mezquita, hacen acordar de diversas partes del Generalife de la Alhambra y de la catedral de Córdoba.

Pasemos á la parte interior de esta Mezquita, que ni he visto ni he podido ver, aunque tuve ganas de exponerme á todo por satisfacer mi amor á las artes; pero me contuve temiendo causar la pérdida de los cristianos de Jerusalem.

Guillermo de Tyro es el autor mas antiguo de quantos han descripto la mez-

quita de la Roca, y debia conocerla muy bien, pues que apenas acababa de pasar del poder de los cristianos al de los turcos. Así habla de ella.

“ Dijimos al principio de este libro que Omar, hijo de Calab, mandó edificar este templo”

Y lo prueban evidentemente las inscripciones antiguas grabadas dentro y fuera del edificio”

El historiador pasa á describir el átrio y añade:

“ En los ángulos de este átrio habia torres muy altas, sobre las cuales á ciertas horas se subia un santón para llamar al pueblo á que hiciese oracion. Algunas de estas torres aun permanecen en pie; pero las otras están arruinadas. No se podia entrar ni permanecer en el átrio sino teniendo los pies descalzos y lavados”

El templo se eleva enmedio del átrio superior; es ochavado, y por dentro y fuera está adornado con baldosas de mármol y obras de mosaico. Los dos átrios, tanto el superior como el inferior, están

embaldosados de mármol, y tienen canales por donde las aguas llovedizas corren á caer muy cristalinas en las cisternas que están debajo. Enmedio del templo, entre la fila interior de columnas, se halla una roca un poco elevada, y debajo hay una gruta cavada en la misma piedra. Sobre esta piedra se sentó el ángel que, en castigo de haber hecho David que se enumerase la gente que habia en Israel, hirió al pueblo de peste hasta que Dios le mandó que metiese su espada en la vayna. Antes de la llegada de nuestros ejércitos, esta roca estaba enteramente descubierta, y permaneció de este modo por quince años; pero los que cuidaban del templo hicieron construir encima de ella un coro y un altar para celebrar allí los oficios divinos.”

Estas noticias son muy curiosas, porque hace ochocientos años que se escribieron, pero nos dán muy poca luz acerca de lo interior de la mezquita. Los viajeros mas antiguos solo hablan de oídas, y con muy poca inteligencia, pues siendo en aquellos tiempos mucho mayor

el fanatismo de los musulmanes que en los presentes, jamas hubieran querido descubrir á los cristianos los misterios de sus templos. Pasemos, pues, á los viageros modernos, y detengámonos aun en Deshayes, el cual no habiéndose determinado á ver la mezquita, los turcos le hicieron la descripcion de ella, y dice así:

“ Hay una gran cúpula sostenida interiormente en dos filas de columnas de mármol, enmedio de las cuales se ve una gran piedra, sobre la que creen los turcos que se puso Mahoma para subir al cielo, y por lo tanto tienen mucha devocion con ella; y los ricos hacen fundaciones para mantener gentes que despues de su muerte lean el Alcoran por su intencion en derredor de esta piedra.

„ Lo interior de esta mezquita es todo blanco, excepto algunos parages donde está escrito el nombre de Dios con grandes caractéres arábigos.”

Esta descripcion no se diferencia mucho de la de Guillermo de Tiro, pero el padre Rogerio nos instruirá mejor, pues

parece halló medio de entrar en la mezquita; á lo menos él se explica así:

“Si un cristiano entrase en el átrio del templo, dicen los turcos, que Dios le concedería cuanto allí le pidiese, aunque fuese el que Jerusalem volviese á poder de cristianos. Y por lo tanto, además de estar prohibido á los cristianos, no solo entrar en el templo, sino aun en el átrio, bajo la pena de ser quemados vivos ó hacerse turcos, lo guardan muy cuidadosamente. Y sin embargo de todo esto en mi tiempo se ganó la guardia con una astucia que no diré por los daños que podrian sobrevenir, pero sí referiré todas las particularidades que allí se notan.”

De la descripción del átrio pasa á la del templo.

“Para entrar en el templo hay cuatro puertas que miran á los cuatro vientos, y cada una de ellas tiene su portada con muy buenas labores y molduras, y seis columnas con sus pedestales y capiteles, todo de mármol y de pórfido. Lo interior del templo es todo de már-

mol blanco, y el pavimento de grandes losas de mármol de diferentes colores; y la mayor parte de estos materiales los tomaron los turcos de las iglesias de Belen, del Santo Sepulcro, y otras que demolieron.

“En el templo hay treinta y dos columnas de mármol de color tirante á pardo, colocadas en dos filas: las diez y seis mas grandes sostienen la primera bóveda, y las otras la cúpula, y todas descansan sobre sus pedestales y tienen sus capiteles. Al rededor de estas columnas hay muy hermosas obras de hierro dorado y de cobre, formando como candeleros que sostienen siete mil lámparas que arden desde el jueves luego de puesto el sol, hasta el medio dia del viernes, y un mes de todo el año, que es el del Ramadan ó cuaresma de ellos.

„En medio del templo hay una torrecita de mármol, á la que se sube por una escalera de diez y ocho escalones que está á la parte de afuera. Encima de esta torrecita se pone el cadí todos los viernes, desde el mediodia á las dos de la tarde,

para hacer las ceremonias de la oracion y de la explicacion de los principales puntos del Alcorán.

„Ademas de las treinta y dos columnas que sostienen la bóveda y la cúpula, hay otras dos menores bastante cerca de la puerta de occidente, que enseñan á los peregrinos extranjeros, haciéndoles creer que cuando pasan libremente entre ellas están predestinados para el paraíso de Mahoma; y dicen que si un cristiano pasase entre estas columnas se apretarian hasta estrujarle, pero yo conozco á quienes no ha sucedido tal cosa aunque eran muy buenos cristianos.

„Á tres pasos de estas dos columnas hay una piedra en el pavimento que parece ser de mármol negro, y tiene dos pies y medio en cuadro, sobresaliendo algo del suelo. En esta piedra hay veinte y tres agujeros, en los que parece que hubo en otro tiempo clavos, y en efecto, aun quedan dos; pero yo no sé para que servian, y tambien lo ignoran los mahometanos, aunque creen que sobre esta piedra ponian sus pies los profetas cuan-

do se apeaban del caballo para entrar en el templo, y que sobre ella descendió Mahoma cuando llegando de la Arabia Feliz hizo el viage al paraíso para conversar con Dios.”

Esta descripción es muy detenida, y parece verídica; pero no suficiente para demostrar que lo interior de la mezquita de Jerusalem se semeje al de los monumentos moricos de España, pues esto depende absolutamente del modo como esten dispuestas las columnas, acerca de lo cual nada nos dice el padre Rogerio. ¿Sostienen arcos pequeños? ¿Están apareadas, agrupadas, aisladas como en Córdoba y en Granada? Pero si lo exterior de esta mezquita se semeja ya tanto á algunas partes de la Alhambra, ¿no es de presumir que lo interior conserve el mismo gusto de arquitectura? Con tanta mayor facilidad lo creeré, cuanto que los mármoles y columnas de este edificio fueron quitados de las iglesias cristianas, y deben presentar aquella mezcla de órdenes y proporciones que se advierte en la catedral de Córdoba.

Añadamos una observacion á estas congeturas. La mezquita abandonada que se ve cerca del Cairo, parece ser del mismo estilo que la mezquita de Jerusalem; y es evidente que la del Cairo fué el original de la de Córdoba edificada por los últimos descendientes de la dinastía de los Omiades; siendo tambien cierto que Omar, que dió nombre y origen á esta familia, fundó la mezquita de Jerusalem.

Así pues, los monumentos verdaderamente árabes pertenecen á la primera dinastía de los califas y al genio de la nacion en general; y no se deben, como hasta aquí se ha creido, al particular ingenio de los moros andaluces, pues que he hallado los modelos de estos monumentos en el oriente.

Probado esto adelantaré aún mas, pues creo descubrir en la arquitectura egipcia tan pesada, tan magestuosa, tan espaciosa, tan duradera, el principio ó tipo de esta arquitectura sarracena tan ligera, tan alegre, tan minuciosa y frágil: el minareto imita al obelisco, y los arabescos son geroglíficos delineados en lugar

de geroglíficos grabados. En cuanto á aquellos como bosques de columnas que componen lo interior de las mezquitas árabes, y que sostienen una bóveda aplastada, los templos de Memphis, de Dendera, de Thebas, de Merue, presentaban tambien ejemplos de este género de construccion. Establecidos los descendientes de Ismael en las fronteras de Metzraim, no podia menos de exaltarse su imaginacion al considerar las maravillosas obras de los Faraones. Nada pudieron tomar de los griegos, pues que no los conocian, pero procuraron copiar las artes de una nacion famosa, que siempre tenian á la vista. Pueblos vagabundos, conquistadores y viageros, imitaron al inmutable Egipto: hicieron obeliscos de madera dorada, y geroglíficos de yeso que podian llevar con sus pabellones sobre sus camellos.

Conozco que este sistema, si tal es, puede ser combatido y con documentos históricos. Sé muy bien que el palacio de Zehra que Abdoulraham hizo edificar cerca de Córdoba, lo fué segun el plan de

un arquitecto de Constantinopla, y que las columnas de este palacio fueron trabajadas en Grecia; y tambien sé que hay una arquitectura que nació en la corrupcion del arte, y á la cual podemos llamar *arquitectura Justiniana*, pareciéndose en algo á las obras de los moros, y sé tambien que personas de muchos conocimientos y de muy delicado gusto, como el respetable Mr. d'Agincourt y Mr. de la Borde, autor del magnífico *Viage de España*, piensan que toda arquitectura es hija de Grecia; pero por respetables que sean estas autoridades, no por eso mudaré de opinion. Un plan enviado por un arquitecto de Constantinopla, columnas trabajadas en las orillas del Bósphoro, artífices griegos que trabajaban en una mezquita, nada prueban, pues de un hecho particular no se puede sacar una consecuencia general. He visto en Constantinopla la arquitectura Justiniana, y convengo en que tiene alguna semejanza con la de los sarracenos, como el acortamiento de la bóveda en los arcos: sin embargo, conserva una solidez,

una como frialdad, cierto fundamento ó razón en sus formas, que no se advierte en la fantasía árabe. Además de esto, la misma arquitectura Justiniana me parece ser la arquitectura egipcia confundida con la griega. Esta nueva invasión del arte de Memphis la produjo el establecimiento del cristianismo: los solitarios que poblaron los desiertos de la Tebaida, y cuyas opiniones gobernaban al mundo, introdujeron en las iglesias, en los monasterios, y hasta en los palacios, estos pórticos degenerados que llamamos claustros, donde respira el genio del oriente. Y en apoyo de todo esto observemos que la verdadera decadencia del arte entre los griegos, comenzó precisamente cuando la corte del imperio romano se trasladó á Constantinopla, lo que prueba que la arquitectura griega no produjo la arquitectura oriental, sino que ésta se introdujo en aquella por la cercanía de los países en que reinaba.

Me inclino, pues, á creer que todo género de arquitectura salió de Egipto, y aun el gótico, pues nada ha venido del

*

norte sino las cadenas y la destrucción. Pero esta arquitectura egipcia se acomodó al genio de los pueblos alterándose muy poco entre los hebreos, pues solo suprimieron éstos los monstruos y los dioses de la idolatría. En Grecia, donde la introdujeron Cecrope é Inaco, se perfeccionó y vino á ser el modelo de los demas pueblos. Los toscanos, que eran una colonia egipcia, la introdujeron en Roma, donde conservó su grandeza, pero sin llegar jamás á la perfeccion que tuvo en Athenas. Los apostóles la llevaron del oriente á los bárbaros del norte, y sin perder entre estos pueblos su sombrío y religioso carácter, se engrandeció, por decirlo así, en los bosques de las Galias y de Germania, presentando la particular union de la fuerza, de la magestad y de la tristeza en el todo, y en sus partes la mas extraordinaria ligereza. En fin, tomó entre los árabes las formas que ya hemos manifestado, arquitectura del desierto, encantada como los Oasis, mágica como las historias contadas en las tiendas de campaña, pero

que los vientos pueden arrebatarse como la arena que al principio la sirvió de cimientos.

Podría apoyar mi opinion en muchísimas autoridades históricas, haciendo ver que los primeros templos de Grecia, como el de Júpiter en Onga, cerca de Amyclea, eran verdaderos templos egipcios; y que la misma escultura era egipcia en Argos, Sparta y Athenas en tiempo de Dédalo, y en los siglos heróicos. Pero me parece que esta digresion ha sido ya demasiado larga, pasemos pues á los monumentos góticos de Jerusalem.

Redúcense estos á algunos sepulcros con sus inscripciones en letras góticas. No son cosa de la mayor importancia; pero al entrar en el Santo Sepulcro no pudieron menos de llamarme la atencion, pues el hallar aquellos monumentos segun el gusto de mi patria, en un pais tan distante y extraño, me indicaba otros hombres, otras costumbres, y otras tierras, y me pareció que de repente me habia trasladado á uno de nuestros antiguos monasterios. Contemplé con vene-

racion estos mausoléos góticos donde descansaban caballeros franceses, peregrinos hechos reyes, y héroes de la *Jerusalén libertada*, y me acordé de las palabras que el Tasso pone en boca de Godofre diciendo:

*Chi sia di noi, ch'esser sepulto schivi,
Ove i membri di dio fur già sepulti?*

En cuanto á los monumentos turcos, últimos testigos que demuestran en *Jerusalén* las revoluciones de los imperios, no merecen que nos detengamos en ellos, y solo he hablado para manifestar que no debemos confundir las obras de los tártaros con los trabajos de los moros; y aun mas seguro sería decir que los turcos ignoran absolutamente la arquitectura, pues no han hecho mas que afeardos edificios griegos y los edificios árabes coronándolos con cúpulas macizas y pabellones chinescos. Algunos bazares y oratorios de santones son la única cosa que los nuevos tiranos de *Jerusalén* han añadido á esta infeliz poblacion.

El lector conoce ya los diversos mo-

numentos de la santa ciudad.

Volviendo de visitar los sepulcros de los reyes, que han dado motivo á las descripciones anteriores, pasé por el valle de Josaphat. El sol se ponía por detrás de Jerusalem, y con sus últimos rayos doraba aquel monton de ruinas y los montes de Judéa. Dije á mis compañeros que entrasen por la puerta de San Esteban, y me quedé solo con el genizaro. Me senté al pie del sepulcro de Josaphat, y saqué de mi bolsillo un tomo de Racine y volví á leer la Athalia, siéndome imposible decir lo que en mí sentía, pues creía oír los cánticos de Salomon y la voz de los profetas. Levantóse ante mí la antigua Jerusalem: salieron de sus tumbas las sombras de Joad, de Athalia y de Josabeth, y me pareció que hasta entonces no habia conocido el talento de Racine. ¡Cuán sublime poesía, pues que la hallé digna de aquellos parages! Nadie puede imaginarse lo que es la Athalia leida sobre el sepulcro del rey Josaphat, á la orilla del torrente Cedron, y ante las ruinas del templo.

El día 9, no teniendo ya cosa particular que ver ni dentro ni fuera de la ciudad, fuí á ver por último el pozo de Nehemías, donde se ocultó el fuego sagrado durante el cautiverio, los sepulcros de los jueces, y otras antigüedades que nada tienen notable sino sus famosos nombres.

Concluiré en fin con dar noticia del convento de los Padres Latinos. Se entra en él por un callejon embovedado que se une con otro bastante largo y obscuro, y al fin del cual se encuentra un patio donde están la carnicería, la bodega, y el lagar del convento; y encima hay un claustro al que se sube por una escalera de doce á quince escalones. Al oriente de este claustro hay un vestíbulo que comunica con la iglesia que es bastante hermosa, y tiene su coro, su nave con su media naranja, un altar á la romana, y un organito, contenido todo en un espacio de veinte pies de largo y doce de ancho: las celdas son pequeñas, pobres, y obscuras; y hay ademas dos jardinitos que tocan con las murallas de la ciudad.

Confina con el convento la hospederia para los peregrinos: el cuarto que yo ocupaba era grande y obscuro. Trece peregrinos habian escrito sus nombres en la parte interior de la puerta: el primero se llamaba Cárlos Lombardo, y estuvo en Jerusalem en 1669; y el último John Gordon, y estuvo en 1804, y tal vez será el mismo de quien ya hablamos, diciendo que hizo analizar en Londres una botella de agua del Mar Muerto.

Los peregrinos no comen con los religiosos como en Japha, pues se les sirve aparte y cada uno gasta lo que quiere; mas si son pobres, se les mantiene de valde, pues el convento, léjos de ganar nada, dá habitacion, cama, ropa, lumbre y luz.

Los víveres son por lo comun buenos, abundantes y baratos, excepto las legumbres que son muy caras: el vino es excelente, y el terreno que lo produce es aun el de Engaddi, cerca de Belen.

Viniendo á la enumeracion del precio de las cosas en Jerusalem, veremos que los caballos árabes son muy caros, y así

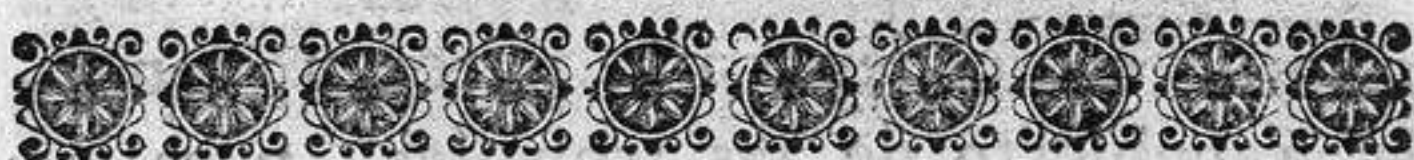
es que el bajá de Damasco acababa de comprar uno en tres mil piastras. La historia de una yegua forma á veces la conversacion de todo el país, y así cuando yo estaba en Jerusalem contaban las proezas de una de estas maravillosas yeguas. Viéndose el beduino que la montaba perseguido por la tropa del gobernador, se habia arrojado con ella desde la cumbre de los montes que dominan á Jericó, la yegua habia bajado á galope tendido, casi perpendicularmente, sin tropezar, dejando á los soldados admirados y espantados de tal huida. Pero el pobre animal habia caido reventado al entrar en Jericó, y no queriéndole abandonar su amo le cogieron llorando al lado de la pobre bestia. Esta yegua tiene un hermano en el desierto, y es tan famoso que los árabes saben siempre dónde ha estado, dónde está, qué hace, y si está bueno ó malo. Ali-Agá me enseñó en los montes, cerca de Jericó, las huellas de la yegua de que acabo de hablar; y es cierto que un macedonio no hubiera mirado con mas respeto las del Bucéfalo.

Presentaremos aquí varias pruebas y hechos de lo mucho que padecen los religiosos en la Tierra Santa. "El padre Rogerio dice que el primer religioso que sufrió el martirio en los Santos Lugares fué un frances llamado Limin, que era de la provincia de Turena, y fué degollado en el gran Cairo. Poco tiempo despues fueron muertos fuera de la puerta de Jerusalem los padres Santiago y Jeremías. El padre Conrado de Alis Bartolomé, del monte Policiano, en la provincia de Toscana, fué partido en dos mitades en el gran Cairo. El padre Juan de Eter, español, de la provincia de Castilla, fué hecho mil pedazos por un bajá. El soldan de Egipto hizo degollar á siete religiosos, y otros dos fueron desollados vivos en Siria. El año de 1637 los árabes martirizaron á toda la comunidad que estaba en el santo monte Sion, y constaba de doce personas. El padre Cosme de S. Francisco fué muerto por los turcos á la puerta del Santo Sepulcro estando predicando la fé de Jesucristo. Estando una noche seis religiosos,

que formaban la comunidad de la casa del profeta Jeremías, cantando maitines fueron muertos por los árabes, los que luego quemaron el convento; pues los turcos no solo martirizan á los infelices religiosos, sino que muy á menudo convierten sus iglesias en mezquitas.”

— Por varios papeles que leí en el convento, se ve que los infelices religiosos que guardan el Santo Sepulcro, han pasado muchos siglos defendiéndose dia por dia de la tiranía y tropelías de los turcos. Así, pues, necesitan obtener permisos para proporcionarse alimento, para enterrar los muertos, &c. Algunas veces les obligan á montar á caballo sin necesidad, para hacerles pagar los derechos: otras un turco se declara dragoman del convento, aunque los religiosos no quieran, para exígirles un buen salario. Se valen los turcos de las mas raras invenciones del despotismo oriental para atormentar á los religiosos, y así es que una vez quisieron matar á dos de ellos porque un gato había caído en el algive del convento. En vano obtienen á

peso de oro órdenes que parecen ponerles á cubierto de las tropelías, pues las tales órdenes no se obedecen ó á lo sumo mal, y así cada año se inventan nuevas opresiones y se exigen nuevos firmanes. El comandante culpado, y el príncipe que en la apariencia parece favorecer al oprimido, son dos tiranos que están de acuerdo el uno para cometer una injusticia antes que se haga la ley, y el otro para vender á peso de oro una ley que solo se establece cuando se ha cometido el delito.



PARTE QUINTA.

Continúa el viage á Jerusalem.

Así que amaneció el día 10 salí de Jerusalem por la puerta de Ephraim acompañado siempre de Alí, y me entretuve en recorrer los campos de batalla que el Tasso hizo para siempre célebres en su poema de la *Jerusalen libertada*, que volví á leer entonces para hacer mejor la comparacion; y en efecto hallé todas las descripciones y pinturas de aquellos parages, hechas con la mayor exâctitud y verdad.

Daré ahora aquí la relación del sitio de Jerusalem, segun nuestras antiguas crónicas, traduciendo para ello la del padre Roberto, que es entre todos los antiguos historiadores de las Cruzadas á

quien mas á menudo se cita, mereciendo en efecto la preferencia por su latin menos bárbaro, su arreglada crítica, y su brillante imaginacion. Dice, pues, así.

“El ejército se situó en derredor de Jerusalem en estos términos: Los condes de Flandes y de Normandía pusieron sus tiendas por el lado del norte, no léjos de la iglesia que está en el mismo parage en que fué apedreado S. Esteban Proto-Mártir; Godofre y Tancredo se situaron á la parte de occidente: el conde de S. Gil al mediodía, sobre el monte Sion, donde está la iglesia de la Virgen María, y fué la casa donde el Señor hizo la cena con sus discípulos. Mientras las tropas descansaban de las fatigas del camino, é iban construyendo las máquinas para el combate, Raimundo Pelez y Raimundo de Turena salieron del campo con mucha gente para recorrer las cercanías, temerosos de que los enemigos sorprendiesen á los cruzados antes de estar todo dispuesto. Así fué, que tuvieron un encuentro con trescientos árabes, matando á muchos de ellos, y quitándoles

treinta caballos. El segundo dia de la tercera semana, que lo fué el 13 de junio de 1099, los franceses asaltaron á Jerusalem; pero no le pudieron tomar aquel dia, aunque no fué en vano su trabajo, pues derribaron el ante muro y pusieron las escalas al muro principal, y si hubiesen tenido bastantes, sin duda que aquel primer asalto hubiese sido el último. Los que subieron sobre las escalas estuvieron luchando mucho tiempo con el enemigo con espadas y venablos. Y aunque murieron muchos de los nuestros en esta refriega, fué mayor la mortandad por parte de los sarracenos, hasta que la noche puso fin á la pelea, con lo que ambos partidos se fueron á descansar. Pero como con este primer asalto no se tomase á Jerusalem, resultó á nuestro ejército mucho trabajo y pena, pues estuvo diez dias sin pan, hasta que llegaron á Japha los buques que lo traían; y aun fué mas excesiva la sed, pues la fuente de Siloë, que está al pie del monte Sion, apenas daba agua bastante para los hombres, y era preciso llevar los

caballos y acémilas á beber á seis millas del campamento, defendiéndolos con numerosa escolta.

Llegó, en fin, la armada á Japha, y proporcionó víveres á los sitiadores; pero no por esto se remedió la falta de agua, que fué tan grande durante el sitio, que los soldados abrian la tierra y sacando los terrones algo húmedos hacian por chuparlos, y tambien lamian el rocío que se pegaba á las piedras, y bebian una agua hedionda que habia estado mucho tiempo detenida en pellejos mal curtidos de búfalos y otros animales, y muchos habia que por no tener tanta sed comian poco ó nada

„ En tanto los generales hacian traer de muy léjos grandes maderos para construir torres y máquinas de guerra; y luego que todo estuvo acabado, Godofre puso su torre á la parte oriental de la ciudad, y el conde de San Gil la suya, que era en todo semejante, á la parte de mediodia. Tomadas todas estas disposiciones, el dia quinto de la semana los cruzados ayunaron, y dieron muchas li-

mosnas á los pobres; y el dia sexto, que era el 12 de julio, la aurora salió muy refulgente, y las tropas escogidas subieron á las torres y plantaron las escalas en los muros de Jerusalem. Los hijos ilegítimos de la santa ciudad se admiraron y temblaron (1) viéndose sitiados por tan gran muchedumbre. Pero como por todas partes les amenazaba su última hora, y veían pendiente la muerte sobre sus cabezas, solo pensaron en vender caro lo que les quedaba de vida. Godofre estaba en lo alto de su torre trabajando cual si fuese un archero; y Dios dirigia sus manos en el combate, de manera que cuantas flechas tiraba iban á atravesar al enemigo de parte á parte. Cual dos leones cerca de un gran leon, estaban á su

(1) El autor dice: *Stupent et contremiscunt adulterini cives urbis eximiae*. La expresion es no menos hermosa que verdadera, pues los sarracenos como extrangeros, no solo eran *ciudadanos adúlteros*, hijos impuros de Jerusalem, sino que tambien se les podia llamar *adulterini* á causa de su madre Agar, y con relacion á la posteridad legítima de Israel por parte de Sara.

lado sus dos hermanos Balduino y Eustaquio, y recibían los terribles golpes de piedras y dardos, tirando ellos muchos mas al enemigo.

„Mientras que con este encarnizamiento se combatía sobre las murallas de la ciudad, al rededor de estas mismas murallas se hacía una procesion con cruces, reliquias y altares. Mas una gran parte del día estuvo dudosa la pelea, hasta que á la hora en que el Salvador del mundo exhaló su último aliento, un guerrero llamado Letoldo, que peleaba en la torre de Godofre, se arrojó el primero sobre las murallas de la ciudad: siguióle Guichero, aquel Guichero que en otro tiempo abatió un leon; y el tercero que se tiró á la muralla fué Godofre, y en pos de su caudillo se precipitaron todos los demas caballeros que en la torre habia, y dejando los arcos y las flechas apelaron á las espadas: visto lo cual por los enemigos, abandonaron las murallas y se echaron á bajo en la ciudad, perseguidos con grande voce-
ría por los soldados de Cristo.

*

„Y oyendo aquel clamor el conde S. Gil, que por su parte se esforzaba en acercar sus máquinas á la ciudad, dijo á sus soldados: “¿qué hacemos aquí? Dueños son ya los franceses de Jerusalem, donde resuenan sus voces y cuchilladas.” Y entonces precipitadamente se acercó á la puerta que está cerca del castillo de David, y llamando á los que dentro de este castillo estaban, les intimó se rindiesen. Y cuando el emir conoció que era el conde de S. Gil le abrió la puerta, y se fió en la palabra de aquel venerable guerrero.

„Pero Godofre con sus franceses procuraba vengar la sangre cristiana vertida en el sitio de Jerusalem, queriendo castigar tambien á los infieles por las burlas y ultrages que habian hecho sufrir á los peregrinos. Jamás se le habia visto tan terrible en ningun combate, ni aun en el que tuvo con el gigante (1)

(1) Era un sarraceno de gigantesca estatura, y al cual Godofre en el puente de Antioquia, de una sola cuchillada, le partió en dos mitades.

en el puente de Antioquía. Guichero y muchos miles de los escogidos combatientes abrian á los sarracenos desde la cabeza hasta la cintura, ó los rebanaban por enmedio del cuerpo. Ninguno de nuestros soldados pareció cobarde, que ya no hallaban resistencia alguna, pues los enemigos apelaron á la fuga que ya les era imposible, porque con la prisa, y siendo muchos, unos á otros se estorvaban. Los pocos que pudieron escapar se encerraron en el templo de Salomon, donde por mucho tiempo se estuvieron defendiendo; y cuando ya declinaba el día, nuestros soldados penetraron en el templo, y furiosos degollaban á cuantos hallaban allí; y fué tal la matanza, que los cadáveres mutilados eran arrastrados por los torrentes de sangre hasta el átrio del templo, y nadaban sobre la sangre los brazos y manos cortadas, yendo á unirse con cuerpos á los que nunca habian pertenecido.”

Volviéndonos á la ciudad por el valle de Josaphat, encontramos á la caballería del bajá que volvía de su expedicion;

y no es posible pintar el orgullo y alegría de aquella soldadesca vencedora de los carneros, cabras, asnos y caballos de algunos pobres árabes del Jordán.

Hablaremos ahora de la especie de gobierno que hay en Jerusalem. 1º Un *Mosallam* ó *Sangiachey*, que es el comandante militar. 2º Un *Mula-Cady* ó ministro de policía. 3º Un *Mufty*, que es el gefe principal de los santones ó empleados de justicia. Cuando este mufty es un fanático ó un malvado, como el que habia entonces en Jerusalem, es la mas tiránica de todas las autoridades para los cristianos. 4º Un *Mutenely* ó aduanero de la mezquita de Salomon. 5º Un *Susbachí* ó *Preboste* de la ciudad.

Estos tiranos subalternos dependen todos, excepto el mufty, de un primer tirano, que es el bajá de Damasco, pues sin saber por qué, está sujeta Jerusalem al gobierno de esta ciudad, á no ser que lo atribuyamos al sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y por instinto. Como Jerusalem está separado de Damasco por grandes montes, y aun mas

por los árabes que hacen como intransitable el desierto, no siempre es fácil quejarse al baja de las injusticias y opresiones de los subalternos. Mucho mejor sería que dependiese del baja de Acre, que se halla allí cerca, pues los francos y los padres latinos podrian ponerse bajo la proteccion de los cónsules que hay en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian fácilmente quejarse de cualquier injusticia; pero esto es precisamente lo que se procura evitar, pues se quiere una esclavitud muda, y no insolentes oprimidos que se atrevan á decir que se les oprime.

Jerusalen está, pues, sujeto á un gobernador casi independiente, pues con toda impunidad puede hacer el mal que quiera teniendo contento al baja. Sabido es que en Turquía todo superior tiene derecho de delegar sus poderes á un inferior, y estos poderes se extienden siempre sobre las propiedades y la vida. Pagando algunas bolsas un genízaro puede convertirse en un pequeño agá: y este agá puede mataros cuando se le antoje,

ó permitiros que rescateis vuestra vida. De este modo se multiplican los verdugos en todos los lugares de Judéa. Lo único que se oye en este pais, la única justicia de que se trata es: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas: se le darán quinientos palos: se le cortará la cabeza.* Un acto de injusticia obliga á una injusticia mayor. Si un juez roba á un vecino, tiene que robar á otro mas, pues para libertarse de la fingida probidad del bajá, necesita tener, con un segundo crimen, con que pagar la impunidad del primero.

Se creera tal vez que cuando el bajá recorre los pueblos de su gobierno, remedia estos males y hace justicia á los oprimidos; pero el mismo bajá es el mayor azote de los habitantes de Jerusalem, los cuales temen su llegada cual si fuese la de un enemigo, y así es que cierran las tiendas, se esconden en las cuevas, huyen á los montes, ó fingen que se están muriendo echados sobre sus esteras.

Puedo atestiguar la verdad de estos hechos, pues que me hallé en Jerusalem cuando llegó el bajá. Abdallah es suma-

mente avaro, como casi todos los musulmanes; y como tiene el mando de la caravana de la Meca, con el pretexto de recoger dineros para proteger á los peregrinos, se cree con derecho para multiplicar las exacciones, valiéndose para ello de mil infames ardidés. La que mas comunmente usa es tasar á bajo precio todos los comestibles. Con esto el pueblo se alegra, y los mercaderes cierran sus tiendas, á lo que se sigue la escasez. El bajá trata secretamente con los mercaderes, y recibiendo de éstos algunas bolsas, les permite vender al precio que quieran. Para sacar ellos el dinero que han dado al bajá, lo ponen todo muy caro, y muriendo segunda vez el pueblo de hambre, se ve obligado para mantenerse á vender cuanto tiene.

He visto á este mismo Abdallah cometer una vejacion aun mas sagaz. Dije que habia enviado su caballería á robar á los labradores árabes que habitan al otro lado del Jordán. Estos infelices que habian pagado el miri ó impuesto, y que no se creían en guerra con nadie, fue-

ron sorprendidos en sus tiendas con sus ganados. Les quitaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro terneras, mil asnos y seis yeguas de la primera especie, y solo se escaparon los camellos siguiendo á un jeque que los llamo, pues estos leales hijos del desierto fueron a llevar su leche á sus amos que estaban en los montes, como si adivinasen que no tenían otro alimento que aquel.

No podria imaginarse un europeo lo que el bajá hizo de aquel botin. Tasó cada bestia en doble más de lo que valia, y las envió á los carniceros y gentes acomodadas de Jerusalem y lugares circunvecinos, para que se las comprasen, pena de la vida. No creería yo esto sino lo hubiese visto. Los asnos y los caballos quedan para la tropa, segun la costumbre de estos ladrones.

Luego que el bajá ha saqueado de este modo á Jerusalem se retira; y para no pagar la guarnicion de la ciudad, y aumentar la escolta de la caravana de la Meca, se lleva la tropa, y deja al go-

bernador solo con una docena de alguaciles, que no bastan para hacer respetar su autoridad y defender el pais. El año anterior, al en que yo estuve en Jerusalem, se tuvo que esconder en su casa, porque no le cogiesen unas cuadrillas de ladrones que pasaron por encima de las murallas de la ciudad y amenazaron saquearla.

Apenas se ha ido el bajá cuando, como consecuencia de su opresion, resulta otro mal, pues los lugares que han sido saqueados se sublevan, y unos á otros se acometen renovándose ódios y venganzas que son hereditarias. Cesa todo trato y tráfico: decae la agricultura, porque durante la noche el aldeano va á arrancar las viñas y olivares de su enemigo. Al año siguiente vuelve el bajá y saca el mismo tributo de un pais en el que se ha disminuido la poblacion y la riqueza; con lo que tiene que aumentar la opresion y destruir pueblos enteros. Con esto el desierto se hace cada dia mayor, y solo se ven á grandes distancias casarones arruinados, y espaciosos cementerios, quedan-

do pronto solo éstos para que se conozca el páraage en que hubo un lugar.

Habiendo visto cuanto habia que ver dentro y fuera de Jerusalem, traté de mi partida. Antes de verificarla, los religiosos quisieron concederme un honor, que ni habia pedido ni merecia, pues en consideracion á los ligeros favores que les habia hecho, me pidieron admitiese la órden del Santo Sepulcro. Esta órden que es muy antigua en la cristiandad, aunque no subamos su origen á Santa Helena, estaba antes muy extendida en Europa, pero ya solo se halla en Polonia y en España, y el guardian del Santo Sepulcro es el único que tiene derecho de conferirla.

Salimos á la una del convento y pasamos á la iglesia del Santo Sepulcro. Entramos en la capilla de los padres Latinos, y se cerraron cuidadosamente las puertas, temiendo que los turcos viesen las armas y matasen á los religiosos. El guardian se revistió con sus ropas pontificales: se encendieron las lámparas y las velas, y estando presentes todos los

religiosos se formaron en círculo dejándome en medio. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, el guardian subió al altar, y yo me arrodillé á sus pies. Sacó del tesoro del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofre de Bullon, que dió á dos religiosos que estaban á mi lado, y luego que hubo rezado las oraciones acostumbradas, y que me hubo hecho las preguntas que exige el estatuto, me calzó las espuelas, me dió tres veces en la espalda con la espada, y luego el abrazo como caballero.

Todos estos no son mas que recuerdos de costumbres que ya no existen: pero si se atiende á que me hallaba en Jerusalem, en la iglesia del Calvario, á doce pasos del Sepulcro de Jesucristo, á treinta del de Godofre de Bullon, que acababa de ponerme las espuelas del libertador del Santo Sepulcro, y de tocar aquella larga y ancha espada de hierro que habia manejado una tan noble y leal mano; y si se consideran tambien las particulares aventuras de mi vida, mis viages por mar y tierra, se verá que no

podía menos de estar muy conmovido con semejante ceremonia. Yo era frances, Godofre tambien lo era, y sus antiguas armas al tocarme, me inspiraron nuevo amor á la gloria y al honor de mi patria. Me dieron mi título con la firma del guardían y el sello del convento, y junto con este distinguido diplóma de caballero, me dieron tambien mi humilde patente de peregrino; y conservo ambas cosas como un testimonio de haber estado en la tierra de Jacob.

Ahora que voy á dejar la Palestina, deseo que el lector salga conmigo fuera de las murallas de Jerusalem, para ver por última vez esta extraordinaria ciudad. Detengámonos en la cueva de Jeremías, cerca de los sepulcros de los reyes. Esta cueva es muy espaciosa, y su bóveda se sostiene en unos pilares de piedra, y aquí dicen que fué donde el profeta cantó sus Lamentaciones, que en efecto parecen compuestas á la vista de la moderna Jerusalem, pues que naturalmente pintan el estado actual de esta aflagida ciudad.

“; Cómo esta ciudad antes tan llena de gentes, está ahora tan solitaria y afligida? La señora de las naciones está como viuda: sujeta se halla a los tributos la reina de las provincias.

„Lloran las calles de Sion porque nadie viene á sus solemnidades; todas sus puertas están destruidas; gimen sus sacerdotes; sus vírgenes están desfiguradas del dolor, y ella misma oprimida por la amargura.

„O vosotros todos los que pasáis por el camino, deteneos y mirad si hay un dolor igual al dolor mio.

„El Señor ha resuelto derribar las murallas de la hija de Sion: tendió su cuerda, y no apartó su mano hasta que todo fué destruido, cayó el antemuro, y tambien se disipó la muralla.

„Clavadas están en tierra sus puertas: rompió y quebrantó las barra que las sostenian: desterró á su rey y á sus príncipes entre las naciones: ya no hay ley, y sus profetas ya no reciben las proféticas visiones del Señor.

„Mis ojos se han debilitado de tanto

llorar: se conturbaron mis entrañas: cayó en tierra mi corazón viendo la ruina de la hija de mi pueblo, viendo á los niños, á los que aún eran de pecho, caer muertos en la plaza de la ciudad.

„¿Con quién te compararé, ó hija de Jerusalem? ¿á quién diré que te pareces.

„Cuantos pasaban por el camino daban palmadas viéndote: silvaron á la hija de Jerusalem, moviendo la cabeza y diciendo: ¿es esta aquella ciudad de perfecta hermosura, y que era el regocijo de toda la tierra?”

Vista Jerusalem desde el monte de las Olivas, al otro lado del valle Josaphat, presenta un plano inclinado sobre un terreno que baja de poniente á levante. Una muralla almenada y fortificada con torres, y un castillo gótico, circuye toda la ciudad, dejando fuera parte del monte Sion, que antes comprendia en su recinto.

En el barrio que está al poniente, y en el centro de la ciudad ácia el Calvario, las casas están bastantes juntas; pero al levante y á lo largo del valle de Ce-

drón, se hallan algunos espacios sin casas, y entre otros el que rodea á la mezquita edificada sobre las ruinas del templo, y el terreno casi despoblado donde estaba el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalem son cuadradas, muy bajas, y no tienen ni chimeneas, ni ventanas; y por techos terrados, ó bóvedas, semejándose á prisiones ó sepulcros. Todo apareceria á la vista de un nivel igual, si los campanarios de las iglesias, los minaretos de las mezquitas, las copas de algunos cipreses, y los bosques de nopalos no interrumpiesen la uniformidad del plan. Al ver estas casas de piedra en un terreno todo pedregoso, pregunta uno, si no son aquellos los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto.

Entrad en la ciudad, y nada podrá consolaros de la tristeza exterior: os perdeis en callejuelas que no están empedradas, que suben y bajan en un terreno desigual, y andais sobre montes de polvo ó de guijarros rodadizos. Varios tol-

dos que van de una casa á otra, aumentan la obscuridad de este laberinto: los bazares embobedados y de mal olor acababan de quitar la luz á la afligida ciudad: algunas tiendezuelas solo presentan miserables mercancías, y aun por lo comun están cerradas, temiendo que pase el cadí. Nadie se halla en las calles ni á las puertas de la ciudad, y solo algunas veces se ve escabullirse algun aldeano por los parages mas oscuros, escondiendo bajo sus ropas el fruto de su sudor, temiendo se lo quiten los soldados: allá en algun rinçon á lo léjos se ve al carnicero árabe degollar alguna res que tiene colgada al arruinado murallon, y al mirar uno su rostro feroz y atraidorado, sus brazos ensangrentados, mas bien creeria que acababa de asesinar á su semejante, que de degollar un cordero. No se oye mas ruido en la ciudad deicida que de cuando en cuando el galopar de la yegua del desierto, y es el genízaro que trae la cabeza del beduino, ó que vá á robar al Fellah.

Enmedio de esta extraordinaria tris-

teza, detengámonos un instante á considerar cosas aun mas extraordinarias. Entre las ruínas de Jerusalem veremos dos pueblos independientes que hallan en su creencia fuerzas para resistir á tantos horrores y miserias. Allí viven unos religiosos cristianos á quienes nada ha podido obligar á que abandonen el sepulcro de Jesucristo, ni robos, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Resuenan sus cánticos noche y dia delante del Santo Sepulcro. Si por la mañana los roba un gobernador turco, á la noche los volvereis á hallar al pie del Calvario orando en el mismo parage en que Jesucristo padeció por salvar á los hombres. Están sosegados y alegres, y con gusto hospedan al extranjero. Sin tener tropas ni fuerza alguna, amparan pueblos enteros, y los defienden de la iniquidad. Cuando las mugeres y los niños se ven perseguidos por el sable y el palo, se refugian á los claustros de estos solitarios. ¿Quién impide al malvado, que tiene las armas en la mano, que persiga á aquellos infelices, y derribe tan

*

débiles murallas? La caridad de los religiosos que se privan hasta de las cosas mas necesarias á la vida, para rescatar á los que imploran su favor. Turcos, árabes, griegos, y cristianos cismáticos, todos buscan el amparo de unos pobres religiosos que no pueden defenderse á sí mismos; y aquí debemos conocer con Bossuet, "que las manos levantadas al cielo, derriban mas batallones que las manos armadas de lanzas."

Mientras que la nueva Jerusalem sale de este modo del *desierto, resplandeciente de luz*, echad ahora la vista entre el monte Sion y el templo, y allí vereis otro pueblo que vive separado de los demas habitantes de la ciudad. Objeto particular del desprecio de todos, baja su cabeza sin quejarse, sufre todas las injurias sin pedir justicia, se deja matar á golpes sin suspirar, le piden su cabeza y la presenta á la cimitarra. Si algun individuo de esta sociedad proscripta llega á morir, su compañero irá durante la noche á enterrarle á escondidas en el valle de Josaphat, á la sombra del tem-

plo de Salomon. Si entraís en la morada de este pueblo, le hallareis sumergido en la mas asquerosa miseria, haciendo leer un libro misterioso á sus hijos, y los cuales lo harán leer tambien á sus nietos. Lo que este pueblo hacia cinco mil años há, lo hace aun. Diez y siete veces ha presenciado la ruina de Jerusalem; y nada puede desalentarle, nada puede impedirle el que vuelva sus miradas ácia Sion. Cuando uno ve á los judíos dispersos sobre la tierra, segun la palabra de Dios, se sorprende sin duda; pero no puede menos de tener como sobrenatural admiracion viéndole en Jerusalem; viéndolo á estos legítimos señores de Judéa, esclavos y extraños en su propio pais; viéndoles como aguardan, siempre oprimidos, un rey que los saque de la opresion. Abatidos bajo la cruz que los condena, y que está levantada sobre sus cabezas, ocultos cerca del templo, del que no queda piedra sobre piedra, aun permanecen en su deplorable ceguedad. Desaparecieron de la tierra los persas, los griegos y los romanos; y un pueble-

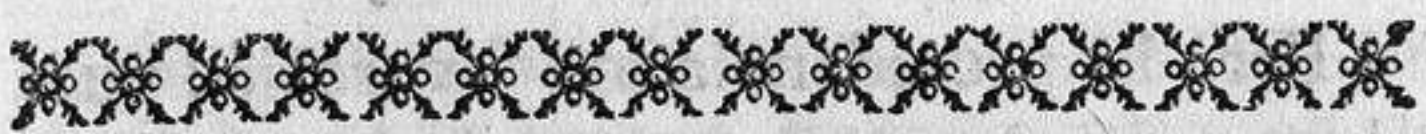
cito cuyo origen es anterior al de estas grandes naciones, aun subsiste, sin mezcla alguna con las demas gentes, en las ruinas de su propia patria. ¿Y qué cosa puede haber mas maravillosa hasta á los ojos del filósofo, que el encontrarse la antigua y la nueva Jerusalem al pie del Calvario? La primera afligiéndose al ver el sepulcro de Jesucristo resucitado, y la segunda consolándose cerca del único sepulcro que al fin de los siglos nada tendrá que volver á la tierra.

Dí gracias á los padres por su caritativa asistencia, y muy sinceramente les desee una dicha que no esperan en este mundo: al separarme de ellos tuve en verdad la mayor tristeza. No conozco martirio igual al de estos infelices religiosos: la situacion en que viven, se parece á la en que se estaba en Francia en tiempo del terrorismo. Yo iba á volver á mi patria á reunirme con mis parientes y amigos, y recobrar con ellos los placeres de la vida; y estos religiosos que tambien tienen parientes, amigos y patria, permanecen desterrados en

esta tierra de esclavitud. No todos tienen aquella fortaleza que hace á las gentes como insensibles á los pesares, y algunos me dieron á conocer con sus quejas, cuán grande era el sacrificio que hacian. Jesucristo, ¿no dijo en estos mismos parages que era amargo el cáliz? Sin embargo, lo bebió hasta la última gota.

El 12 de octubre monté á caballo con Ali-Agá, Juan, Julian, y el dragoman Miguel, y salimos de la ciudad por la puerta de los Peregrinos. Pasamos por el campamento del bajá, y antes de entrar en el valle del Terebinto, me detuve para mirar aun á Jerusalem, y por encima de sus murallas ví sobresalir la medianaranja del Santo Sepulcro. Ningun peregrino tendrá el gusto de verla, pues que ya no existe, y ahora el sepulcro de Jesucristo está expuesto á las injurias del aire. En otro tiempo toda la cristiandad hubiera acudido á restablecer este sagra- do monumento, pero actualmente nadie piensa en ello. Despues de haber estado contemplando á Jerusalem me metí entre

los montes. Eran las seis y veinte y nueve minutos cuando perdí de vista á la santa ciudad, de este modo el marinero señala el instante en que desaparece de su vista una tierra lejana que no volverá á ver.



PARTE SEXTA.

Viage de Egipto.

El día 13 al medio día llegué á Jafa y tuve el desconsuelo de no hallar ningún buque en el puerto, y andaba dudoso si me iria á embarcar á S. Juan de Acre, ó si haria el viage á Egipto por tierra: mas me hubiera agradado esto último; pero era imposible, pues cinco partidos armados se disputaban entonces la posesion del pais. Ibraim-Bey en el Alto Egipto, otros dos beyes independientes, el bajá de la Puerta en el Cairo, una tropa de albaneses sublevados, Elfi-Bey en el Bajo Egipto; y todos estos partidos infestaban los caminos, y los árabes aprovechándose del desorden, acababan de cerrar todos los pasos.

Pero la providencia me favoreció, pues al otro dia de mi llegada á Jafa, y cuando ya me disponia á partir para S. Juan de Acre, entró en el puerto una saica, en la que me embarqué el dia 16 para Alejandría. Tambien sentí mucho el separarme de los religiosos que aquí habia. Uno de ellos me dió cartas de recomendacion para España, pues luego que hubiese visto á Cartago, me proponia ver la Alhambra; de este modo aquellos religiosos que quedaban expuestos á mil peligros, pensaban aun en servirme al otro lado de los mares y en su propia patria.

Permanecí sobre el puente del buque todo el tiempo que pude descubrir las luces de Jafa, pues que mi embarque se verificó á las ocho de la noche. Confieso que sentia la mayor alegría pensando que acababa de cumplir una peregrinacion que tanto tiempo habia tenia pensada, y creía terminar pronto esta santa aventura, cuya parte mas peligrosa me parecia concluida. Cuando consideraba que habia andado casi solo el continente

y los mares de Grecia, y que aun me hallaba solo en un barquichuelo en lo interior del Mediterráneo, despues de haber visto el Jordán, el Mar Muerto, y Jerusalem, me parecia mi vuelta por Egipto, Berbería, y España, como la cosa mas fácil; pero me engañaba.

Me retiré á la cámara del capitan luego que perdimos de vista las luces de Jafa, saludando por la última vez las costas de la Tierra Santa; pero al amanecer del dia siguiente aun las descubrimos delante de Gaza. Mi navegacion desde Jafa á Alejandría duró solo cuatro dias, de manera que en mi vida he hecho otra ni tan ligera ni tan agradable, pues el cielo estuvo siempre descubierto, el mar sosegado, y el viento favorable.

El dia 17 y 18 atravesamos el golfo de Damiata, ciudad que viene casi á ocupar el sitio de la antigua Pelusa. Cuando un pais presenta grandes y numerosos recuerdos, la memoria para desahogarse de la multitud de cosas que la ocupan, se fija en una sola, y así me sucedió al pasar el golfo de Pelusa, pues

me recordé desde los primeros hasta los últimos Faraones, y acabé por pensar solo en la muerte de Pompeyo, traidora y cobardemente asesinado en aquellos mismos parages de orden de Ptolomeo.

El día 19, despues de haber estado otros dos sin ver tierra, descubrimos un promontorio bastante encumbrado, y se llama el cabo Brulos, que forma la punta mas septentrional del Delta. Ya advertí hablando del Gránico, que la ilusion de los nombres es cosa prodigiosa: el cabo Brulos no me ofrecia á la vista mas que un montecillo de arena; pero era la punta del cuarto continente, único que me quedaba por ver; era como un recodo del Egipto, origen de las ciencias, de las religiones y de las leyes, y ya no podia apartar los ojos de él. Al anochecer de aquel mismo dia descubrimos á la parte del suroeste algunas palmeras que parecian salir del mismo mar, pues no se veía tierra alguna. A la parte del Sur se percibia confusamente alguna cosa negruzca, con varios árboles entremedias, y éstas eran las ruinas de una

aldea, triste indicacion de la suerte del Egipto.

El 20 á las cinco de la mañana noté sobre la trémula y verde superficie del agua, como una barra de espuma, y al otro lado una corriente mansa y como pálida. El capitan vino á decirme en lengua franca *Nilo*. Al instante entramos en aquellas famosas aguas de las que quise beber, y me parecieron saladas. Algunas palmeras y un minareto, nos indicaron que estábamos frente de Roseta; pero aun no se veía tierra alguna, pareciéndose en esto á las lagunas de las Floridas, siendo por lo tanto el aspecto de esta costa del todo diferente del de Grecia y del de Siria, recordándome el efecto de un horizonte bajo los Trópicos.

En fin, á las diez de la mañana descubrimos un rastro de arena que se extendia al oeste hasta el promontorio de Abukir, por delante del cual se tiene que pasar para llegar á Alejandría. Entonces nos hallabamos enfrente de la embocadura del Nilo, en Roseta, é íbamos á atravesar el Bogaz. El agua del rio te-

nia allí un color rojo tirante al morado, y comenzaba hacía tiempo á bajar de su grande avenida. Dirigiéndonos siempre al oeste, llegamos á la extremidad, donde desagua esta inmensa esclusa. La línea de las aguas del rio y la del mar no se confundian, y chocándose levantaban espumosas olas que mutuamente se servian como de orillas.

A las cinco de la tarde, la costa que siempre habíamos tenido á la izquierda, mudó de aspecto. Las palmeras parecian alineadas sobre la orilla como las arboledas de nuestros paseos: de este modo la naturaleza se complace en recordar las ideas de civilizacion en el pais donde ésta tuvo su origen, y donde actualmente reinan la ignorancia y la miseria. Después de haber doblado la punta de Abukir, nos fué poco á poco faltando el viento, y solo pudimos entrar de noche en el puerto de Alejandria: no quise saltar en tierra y aguardé á que amaneciese sentado sobre el puente de nuestra saica.

De este modo tuve tiempo de abandonarme á mis reflexiones. A mi dere-

cha divisaba algunos buques y el castillo que ocupa el lugar de la torre del Faro; á mi izquierda me parecia que el horizonte terminaba en colinas, ruinas y obeliscos que con la sombra de la noche apenas podia distinguir: enfrente de mí corria una línea negra de murallas y de casas apiñadas: no se veía en tierra mas que una sola luz, ni se oía ruido alguno. Sin embargo, allí estaba aquella Alejandría rival de Memphis y de Thebas, que contenia tres millones de habitantes, que fué el santuario de las musas, y en donde en las tinieblas mismas de la noche resonaban los gritos de borrachera y desorden en las bacanales de Antonio y de Cleopatra. Pero en vano aplicaba yo el oido, un fatal talisman reducía al mas profundo silencio al pueblo de la nueva Alejandría: este talisman es el despotismo que ahoga toda alegría, y no permite ni siquiera las quejas del dolor. ¿Y qué ruido podria oirse en una ciudad, cuya tercera parte por lo menos se halla desierta, la otra son sepulcros, y la última, que vive en medio de estos dos ex-

tremos como muertos, es una especie de cadáver palpitante que no tiene fuerzas para mover sus cadenas entre ruinas y sepulcros?

El 20 á las ocho de la mañana, la chalupa de la saica me llevó á tierra, y pasé al instante á la casa del cónsul frances, á quien debí la acogida de un verdadero y sincero amigo.

No tienen que esperar mis lectores el que dé aquí una descripcion del Egipto. He hablado con alguna extension de las ruinas de Athenas, porque solo son bien conocidas de los aficionados á las nobles artes: he dado una exacta y detenida descripcion de Jerusalem, porque éste era el objeto principal de mi viage. Pero ¿qué podré decir del Egipto? ¿Y quién hay en el dia que no le conozca? El viage de Mr. de Volney es una obra clásica en todo lo que no pertenece á la erudicion; y en cuanto á ésta nada dejan que deseñar Sicard, Norden, Pococke, Shaw, Niebuhr, y algunos otros; los dibujos de Mr. Denon y las estampas publicadas por el instituto de Egipto, nos han presen-

tado á la vista los monumentos de Thebas y de Memphis: en fin, yo mismo he dicho cuanto tenia que decir sobre el Egipto, pues el libro de los Mártires en que hablo de esta antigua tierra, es el mas completo en punto á antigüedades, de toda la obra.

En tanto que se me proporcionaba embarcacion para pasar á Tunez, quise ver el Nilo y las pirámides, y para ello me embarqué en Roseta con otros dos franceses el dia 23, con direccion al Cairo. Salimos á la tardecita de Alejandria, llegamos aquella misma noche al Bogáz de Roseta, y pasamos la barra sin accidente alguno. Al amanecer nos hallamos á la entrada del Nilo, que presentaba su mas hermoso aspecto, pues llenaba sus márgenes sin rebosarse, dejando ver espaciosas llanuras sembradas de arroz, y muchas palmeras que parecian columnas y pórticos. Pronto llegamos á Roseta, y ví por primera vez aquel magnífico Delta, al que para ser feliz solo le falta un buen gobierno.

Aquí se nos reunió un muy atento co-

merciante frances que quiso acompañarnos al Cairo. Tomamos una barca, y para mas seguridad hicimos nos acompañase un soldado albanés. Mr. de Choiseul describe muy bien á estos soldados de Alejandro diciendo.

“Estos feroces albaneses serían aún héroes si los mandase un Scanderbeg, pero realmente no son mas que unos foragidos cuyo aspecto exterior manifiesta su ferocidad. Son altos, fornidos y ligeros: su ropa consiste en unos calzones muy anchos, en un tonelete pequeño, un chaleco guarnecido con muchas planchas, cadenas, y filas de gruesos botones de plata: llevan borceguies atados con correas que á veces suben hasta las rodillas para sujetar á la pierna unas planchas de metal que les sirven como de botas para montar á caballo. Llevan una especie de capa ó manto blanco galoneado y acuchillado de muchos colores, lo que hace el traje pintoresco, y no usan para cubrir la cabeza mas que un casquete encarnado que se lo quitan cuando entran en batalla.”

Los dos dias que estuvimos en Roseta los empleamos en ver esta ciudad árabe, que es muy bonita con sus jardines y bosques de palmeras.

El 26 al mediodía entramos en la barca adonde habia muchos pasajeros turcos y árabes, y comenzamos á subir por el Nilo. Á nuestra izquierda se extendia hasta perderse de vista una hermosa vega toda verde, y á la derecha se veía la orilla del rio muy bien cultivada; pero mas allá solo se descubrian los arenales del desierto. Varias palmeras desparramadas por aquellos campos manifestaban que allí habia algunos lugares. Las casas de estos son de tierra, y se levantan sobre montecillos artificiales; precaucion inútil, pues por lo comun no estan habitadas. Una parte del Delta se halla enteramente despoblada, pues los albaneses exterminaron millares de aldeanos ó fellahs, y los demas se refugiaron al Alto Egipto.

Habiendo tenido el viento contrario, tardamos siete dias en subir desde Roseta al Cairo. Hubimos tambien de dete-

*

nernos para que entrasen á bordo algunos albaneses, los cuales procediendo como furiosos, á todos amenazaban y apuntaban con sus escopetas, y como son medio mulsumanes y medio cristianos, ya invocan á Mahoma, ya á la Vírgen; sacaban un rosario del bolsillo, pronunciaban sucias palabras en mal frances, bebían vino sin cordura, tiraban escopetazos al aire, insultaban y maltrataban á todo el mundo. ¿Y es posible que estos bandidos albaneses, estos estúpidos musulmanes, estos fellahs tan cruelmente oprimidos, habiten la misma tierra donde vivió un pueblo tan industrioso, tan sábio, y tan amigo de la paz cual el egipcio, segun nos lo representan Herodoto y Diodoro Sículo?

Pasamos por el canal de Menuf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras que se halla junto al brazo occidental del rio que toca con el desierto líbico, infestado entonces por los árabes. Saliendo del canal de Menuf, y siguiendo agua arriba, descubrimos á nuestra izquierda la cumbre del monte Mo-

gattam, y á nuestra derecha los altos arenales de Libia. En el espacio que quedaba entre las dos cordilleras de montes, descubrimos bien pronto las puntas de las pirámides, aunque aún estábamos á diez leguas de ellas. Durante nuestra navegacion, que aún fué de ocho horas, permanecí sobre el puente contemplando estos sepulcros que parecian crecer y subir hasta el cielo conforme nos íbamos acercando á ellos. El Nilo, que parecia entonces un mar pequeño; la oposicion de los arenales del desierto, y de las vegas tan verdes y deliciosas; las palmeras, los sicómoros, las cúpulas, las mezquitas y los minaretos del Cairo; las lejanas pirámides de Sacarah, de donde el rio parecia salir como de un inmenso estanque, todo esto formaba un cuadro que no tiene igual en la tierra. "Pero por mucho que los hombres hagan, dice Bossuet, su pequeñez y miseria aparece en todo: estas pirámides eran sepulcros. Y aun sucedió que los reyes que las mandaron construir no fueron sepultados en ellas."

Confieso que al ver las pirámides me quedé admirado; bien sé que algun filósofo llorará ó reirá al considerar que la mayor obra de mano de los hombres, es un sepulcro; ¿pero por qué no se ha de querer ver en la pirámide de Cheope mas que un monton de piedras y un esqueleto? El hombre no ha erigido este sepulcro movido de la idea de la nada, sino de la de su inmortalidad: este sepulcro no es el límite que indica el fin de la carrera de un dia, sino la entrada de una vida sin fin; es una especie de puerta eterna levantada en los confines de la eternidad. “Todos estos pueblos, dice Diodoro Sículo, como tienen á la duracion de la vida por un tiempo muy corto y de poca importancia, atienden mucho á la larga memoria que deja la virtud, y por lo mismo llaman á las casas de los vivos posadas, por las cuales no se hace mas que pasar; pero dan el nombre de habitaciones eternas á los sepulcros de los muertos de donde no se sale. De este modo los reyes miraron con indiferencia las obras de sus palacios, y se

esmeraron en construir sus sepulcros.”

Se querría actualmente que todos los monumentos tuviesen una utilidad física, y no se atiende á que hay para los pueblos una utilidad moral de un orden muy superior, á la cual atendían las leyes de los antiguos. Por ventura, ¿nada enseña la vista de un sepulcro? Si algo enseña, ¿por qué nos quejaremos de que un rey haya querido hacer perpetua la lección? Los grandes edificios forman una parte esencial de toda sociedad humana. Á no ser que queramos defender que es igual para una nación el dejar ó no dejar un nombre en la historia, no se puede declamar contra estos edificios que hacen que la memoria de los pueblos sobreviva á ellos mismos, y que sean contemporáneos de las generaciones que vienen á fijarse en estos campos abandonados. Y entonces, ¿qué importa el que estos edificios hayan sido anfiteatros ó sepulcros? Todos son sepulcros en un pueblo que ya no existe. Cuando el hombre ha pasado, los instantes de su vida son aun mas vanos que los de su muerte: su mausoleo

es útil á lo menos á sus cenizas ; pero sus palacios , ¿ conservan alguna cosa de sus placeres ?

No hay duda en que si hablamos con rigor una pequeña hoya nos basta á todos , y seis pies de tierra habrán de contentar al mayor hombre del mundo. Se puede adorar á Dios bajo un árbol , como en la magnífica iglesia de S. Pedro: se puede vivir en una cabaña , cual en un palacio: el vicio de este razonamiento consiste en trasladar un orden de cosas á otro. Además de esto un pueblo no es mas feliz cuando ignora las artes , que cuando deja brillantes testimonios de su talento. Ya nadie cree en aquellos pueblos de pastores que pasan inocentemente su vida vagando por las florestas , pues se sabe que aquellos tan cándidos zagalos guerrear unos contra otros por robarse sus ganados. Sus grutas no están vestidas de frondosos pámpanos , ni adornadas con fragantes y hermosas flores , pues al contrario , en ellas ahoga el humo , y apesta el mal olor de agriada leche. Poética y filosóficamente un pueblo

medio salvaje puede gozar de todos los bienes; pero la inflexible historia lo sujeta á las calamidades de los demas hombres. Los que tanto declaman contra la fama, son precisamente los que mas la estiman. Pero yo, léjos de tener por un insensato al que hizo edificar la gran pirámide, le tengo por hombre de generoso y elevado ánimo. La idea de vencer al tiempo por medio de un sepulcro, y de obligar á las generaciones, á las costumbres, á las leyes, y á las varias edades, á venirse como á estrellar á los pies de una tumba, no pudo salir de un alma vulgar. Si esto es orgullo, es el mayor y el mas noble orgullo. Una vanidad como la de la gran pirámide que hace tres ó cuatro mil años que dura, podría en fin á fuerza de años ser contada por algo.

Pero estas pirámides me recordaron muy humildes monumentos que tambien eran sepulcros, y quiero hablar de aquellos edificios de céspedes que cubren las cenizas de los indios en las orillas del Ohio. Cuando los ví me hallaba en si-

tuacion muy diferente de cuando consideraba los mausoleos de los Pharaones; entonces comenzaba mis viages, y ahora los concluía. En estas dos épocas de mi vida, el mundo se me ha presentado precisamente bajo la imágen de los dos desiertos donde he visto estas dos especies de sepulcros: soledades floridas, y áridos arenales.

Llegamos al Cairo, y esta ciudad á la que dominan la antigua fortaleza de Babilonia y el monte Mogattam, ofrece un aspecto bastante pintoresco por las muchas palmeras, sicómoros y minaretos que se elevan en su recinto. Entramos por unos muladares y un arrabal destruido donde los buitres devoraban los animales muertos, y nos fuimos á apear al barrio de los francos que todas las noches se cierra cual si fuese un convento.

Un frances que desempeña el consulado de aquel pueblo, nos tomó bajo su amparo, dió parte al baja de nuestra llegada, y nos proporcionó cinco mamelucos tambien franceses para que nos escoltasen. Estos mamelucos servian al bajá

y eran del número de aquellos doscientos ó trescientos soldados nuestros que quedaron rezagados en Egipto, pero los cuales habian perecido la mayor parte por seguir los diferentes partidos que oprimian el país, y no haberse mantenido en buena union, como debian hacerlo por su propio interés.

Al otro dia de nuestra llegada al Cairo, que fué el primero de noviembre, subimos al castillo para ver el pozo de José, la mezquita, y demas curiosidades que en él se hallan. En este castillo vivia el hijo del bajá, el cual tendria unos quince años. Le hallamos en un gabinete miserable y medio arruinado, echado sobre una alfombra, y rodeado de una docena de cortesanos ó esclavos que bajamente le adulaban. Jamás he visto cosa mas sucia. El padre de este muchacho apenas era dueño del Cairo, y no poseía ni el alto ni el bajo Egipto. Y este bárbaro era el amo que los infelices egipcios esperaban despues de tantas desgracias. Tambien se fabricaba en este castillo una moneda de muy baja ley, y

para que los habitantes recibiesen sin quejarse tan mala moneda, y tan estúpido amo, estaban apuntando á la ciudad los cañones del castillo.

Quise mejor extender mi vista por el campo, y admirar desde lo mas encumbrado de la fortaleza el magnífico cuadro que presentaban á lo lejos el Nilo, el campo, el desierto y la pirámides. Parecia que estábamos tocando con éstas, y aun nos hallábamos á cuatro leguas de ellas. Claramente se veían las junturas de las piedras, y la cabeza de la Esfinje que salia de entre la arena; y con el anteojo distinguia claramente los ojos, la boca, y las orejas de ésta. Tan prodigiosa es su magnitud.

Memphis estuvo en las llanuras que se extienden al otro lado del Nilo hasta el desierto donde están las pirámides.

„Estos felices valles que dicen ser la morada de los hombres justos, no son en verdad mas que los hermosos campos que rodean al lago Aquerusia, cerca de Memphis, y que se dividen en campos sembrados de trigo ó de lotos. No sin mo-

tivo se dijo que allí habitan los muertos, pues que allí se van á enterrar la mayor parte de los egipcios, cuando despues que han pasado sus cadáveres por el Nilo y el lago, los depositan en fin en sepulcros contruidos bajo de tierra en estos campos. Las ceremonias que aun hoy en dia se ejecutan en Egipto, convienen con quanto los griegos nos dicen del infierno, como la barca donde pasan á los muertos, la moneda que es menester dar al barquero llamado Caron en lengua egipcia, el templo de la tenebrosa Hecate puesto á la entrada del infierno, las puertas del Cocyto y del Lethe sostenidas sobre quicios de bronce, y otras puertas que son las de la Verdad y de la Justicia, que está sin cabeza.”

Así habla Diodoro Sículo.

El dia 2 fuimos á Djize y á la isla de Roda, y vimos el Nilómetro en medio de las ruinas de la casa de Murad-Bey, con lo que nos acercamos bastante á las pirámides, que desde allí nos parecian de inmensa altura, y como las veía entre los arrozales, el rio, las copas de

las palmeras y sicómoros, parecían colosales edificios levantados en magníficos jardines. La luz del sol, de suave resplandor, doraba la árida cordillera del Mogattam, los arenales Líbicos, el horizonte de Sacarah, y la llanura de los Sepulcros. Un fresco vientecillo empujaba las blancas nubes ácia la Nubia, y blandamente agitaba las aguas del Nilo. El Egipto me ha parecido el mas hermoso pais de la tierra, me agradan hasta los desiertos que le circuyen, y que abren á la imaginacion los campos de la inmensidad.

Volviendo de este viage vimos la mezquita abandonada de que hablé con motivo del El-Sahcra de Jerusalem, y que me parece ser el original de la catedral de Córdoba. Pasé otros cinco dias en el Cairo con la esperanza de ver de cerca y recorrer los sepulcros de los Pharaones, pero fué imposible, pues las aguas del Nilo no habian bajado bastante para que se pudiese ir por tierra, ni estaban tan altas que se pudiese uno acercarse en barco. Viendo, pues, que era menester esperar aún tres semanas ó un mes; temiendo

verme precisado á pasar el invierno en Egipto porque iban á reinar los vientos de poniente, con lo que me exponia á no volver á Francia, desistí de mi intento.

Volviendo del Cairo á Roseta, embarcados por el Nilo, estuvimos en grande peligro de ser muertos por los arabes y albaneses que estaban acampados en ambas orillas. Pero habiendo escapado con bastante felicidad, llegamos á Roseta el día 11 á las diez de la mañana. Aún me detuve aquí dos dias, y el 13 salí para Alejandría, adonde llegué el mismo día á las siete de la noche. Ya me tenían dispuesto un buque austriaco para pasar á Tunez, pero el mal tiempo dilató nuestra partida por diez dias.

Aún logré en Alejandría una de aquellas satisfacciones del amor propio que tanto lisongean á los autores, y que tanto me habian envanecido en Sparta. Un turco (1) rico, viagero y astrónomo, lla-

(1) Es extraño que el autor no conociese ó supiese que el fingido turco era un viagero español.

mado Ali-Bey el Abassy, oyendo mi nombre dijo que conocia mis obras. Fui á hacerle una visita acompañado del cónsul. Al instante que me vió exclamó: ¡Ah, mi querido Atala, y mi querida Renato! Ali-Bey me pareció en aquel instante digno de descender del gran Saladino, y aun todavía estoy algo persuadido de que es el turco mas sabio y mas cortés del mundo, aunque no conoce muy bien el género de los nombres en frances; pero *non ego paucis offendar maculis*.

Al mismo tiempo que me habia agradado el Egipto, me pareció Alexandría el parage mas triste y solitario de la tierra. Desde el terrado de la casa del cónsul, solo descubria yo un solitario mar, cuyas olas venian á estrellarse contra la costa que era muy baja, los dos puertos casi sin buque alguno, el desierto Líbico que iba á perderse en el horizonte del mediodía. Este desierto parecia, por decirlo así, extender y aumentar la amarillenta é igual superficie del agua; por manera que se creería ver un solo mar, cuya mitad era borrascosa y alborotada,

y la otra inmóvil y silenciosa. Por todas partes veía confundidas las ruinas de la nueva Alejandría con las de la ciudad antigua. Encontraba de cuando en cuando algun árabe corriendo á galope sobre un asno por entre estas ruinas, y algunos perros flacos devorando los camellos muertos. Las banderas de los cónsules europeos ondeaban sobre sus habitaciones, brillando los colores ó insignias enemigas enmedio de aquellos sepulcros. Algunas veces montaba á caballo con el cónsul, é íbamos á pasearnos á la ciudad antigua, á Necropolis, ó al desierto. La planta que dá la sosa apenas cubria aquel estéril arenal: los chacales huían al acercarnos nosotros: se oía el importuno chillido de una especie de grillo, que recordaba la morada del labrador en aquella soledad donde nada os incita á acercaros á la tienda del árabe. Estos parages son tanto mas tristes, cuanto que los ingleses inundaron el grande espacio que servia como de jardin á Alejandría; de manera que la vista no descubre ya mas que arena, agua, y la

perpetua columna de Pompeyo.

Habiéndose levantado un viento favorable el 23 de noviembre al medio dia, pasé á bordo de mi embarcacion, en la que hallé un rabino de Jerusalem, un berberisco, y dos pobres moros de Marruecos que volvian de la peregrinacion de la Meca, y descendian tal vez de los Abencerrages. Salimos del puerto á las dos de la tarde; pero como teniamos poco viento, y era de la parte del medio-dia, permanecimos tres dias á la vista de la columna de Pompeyo, que descubriamos al horizonte. La noche del dia tercero se levantó viento de norte y nos dirigimos al occidente. Procuramos tomar el canal de Libia, pero el viento se puso al noroeste el 29 de noviembre, y anduvimos bordeando entre la isla de Creta y la costa de Africa.

Despues de mil variaciones que tuvo el tiempo, vino á declararse una tempestad que no cesó hasta que llegamos á Tunez; por manera que nuestra navegacion fué como un continuo naufragio de cuarenta y dos dias, en los que los

vientos nos arrojaron sucesivamente á las costas de Caramania, á la isla de Rhodas, á la de Scarpanto, llamada antes Carpathos, célebre solo por algunos versos de Virgilio en sus geórgicas.

*Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Ceruleus Proteus, etc.*

En el Carpacio golfo de Neptuno
Un adivino hay, dicho Protéo,
Que en poderosos carros de caballos
Marinos es llevado por las ondas,
Y aquel mar en contorno lo rodea,
A los puertos de Emacia ahora visita,
Y á su patria Palene dél amada.
Las ninfas á este todas veneramos,
Y el antiguo Neréo, porque aqueste
Entiende, y sabe todo cuanto se halla
Lo presente, pasado, y lo futuro,
Que así lo quiso aquel gran Dios Neptuno,
Del cual en el gran piélago Protéo
Unos grandes rebaños apacienta
Dentro del mar, y las inmensas focas.

El dia 12 á las seis de la noche el viento se volvió á la parte del sur, y yo rogué al capitan que tirase ácia la isla de Creta. Al amanecer del siguiente dia nos hallamos entre un archipiélago de is-

*

lotes y escollos, y nos decidimos á tomar puerto en la isla de Stampalia, que teniamos á la vista.

En este miserable puerto no se veía buque alguno, ni casas en la costa, y solo se descubria en la punta de una roca una miserable aldea. Bajé á tierra con el capitan, y recorrí la isla, en la que no hallé mas que algunos matorrales y varios arroyuelos. Sin embargo, los antiguos la llamaban la *Mesa de los dioses*, á causa de las muchas flores que producía. Se la conoce mas bien con el nombre de *Astypalea*, y en ella habia un templo dedicado á Achiles. Nuestros marineros embarcaron agua, y el capitan compró unos pollos y un cerdo vivo.

Volvimos á hacernos á la mar el día 16, soplando siempre el viento de mediodia, y al ponerse el sol descubrimos la isla de Creta, y el día 17 el monte Ida, cuya cumbre cubierta de nieve parecia una inmensa cúpula. Tiramos luego ácia la isla de Cérigo, que tuvimos la dicha de pasar el día 18. El 19 volví á ver la Grecia y saludé al Tenaro. Le-

vantóse, con sumo gozo nuestro, una borrasca de sureste, y en cinco dias nos puso en las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera del día de Navidad; pero este mismo dia, habiendo mudado el viento al O. N. O., nos echó ácia Lampedusa. Permanecimos diez y ocho dias sobre la costa oriental del reyno de Tunez, entre ía vida y la muerte. Jamas olvidaré el dia 28. Estábamos á la vista de la Pantalera: al mediodia sobrevino de pronto una profunda calma: el cielo alumbrado con pálida luz, amenazaba tempestad. Al ponerse el sol cerró la noche con tanta obscuridad que justificó á mis ojos la excelente expresion de Virgilio: *Ponto nox incubat atra*. Oímos luego un espantoso ruido. Un huracan acometió al navío, y le hizo dar vueltas como si fuese una pluma. En un instante se alborotó en tales términos el mar, que no parecia sino una espumosa cascada. El navío que ya no obedecia al timon, era como un punto tenebroso en medio de aquella terrible blancura: el torbellino parecia levantarnos y arran-

carnos de las olas: dábamos vueltas por todos lados sumergiéndonos en las aguas ya de popa ya de proa. Luego que amaneció, vimos el gran peligro que corríamos, pues casi tocábamos con la isla de Lampedusa. Aquel mismo huracan hizo naufragar junto á la isla de Malta á dos buques de guerra ingleses, de lo que hablaron las gacetas de aquel tiempo. Como creíamos inevitable nuestra ruina, escribí un papel en estos términos: "F. A. de Chateaubriand naufragó en la isla de Lampedusa el 28 de diciembre de 1806, volviendo de la Tierra Santa." Encerré este papel en una botella vacía, con la intencion de echarla al mar en el último instante.

La providencia nos salvó, pues mudándose un poco el viento, caimos al sur de Lampedusa, y nos hallamos en mar libre. Subiendo siempre el viento al norte, nos determinamos á poner una vela, y nos tiramos á la pequeña Syrte, cuyo fondo se vá siempre elevando hasta la orilla; por manera que caminando con la sonda en la mano, se fondea con el

agua que se quiere. La poca profundidad del agua en estos parages, hace que el mar esté en calma enmedio de las mayores tempestades, y esta costa rasa, que tan peligrosa era para los barcos de los antiguos, es una especie de puerto para los navíos modernos.

○ Anclamos delante de las islas Kerkeni, cerca de la línea de las pesquerías. Estaba yo tan cansado de esta larga travesía que hubiera querido desembarcar en Sfax, y pasar de allí por tierra á Tunez; pero el capitan no se atrevió á buscar el puerto, cuya entrada es en efecto peligrosa. Permanecimos ocho dias anclados en la pequeña Syrte, donde ví comenzar el año de 1807. ¡Bajo cuántos astros, en cuán diversas fortunas habia yo visto renovarse para mí los años que pasan tan pronto, ó que son tan largos! ¡Cuán distantes estaban ya de mí aquellos tiempos de la niñez, en que saltando mi corazon de gozo, recibia las bendiciones y los aguinaldos de mis padres! ¡Cuán deseado era aquel primer dia del año! Y ahora en un navío de extra-

ña gente, enmedio del mar, á la vista de una tierra bárbara; este primer dia, rápidamente pasaba para mí sin amigos, sin placeres, sin los abrazos de mi familia, y sin aquellos tiernos deseos de felicidad que una madre forma tan sinceramente por su hijo! Este dia, que nació en el seno de las tempestades, solo me traía penas, amarguras, canas. Sin embargo determinamos celebrarlo, y matamos los pollos que nos quedaban, menos un valiente gallo que habia sido nuestro fiel relox, no dejando de velar y cantar enmedio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco, y los dos moros, salieron de la sentina del buque, y vinieron á recibir su aguinaldo á nuestro banquete. Bebimos á la salud de Francia: no estabamos léjos de la isla Loto-phagites, donde los compañeros de Ulises se olvidaron de su patria, pero yo no conozco fruta alguna por sabrosa que sea, que pueda hacerme olvidar de la mía.

Tocabamos casi con las islas Kerkeni, que son las *Cercinœ* de los antiguos, y

en las que en tiempo de Strabon, como ahora, habia pesquerías. Estas islas presenciaron dos grandes golpes de fortuna, pues sucesivamente vieron pasar fugitivos á Anibal y á Mario. Estabamos muy cerca de Africa (*Turris Annibalis*) donde este héroe se hubo de embarcar huyendo de la ingratitude de los cartagineses.

El 6 de enero de 1807, habiendo cesado en fin la tempestad, dejamos la pequeña Syrte, y subimos por la costa de Tunez durante tres dias, y el 10 doblamos el cabo de Bona, objeto de todas nuestras esperanzas. El dia 11 fondeamos en el cabo de Cartago. El 12 anclamos delante de la Goleta, escala ó puerto de Tunéz, y habiéndose enviado la chalupa á tierra escribí al cónsul frances, por cuyo medio logré permiso de desembarcar el dia 18 sin sufrir la cuarentena. Con la mayor alegría salté en tierra, tomé caballos en la Goleta, dí la vuelta al lago, y llegué á las cinco de la tarde casa del cónsul.



SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

Viage á Tunez y vuelta á Francia.

Hallé en casa del cónsul la mas generosa acogida y el trato mas amable, viviendo como uno de su familia, durante seis semanas, y gozando del descanso que tan necesario me era ya. Se acercaba el carnabal, y solo se pensaba en banquetes y fiestas. Las cenizas de Dido y las ruinas de Cartago oían los violines franceses. No nos cuidabamos de Scipion, ni de Anibal, ni de Mario, ni de Caton de Utica, á quien hubieramos hecho beber (pues le gustaba el vino) si se le

hubiese antojado el reprendernos, y solo hubieramos respetado á S. Luis por ser frances; pero aquel rey que tan bueno y heróico era, no habria llevado á mal que sus vasallos se divirtiesen en el mismo parage en que tanto habia padecido él.

No es posible borrar el carácter nacional. Nuestros marinos dicen que en las nuevas colonias los españoles comienzan por edificar una iglesia, los ingleses una taberna, y los franceses una fortaleza; y yo añado que una sala de bayle. Me hallaba yo en América en las fronteras del pais de los salvages, y supe que á la primera jornada encontraria entre los indios un compatriota mio. En efecto, habiendo llegado á la tribu de los Cayugas, que forma parte de la nacion de los iroqueses, mi guia me llevó á un bosque, enmedio del cual se veía una especie de granja, y en ella hallé unos veinte salvages hombres y mugeres, embadurnados como hechiceros, medio desnudos, con las orejas recortadas, plumas de cuervos en la cabeza, y anillos colgando de las narices. Un francesillo

todo rizado y empolvado á la moda antigua con su casaca de militar, sus vueltas y chorreras de musolina, mal arañaba un violin, para que baylasen los iroqueses las contradanzas que les habia enseñado, pues que su oficio era el de maestro de bayle de los salvages, los que le pagaban sus lecciones en pieles de castor y jamones de oso. Mas antes habia sido galopin de cocina del general Rochambaud, durante la guerra de América; y habiéndose quedado en Nueva Yorck se determinó á enseñar las artes agradables á los americanos; y engrandeciéndose sus ideas con el buen éxito, cual un nuevo Orfeo, fué civilizando las vagabundas y agrestes naciones del Nuevo Mundo. Hablándome de los indios, me decia muy cortesmente: *estos señores salvages*, alabando sobremanera la agilidad de sus discípulos; y en efecto, en mi vida he visto mas espantosos saltos que los que daban aquellos diablos, cuando tocándoles el violin les decia en iroques: *á su puesto cada uno*. Tambien nosotros baylabamos sobre las ruinas de Cartago. Pe-

ro hablemos de Tunez, pues hay pocos viages que traten de las antigüedades de Africa. Esta ciudad viene á conservar su nombre antiguo, pues los griegos y los latinos la llaman *Tunes*, y Diodoro la dá el sobrenombre de Blanca, por serlo la colina sobre que está fundada, y se halla á doce millas de las ruinas de Cartago, casi á las orillas de un lago de agua salada, pues comunica con el mar por medio de un canal llamado la Goleta, y el cual está defendido por una fortaleza del mismo nombre. Los buques mercantes fondean debajo del cañon de la Goleta, pagando un derecho muy grande de ancorage.

El lago de Tunez podia servir de puerto á las escuadras de los antiguos; pero en el dia cualquiera de nuestros barcos tiene trabajo en pasar sin barar, pues es menester cuide de seguir el canal principal demarcado por estacas clavadas en el légamo del fondo. Abulfeda señala en este lago una isla que ahora sirve de lazareto. Los viageros nos hablan de unas aves que hay en el lago llamadas flamen-

cos ó phenicopteros. Cuando estas hermosas aves vuelan cara al sol, alargando su cuello y piernas, parecen flechas con plumas de color de rosa.

Para llegar á Tunez yendo desde las orillas del lago, se pasa por un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está amurallada, y puede tener una legua de circuito comprendiendo el arrabal exterior llamado Bled-el-Hadrah. Las casas son bajas, las calles estrechas, las tiendas pobres, y las mezquitas miserables. La gente anda poco por las calles, y parece huraña y agreste. A las puertas de la ciudad se hallan los que llaman *Siddi* ó santones; y son unas negras y negros enteramente desnudos, cubiertos de inmundicia, y los cuales con el mayor descaro é insolencia piden limosna; pero todos los respetan porque están bajo la inmediata proteccion de Mahoma. Lo restante de la poblacion la componen los mercaderes europeos, los soldados turcos que vienen de Smirna, los moros, los renegados y los cautivos.

Los campos de Tunez son muy agra-

dables, y consisten en grandes llanuras sembradas de trigo, y cercadas de colinas llenas de olivares y algarrofales. Un acueducto moderno de agradable vista, atraviesa por un valle que está detrás de la ciudad, y en este valle tiene el dey su casa de campo. Desde la misma ciudad se ven por la parte de mediodia las colinas de que acabo de hablar; al oriente el monte Mamelifo muy trastornado por el antiguo volcan, y á cuyo pie se hallan las aguas termales tan conocidas de los antiguos. Al oeste y al norte se descubre el mar, el puerto de la Goleta, y las ruinas de Cartago.

Sin embargo, los tunecinos son menos crueles, y están mas civilizados que los argelinos; y así es que ampararon á los moros andaluces, que habitan el lugar de Tub-Urbo, á seis leguas de Tunez, á la orilla del Me-Jerdah, que es el Bragada de los antiguos, donde Régulo mató la famosa serpiente. El dey actual es un hombre de talento, y procura hacerse independiente de Argel, á quien está sujeto Tunez desde la con-

quista que de él hicieron los argelinos en el año de 1757. Este príncipe habla italiano, su conversacion es agradable, y entiende mejor que la mayor parte de los orientales la política europea. Es bien sabido que S. Luis sitió á Tunez en 1270, y que Cárlos V. la tomó en 1535, despues de haber vencido al famoso Barba-Roja, y restablecido en su trono al rey de Tunez, obligándole á que pagase tributo á España. Cárlos V. quedó dueño de la Goleta, que los turcos recobraron en 1574.

Sabido es que el año 883 antes de nuestra era, viéndose precisada Dido á huir de su patria, llegó al Africa y fundó á Cartago. Conocido es tambien el feliz anacronismo de la Eneida, y tal es el mérito de este poema que las poéticas desgraciadas de Dido forman parte de la gloria de Cartago. Al ver uno las ruinas de esta ciudad, busca las llamas de la funebre pyra; cree oir las impresiones de una muger abandonada, admira aquellas ingeniosas fábulas que pueden entretener á la imaginacion en pa-

rages llenos de los mayores recuerdos de la historia. Y en verdad cuando una reina, agonizando ya, llama en los muros de Cartago á las deidades enemigas de Roma, y á los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus sorda á los ruegos del amor oye los del ódio, rehusando á Dido un descendiente de Eneas, y concediéndola un Anibal; semejantes maravillas expresadas en una lengua maravillosa, no pueden menos de ser admiradas. Entonces la historia es hija de las Musas, y la ficcion adquiere tanta importancia como la verdad misma.

Despues de la muerte de Dido, la nueva colonia estableció un gobierno, cuyas leyes alaba Aristóteles. Se equilibró tambien el poder entre las dos primeras magistraturas, la de los nobles y del pueblo, que duraron siete siglos sin destruirse, conmoviéndolas solo muy poco algunas sediciones populares ó conspiraciones de los grandes. Y como las guerras civiles, aunque dan origen á algunos delitos públicos, producen tambien las virtudes de los particulares, la república ganó

mas que perdió en estas desavenencias, y si Cartago no duró tanto como su rival, á lo menos en ella la libertad acabó cuando la patria.

Pero como las naciones mas libres no suelen ser las mas justas con las demas, vemos á los cartagineses emprender antes de la primera guerra púnica, otras que les deshonoran. Esclavizaron á aquellos pueblos de la Bética, cuyo valor no pudo defender á su virtud: se unieron con Xerxes, y perdieron una batalla contra Gelon el mismo dia que los lacedemonios perecieron en las Thermópilas. Pero los hombres aprecian tanto y con razon, las acciones heróicas, que nadie se acuerda de los ochenta mil cartagineses degollados en los campos de Sicilia, al mismo tiempo que de continuo se celebra á los trescientos spartanos que murieron por obedecer á las santas leyes de su pais.

La grandeza de la causa, y no la de los medios, es la que conduce á la verdadera fama; y en todos tiempos el honor es el que constituye la parte mas sólida de la gloria.

Despues que los cartagineses lucharon sucesivamente contra Agatocles en Africa, y contra Pyrrho en Sicilia, vinieron á las manos con la república romana por una ligera causa. En la primera guerra púnica, Régulo llegó á las puertas de Cartago, y habiendo sido vencido y hecho prisionero, por no faltar á la fé del juramento volvió al poder de los cartagineses, los que le hicieron morir en crueles suplicios. En la segunda guerra púnica, Scipion venció á Anibal en Zama. Anibal prófugo y perseguido en todas partes por los romanos, tomó un veneno por libertarse de ignominiosa muerte, diciendo: "Quitemos á los romanos el temor que les causa un anciano desterrado, desarmado, y rendido." La tercera guerra púnica concluyó con la ruina espantosa de Cartago; y en ella otro Scipion acabó enteramente con la rival de su patria. En esta guerra la muger de Asdrubal tuvo el bárbaro heroismo de degollar á sus hijos, y arrojarse con ellos en las llamas, por no servir de adorno al triunfante carro del vencedor.

*

De este modo acabó la patria de Dido, de Sophonisba, y de Anibal. Floro quiere que se juzgue de la grandeza de aquella calamidad, por el incendio, que duró diez y siete dias enteros. Scipion lloró la suerte de Cartago, y viendo el incendio que reducía á cenizas una ciudad antes tan floreciente, no pudo menos de considerar las revoluciones de los imperios; y repitió los siguientes versos de Homero, aplicándolos á la futura suerte de Roma. "Llegará un tiempo en que se verán perecer los sagrados muros de Ilion, el belicoso Priamo, y todo su pueblo." Corinto fué destruido el mismo año que Cartago; y un mancebo de aquella ciudad al verla toda abrasada, repitió como Scipinion otros versos de Homero. "¡Qué hombre es éste á quien toda la antigüedad invoca á la caída de los imperios, y al espectáculo de las calamidades de los pueblos, como si no pudiese haber ninguna cosa grande ni trágica, sin que él la presencié; y como si todas las penas humanas estuviesen bajo el imperio del cantor de Ilion y de Hector!"

Apenas fué destruida Cartago, cuando una deidad vengadora pareció salir de sus ruinas. Roma perdió sus buenas costumbres, y vió nacer en su propio seno las civiles guerras; y esta corrupcion y estas discordias comienzan en las mismas costas de Cartago. Scipion que habia destruido esta ciudad, fué asesinado por sus mismos parientes: los hijos del rey Masinisa, que fué causa de que triunfassen los romanos, se mataron unos á otros sobre el sepulcro de Sophonisba: los despojos de Syphax sirvieron á Yugurta para corromper y vencer á los descendientes de Régulo. “¡O ciudad venal! exclamó el príncipe africano saliendo del Capitolio, ¡cuán pronto perecerias si encontrases quien te comprase!” Yugurta hace pasar bien pronto bajo ignominioso yugo á un ejército romano casi á la vista de Cartago, y renueva esta vergonzosa ceremonia como para alegrar á los manes de Anibal; pero en fin, cae en manos de Mario, y pierde el juicio en medio de la pompa triunfal. Los lictores le desnudan de todas sus ropas, le arran-

can los pendientes de las orejas, y le encierran en un hediondo calabozo donde este rey justifica al exhalar el último suspiro, lo que habia dicho de la codicia de los romanos.

Pero la victoria lograda sobre el descendiente de Masinisa, produjo entre Sila y Mario aquella rivalidad que cubrió á Roma de luto. Viéndose Mario obligado á huir de su enemigo, vino á buscar un asilo entre los sepulcros de Hannon y de Hamilcar. Un esclavo de Sextilio, prefecto de Africa, trae á Mario la orden de salir de entre aquellas ruinas que le servian de amparo; y el terrible cónsul le responde: "Vé y dí á tu Señor que has visto á Mario fugitivo, sentado sobre las ruinas de Cartago.

» Mario y Cartago, dicen un historiador y un poeta, se consolaban mutuamente de su suerte, y abatidos ambos, perdonaban á los dioses."

En fin, la libertad de Roma espira á los pies de Cartago destruida y encadenada. La venganza es completa: un Scipion cae en Africa vencido y muerto por

César, y su cuerpo es juguete de las olas que trajeron los triunfantes bajeles de sus abuelos.

Pero Caton vive aún en Utica, y con él Roma y la libertad. Acércase César: cree Caton que los dioses abandonaron su patria: pide su espada: tráesela un muchacho: Caton la saca de la vaina, toca la punta y dice: Dueño soy de mí mismo. Se acuesta en seguida, y lee dos veces el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y luego se duerme. El gorgceo de los pajarillos le despierta al rayar el alba y segun su creencia piensa que ya es tiempo de mudar una vida libre por otra inmortal: pásase la espada por el vientre: cae de su cama, y lucha con la muerte. Viene gente en su socorro: le vendan la herida; pero cuando vuelve del desmayo en que habia caído, se quita las vendas y se arranca las entrañas.

Habiéndose mudado la suerte de Roma republicana, se mudaron tambien las leyes y los hombres, é igualmente cambió la suerte de Carrago. Anteriormente

Tiberio Graco habia fundado una colonia en el desierto recinto de la ciudad de Dido; pero sin duda no prosperó, pues que Mario no encontró en Cartago mas que cabañas y ruinas. Hallándose Julio César en África, tuvo un sueño en el que creyó ver un grande ejercito que le llamaba llorando, y entonces pensó en reedificar á Corinto y á Cartago, porque sin duda se le representaron los soldados como los de estas dos ciudades. Augusto, que tuvo parte en todos los furores de una sangrienta revolucion, y que todos los supo reparar, cumplió las intenciones de César, con lo que se reedificó á Cartago en términos que Strabon asegura que en su tiempo ya era muy floreciente. Fué luego la metrópoli del África, célebre por sus buenos estudios y la urbanidad de sus habitantes; y tambien produjo muy grandes y felices ingenios. Tertuliano la dirigió su Apología contra los gentiles; pero Cartago siempre cruel en su religion, persiguió á los cristianos inocentes, qual habia quemado á sus propios hijos en honor de Saturno. Martiri-

zó al ilustre S. Cipriano, que había restablecido la elocüencia latina. Arnobio y Lactancio sobresalieron en Cartago, y el último mereció el dictado de Ciceron cristiano.

Sesenta años despues, S. Agustin adquirio en la capital del África aquella inclinacion á los placeres, que luego tuvo que llorar toda su vida á ejemplo del rey Profeta. Conmovida su viva imaginacion con las ficciones poéticas, gustaba buscar las ruinas del palacio de Dido. Los desengaños que produce la edad, y el hastío que se sigue á los placeres, condujeron al hijo de Santa Mónica á ideas mas sensatas. S. Ambrosio concluyó la victoria; y Agustino inspirado por la divina gracia, fué un modelo de virtud, y ascendió al obispado de Hippona. Su casa parecia un monasterio donde no habia afectacion alguna, ni en la pobreza, ni en la riqueza. Vestido aquel venerable prelado, modesta, pero aseadamente, huía de las galas, diciendo que no convenian ni á su ministerio, ni á sus canas. Ninguna muger entraba en su casa,

ni aun su propia hermana, que era una virtuosa viuda. Obsequiaba y aun regalaba á sus huéspedes, contentándose por su parte con legumbres y frutas. Se ocupaba principalmente en asistir á los pobres y en predicar la palabra de Dios; y en estos santos ejercicios le hallaron ocupado los vándalos que vinieron á sitiar á Hippona el año 431, mudando enteramente la suerte del África.

Los bárbaros habian invadido ya las grandes provincias del imperio, y Alarico habia saqueado á Roma. Los vándalos, ó huyendo de los visigodos, ó llamados por el conde Bonifacio, pasaron en fin de España á África. Segun Propio eran del linage de los godos, y reunian el fanatismo de su secta á su natural ferocidad. Habiendo sido convertidos al cristianismo pero contaminados con los errores de Arrio, persiguieron á los católicos con inaudito furor. Su crueldad no tuvo ejemplo: cuando eran rechazados del sitio de cualquiera plaza, mataban allí mismo á los prisioneros; y dejando los cadáveres expuestos al sol, ha-

cian de este modo que el aire introdujese la peste en el pueblo que no habian podido conquistar. Atemorizóse toda el África al ver esta casta de hombres, ó gigantes medio en eueros, que trataban á los pueblos vencidos como bestias, llevándolos delante cual rebaños, y degollándolos cuando les parecia.

Gensérico hizo á Cartago corte de su imperio. Este rey era muy apropiado para mandar á aquellos bárbaros; tenia un genio sombrío, y padecia arrebatos de melancólica demencia; y como se habia elevado sobre ruinas, parecia grande en el naufragio general del mundo civilizado.

En medio de sus desgracias, aun debia disfrutar la ciudad de Dido su última venganza. Gensérico pasó los mares, y tomó á Roma, permitiendo á sus soldados que la saqueasen durante catorce dias seguidos. Hecho esto se volvió á embarcar, y la escuadra del nuevo Anibal trajo á Cartago los despojos de Roma, cual la escuadra de Scipion habia llevado á Roma los despojos de Cartago. Todos los navíos de Gensérico, dice Proco-

pio, llegaron felizmente al África menos el que traía á los dioses.

Habiéndose consolidado Gensérico en su nuevo imperio, salía todos los años para robar y asolar las costas de Italia, Sicilia, Iliria, y Grecia. Los furiosos y ciegos conquistadores de aquellos tiempos conocían en su interior que nada eran por sí sino instrumentos de la divina providencia; y por lo tanto se apellidaban azote de Dios, destructores de la especie humana. Y de aquí proviene aquella ansia que tenían por destruirlo todo, aquella reunion de circunstancias que favorecían sus triunfos, como la bajeza general de los hombres, y la falta general de valor, de virtud, y de talento, pues naba debía oponerse á que se verificase lo decretado por el cielo. Ya estaba pronta la escuadra de Gensérico, y sus soldados se habían embarcado en ella. ¿Dónde iban? Ni él mismo lo sabía. "Príncipe, le dijo el piloto ¿qué pueblos vais á acometer? Aquellos, respondió el bárbaro, á quienes Dios mira ahora en su cólera."

Gensérico murió treinta y nueve años despues de haber tomado á Cartago, siendo ésta la única ciudad de África, cuyas murallas no derribó. Le sucedió su hijo Honórico, el cual reinó ocho años, y tuvo por sucesor á su primo Gondamondo, que reinó trece, y dejó el cetro á su hermano Transamondo.

El reinado de éste fué de veinte y siete años, y heredó la corona Ildérico hijo de Honórico y nieto de Gensérico: su pariente Gelimero conspiró contra él, y le encerró en una prision. El emperador Justiniano tomó la defensa del monarca destronado, y envió á Belisario al África. Gelimero casi no hizo resistencia, y el general romano entró victorioso en Cartago y pasó al instante al palacio, donde por particular juguete de la fortuna, comió el mismo banquete que estaba dispuesto para Gelimero, y fué servido por los criados de éste. Nada se habia mudado en la corte mas que el amo; pero poco es cuando dejó de ser feliz.

Belisario merecia semejantes triunfos, pues era uno de aquellos hombres que de

tarde en tarde aparecen en los siglos de corrupcion, como para interrumpir toda proscricion contra la virtud. Por desgracia estas almas nobles que brillan en medio de la bajeza, ninguna mudanza producen. Ninguna relacion tienen con las cosas de su tiempo: extraños á ellas, y como aislados en lo presente, ninguna influencia pueden tener en lo venidero. Se conmueve el mundo, y ellos se mantienen firmes, pero tampoco pueden detener el curso de las cosas. Para que las almas superiores sean útiles á la sociedad, es preciso nazcan en un pueblo que conserve amor al órden, á la moral, y á las buenas costumbres, y cuyo genio y caráctet convenga con su situacion moral y política. En el siglo de Belisario los sucesos eran grandes y los hombres pequeños; de lo que resulta, que los anales de aquel tiempo, aunque llenos de catástrofes trágicas, nos horrorizan y cansan. No buscamos en la historia las revoluciones que dominan y destruyen á los hombres, pero sí los hombres que dominan á las revoluciones, haciéndose su-

periores á la fortuna. El universo conmovido y trastornado por los bárbaros, solo nos inspira ideas de horror y desprecio; y siempre, y con justo motivo, nos ocuparemos de una pequeña disputa entre Sparta y Athenas en un rincon de Grecia.

Cartago vió salir de sus murallas un príncipe que ocupó el sólio de los Césares, y fué aquel Heracleo que derribó al tirano Phocas. Los árabes hicieron su primera invasion en África el año de 647; y á esta invasion se siguieron otras cuatro en el espacio de cincuenta años. Cartago cayó bajo el yugo de los musulmanes en 695, y la mayor parte de los habitantes huyeron á España y á Sicilia. El patricio Juan, general del emperador Leoncio, se apoderó de la ciudad en 697; pero los sarracenos volvieron á entrar en ella en 698 para no volver á salir. Dícese que la arrasaron hasta los cimientos. En el dia no ofrece mas que ruinas. En el pais se las conoce con el nombre de Bersach, que parece ser una corrupcion del de Byrsa. Para ir de Tunez á Car-

tago es menester preguntar por la torre de Almenara ó la *Rua de Mastinaces*. *Ventoso gloria curru!*

Rollin, traduciendo á Appiano, nos describe así la antigua Cartago. "Estaba situada en lo interior de un golfo, y la cercaba el mar formando una península, cuyo istmo tenia una legua y cuarto de largo (25 estadios). El circuito de toda la península era de diez y ocho leguas (360 estadios). Por la parte de occidente salia una larga punta de tierra de unas doce toesas de ancho (medio estadio), la cual entrando en el mar la separaba de las lagunas, y por todas partes esta lengua de tierra estaba cercada de rocas y de una muralla. Por la parte del mediodia y de la tierra firme, donde se hallaba la ciudadela llamada Byrsa, la ciudad estaba cercada con tres murallas de treinta codos de altas, sin contar los parapetos y las torres que la flanqueaban á iguales distancias, siendo la de una á otra de ochenta toesas. Cada torre tenia cuatro altos, y las murallas dos: éstas tenian bóvedas, y debajo caballe-

rizas para trescientos elefantes con todo lo necesario para su alimento, y encima habia otras caballerizas para cuatro mil caballos, y sus graneros con su pienso. Tambien habia en estas murallas cuarteles para veinte mil soldados de infantería, y cuatro mil de caballería. Solo tenían un lado débil, y era un ángulo que comenzaba á la punta de tierra de que acabamos de hablar, y continuaba hasta el puerto que estaba al lado de poniente. Eran dos los puertos, pero comunicaban el uno con el otro, y tenían solo una entrada de sesenta pies de ancho, cerrada con grandes cadenas. El primer puerto era de los mercaderes, y en él se hallaban muchas y diversas habitaciones para los marineros. El otro era el puerto interior, y servia para los buques de guerra, y enmedio habia una isla llamada Cothon, cercada y defendida, como tambien el puerto, por grandes malecones, en donde habia espaciosos soportales para resguardar doscientos veinte buques, y encima almacenes con todo lo necesario para armarlos y equiparlos. La entrada de cada uno de estos soportales es-

taba adornada con dos columnas de mármol de orden jónico; por manera que tanto el puerto como la isla presentaban por los dos lados magníficas galerías. En esta isla estaba el palacio del Almirante; y como se hallaba enfrente de la entrada del puerto, desde allí podía descubrir cuanto pasaba en el mar, sin que desde el mar se pudiese ver nada de cuanto se hacia en lo interior del puerto. Del mismo modo los mercaderes no podían ver los buques de guerra, pues los dos puertos estaban separados por dos murallas, y en cada una de ellas había una puerta para entrar en la ciudad sin pasar por el otro puerto. Podemos, pues, distinguir tres partes en Cartago: el puerto, que era doble, y se llamaba á veces Cothon por la isleta que había en el medio: la ciudadela llamada Byrsa, y la ciudad que circuía la ciudadela, y se llamaba Mégara.”

Es de creer que no quedó de esta primera ciudad mas que las cisternas públicas y particulares, las cuales son magníficas, y nos hacen formar grande idea de los monumentos de los cartagineses;

pero tal vez el acueducto por donde iba el agua á estas cisternas, debe atribuirse á la segunda Cartago, pues todo fué quemado ó destruido cuando los romanos tomaron la ciudad.

Para ver las ruinas actuales, que apenas sobresalen de la tierra, es menester salir del castillo de la Goleta, el cual como ya dijimos, está situado sobre el canal por donde el lago de Tunez désagua en el mar. Siguiendo la costa, y despues de una hora de camino, tirando al este-noreste, se hallan unas salinas á la parte del oeste, y van hasta un trozo de muralla que está cerca de las cisternas principales. Pasando entre las salinas y el mar, se descubren las ruinas de un muelle que adelanta bastante mar á dentro. Á la izquierda se hallan sobre alturas desiguales muchas ruinas, y al pie de ellas un estanque redondo y muy profundo que comunicaba antes con el mar por medio de un canal del cual aun se ven rastros. Yo creo que este estanque ó concha era el Cothon ó puerto interior de Cartago. Las ruinas de las inmensas obras que se descubren en el mar, indi-

*

carian en este caso el muelle exterior; y aun me parece que se pueden distinguir algunos machones de la calzada que hizo construir Scipion para cerrar el puerto; y tambien ví otro canal interior, que si se quiere, será el corte que hicieron los cartagineses cuando abrieron otra salida á su escuadra. Se encuentran grandes calzadas y bóvedas que pueden haber sido los almacenes ó los soportales para las galeras. Tambien se ven varios canales artificiales, y un estanque interior bastante grande para contener los barcos de los antiguos, y enmedio de este estanque hay una islita.

Recorriendo ahora las ruinas de la ciudad, las hallarémos sobre la especie de anfiteatro, que vienen á formar las colinas cercanas. Vimos primero las ruinas de un grande edificio que parece haber sido parte de un palacio ó de un teatro; y encima, subiendo por la parte del oeste, se llega á las hermosas cisternas, que generalmente se tienen por los únicos restos de Cartago, y tal vez recibian el agua de un acueducto, cuyas ruinas se hallan en aquellos campos. Este acueducto

recorria un espacio de cincuenta millas, pues tomaba el agua de los manantiales de Zauvan y de Zungar. Encima de estos manantiales habia algunos templos. Los mayores arcos del acueducto tienen setenta pies de alto, y los pilares de estos arcos diez y seis de ancho por cada uno de sus lados. Las cisternas son inmensas, y consisten en muchísimas bóvedas que nacen unas de otras, y las circuye en toda su longitud un gran corredor, siendo todo ello magnífica obra.

Para ir desde las cisternas públicas á la colina de Byrsa, se pasa por un camino bastante escabroso. Al pie de esta colina se halla un cementerio y un miserable lugarejo. En la cumbre de la colina se encuentran muchos pedacitos de mármol en un terreno igual, que es bien claramente el area de algun palacio ó templo.

Desde esta eminencia se descubren las ruinas de Cartago, que son en mayor número de lo que comunmente se crée; y se parecen á las de Sparta, que aunque mal conservadas, ocupan mucho terreno. Yo las ví en el mes de febrero cuando

las higueras, las olivas, y los algarrobos comenzaban á echar sus primeras hojas: las angélicas y los acantos formaban espeso ramage entre los trozos de mármol de diferentes colores. Á lo lejos extendia mi vista sobre el istmo, sobre el doble mar, sobre las lejanas islas, los risueños campos, los lagos y los montes: descubria bosques, embarcaciones, acueductos, aldeas de moros, hermitillas de los mahometanos, minaretos, y las casas blancas de Tunez. Recordándome de cosas grandes, y del mayor interés, pensaba en Dido, en Sophonisba, en la noble esposa de Asdrubal: contemplaba en las espaciosas llanuras donde están sepultadas las legiones de Anibal, de Scipion, y de César: queria hallar el sitio donde estuvo Utica; pero ah! aun se hallan en Caprea las ruinas de los palacios de Tiberio, é inútilmente se busca en Utica el parage donde estuvo la casa de Caton! En fin, me acordaba de los terribles vándalos, y de los inconstantes moros, y por último de S. Luis espirando sobre las ruinas de Cartago.

Cuando el santo emprendió su segun-

do viage de ultramar, ya no era jóven, y se hallaba tan achacoso, que no podia estar mucho tiempo á caballo, ni sostener el peso de la armadura. Habiéndose cruzado en París, junto con sus tres hijos, muchos señores y soberanos de Europa, entre ellos Eduardo de Inglaterra y los reyes de Navarra y de Aragon, tomó el oriflama ó bandera de S. Dionisio, la escarcela y el bordon de peregrino, que llamaban entonces el *consuelo y señal del viage*, lo cual era una costumbre tan antigua en la monarquía francesa, que Carlo Magno fué enterrado con la escarcela de oro que acostumbraba llevar cuando iba á Italia.

Habiendo hecho oracion sobre el sepulcro de los mártires, y puesto su reino bajo la proteccion del patron de Francia, fué á otro dia descalzo con sus hijos á la iglesia catedral, y por la tarde se despidió por última vez de la reina Margarita, y luego se embarcó en Aguas-Muertas el martes 1.º de julio de 1270, y llegó en aquel mismo mes á la bahía de Tunez; y habiendo desembarcado, se fué á acampar en el istmo de

Cartago, pues el santo rey habia determinado tomar esta ciudad, que el rey moro reedificaba y fortalecia, antes de sitiar á Tunez, que era entonces rica, comerciante y fuerte. Echó á los sarracenos de una torre que defendia las cisternas, tomó de asalto un castillo que habia sobre la colina de Byrsa, con lo que hubo de rendirse la nueva Cartago.

Pero no podia sitiar á Tunez hasta recibir los socorros que debia traerle su hermano el rey de Sicilia, y así en tanto hubo de atrincherarse en el istmo; pero bien pronto se manifestó y extendió el contagio en el ejército, en términos tan crueles, que en poco tiempo murieron la mitad de los soldados, pues les abrasaba el ardiente sol del África. Los moros para acabar con ellos, sacaron la horrorosa é inaudita invencion de arrojarles con varias máquinas nubes de ardiente arena, como la que los vientos levantan en el desierto en daño de las caravanas. Los vivos no bastaban para enterrar á los muertos que arrojaban en los fosos del campamento, los que no tardaron en llenarse de cadáveres.

Ya habian muerto los condes de Nemours , de Montmorency , y de Vandoma , y en los mismos brazos del rey murió su hijo querido el conde de Nevers. Pronto se sintió enfermo el mismo San Luis , y conoció que aquella era su última enfermedad ; pero disimuló cuanto pudo continuando en visitar los hospitales , y en atender á la defensa de su campamento.

En fin , ya no pudo salir de su tienda , y empeorándose su mal , escribió en el lecho de muerte una instruccion muy prudente y cristiana para su hijo Felipe , que debia heredarle en la corona , y la cual traen los historiadores de su vida. Hecho esto pidió los santos sacramentos , y recibió el viático puesto de rodillas , aunque estaba tan débil que tenian que sostenerle. Estando ya en su última hora respondía á las oraciones de agonía con voz tan firme , como cuando daba sus órdenes en el campo de batalla. La mañana del lunes 25 de agosto hizo le pusiesen sobre un monton de cenizas , donde espiró teniendo los brazos cruzados sobre el pecho , y los ojos clavados en el cielo.

No se ha visto mas que una vez , y no se volverá á ver semejante espectáculo: se describía en el horizonte la escuadra del rey de Sicilia : el campo y las alturas inmediatas estaban cubiertas del ejército de los moros : en medio de las ruinas de Cartago el campo de los cristianos presentaba la imágen del mas espantoso dolor : no se oía ruido alguno en él : los soldados ya casi moribundos salian de los hospitales , y arrastra por entre las ruinas procuraban acercarse á ver á su soberano , que estaba en su última agonía , rodeado de los príncipes y de toda su familia llorosos y desfallecidos de dolor. Halláronse presentes en tan cruel lance los embajadores del emperador de Constantinopla , y pudieron contar á toda Grecia aquella tan ejemplar y maravillosa muerte , que hubiera admirado al mismo Sócrates. Desde el monton de cenizas en que yacía , divisaba S. Luis la costa de Utica , y todos podian comparar la muerte del filósofo estoico con la del filósofo cristiano. Pero el santo rey mil veces mas feliz que Caton , no tuvo que leer un tratado de la inmortalidad del alma , para

convencerse de la realidad de la vida futura, pues hallaba la invencible prueba en su religion, en sus virtudes, y en sus desgracias. En fin, á las tres de la tarde, lanzando el rey un profundo suspiro, pronunció claramente estas palabras: "Señor, entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo." Y su alma voló á aquel santo templo que tan digno era de habitar.

Oyese entonces la trompeta de los cruzados de Sicilia: llega alegre su escuadra con socorros inútiles ya: nadie responde á las señales: se admira Cárlos de Anjou, y comienza á temer alguna desgracia. Llega á la orilla, y ve á las centinelas que en el modo de tener las armas, y en la tristeza de sus rostros, le indican que su hermano ha muerto. Corre á la tienda, y halla en efecto su cadáver tendido aún sobre la ceniza. Se tira á él, le baña con sus lágrimas, le besa respetuosamente sus pies, y da señales de pena y cariño, que no eran de aguardar de su orgulloso genio. El rostro de S. Luis tenia aún todos los colores como si estuviese vivo, y sus labios estaban sonrosados.

Cárlos logró le entregasen las entrañas de su hermano, que colocó en Monreal, cerca de Salerno. Se dispuso que el corazón y el cadáver se enterrasen en la abadía de S. Dionisio, cerca de París; pero la tropa no permitió que se separase de ella, pues en el santo hallaban toda su salud. Manifestó Dios la virtud del santo rey con grandes milagros hechos en su sepulcro. Francia, que no podía consolarse de haber perdido en la tierra tan gran monarca, le declaró su protector en el cielo, y así colocado S. Luis entre los santos, fué para su patria como un rey inmortal. En todas partes se le levantaron iglesias y oratorios mas magníficos que los modestos palacios en que pasó su vida. Los caballeros que le habian acompañado en la primera cruzada dieron el ejemplo, reconociendo el nuevo poder de su caudillo. "Y he hecho se construya, dice el Sr. de Joinville, un altar en honor de Dios y mi Sr. S. Luis."

La muerte de Luis tan virtuosa, tan sosegada y de tanto interés con que concluimos la historia de Cartago, parece ser un sacrificio de paz ofrecido en ex-

piacion por los furores, pasiones y crímenes de que esta desgraciada ciudad fué teatro por tanto tiempo. Nada mas tengo que decir á mis lectores, pues tiempo es ya de volver á mi patria.

Me despedí del cónsul que tan noble hospitalidad me habia concedido. Me hice á la vela para España, partiendo de la Goleta el lunes 9 de marzo de 1807, y descubrimos la costa de España el dia 19 á las siete de la mañana ácia el cabo de Gata, á la punta del reino de Granada. Seguimos la costa y pasamos delante de Málaga; y en fin, el viernes santo, dia 27 de marzo, fondeamos en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua bajé á Algeciras, y dia 4 de abril partí para Cádiz, donde llegué dos dias despues. De aquí me dirigí á Córdoba, y admiré la mezquita que ahora es catedral. Recorría la antigua Bética, donde los poetas colocaron el pais de la dicha. Pasé á Granada, y la Alambra me pareció digna de ser observada aun despues de haber visto los templos de Grecia. La vega de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de

Sparta; y muy bien se conoce cuánto deben haber sentido los moros el perderla.

De Granada me dirigí á Aranjuez, pasando por la patria del ilustre Caballero de la Mancha, que me parece el mas noble, valiente, amable, y menos loco de los mortales. Ví el Tajo en Aranjuez, y el 21 de abril llegué á Madrid, de donde salí el 24 para pasar al Escorial, edificado por Felipe II al pie de los encumbrados montes de Castilla la Vieja. De aquí fuí á Segovia, cuyo acueducto es una de las mayores obras de los romanos. En Burgos ví su magnífica catedral de arquitectura gótica, como lo son la mayor parte. Por Miranda pasé el Ebro, que vió los primeros pasos de aquel Anibal, cuyas huellas habia yo seguido por tanto tiempo. Pasé por Vitoria y los hermosos montes de Vizcaya; y el 3 de mayo entré en Francia, llegando el 5 á Bayona despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo y visto á Sparta, á Athenas, á Smirna, á Constantinopla, á Rhodas, á Jerusalem, á Alejandria, al Cairo, á Cartago, á Córdoba, á Granada y á Madrid.

Cuando los antiguos peregrinos habian cumplido el viage á la Tierra Santa, dejaban su bordon en Jerusalem, y para la vuelta tomaban un baston de palma: no he traído á mi pais semejante símbolo de gloria, ni he dado á mis últimos trabajos una importancia que no merecen. Hace veinte años que estoy dedicado al estudio, enmedio de mil accidentes y penas, *diversa exília et desertas quærere terras*. Muchas hojas de mis libros las he escrito en los desiertos, en las tiendas de campaña, enmedio de las olas, sin saber á veces cómo podria sostener la vida: motivos son estos de que se me trate con benignidad; pero no títulos de literaria gloria. Me despedí de las musas en la obra de los Mártires, y lo mismo hago en estas memorias, que son la seguida ó el comentario de aquella obra. Si el cielo me concede un descanso que jamás gocé, procuraré elevar silenciosamente un monumento á mi patria; pero si la providencia me lo rehusa, solo debo pensar en libertar los últimos dias de mi vida de las penas que acibararon los primeros. Ya no soy jóven, ni tengo deseos de sobre-

salir, pues sé que las letras, cuyo comercio es tan agradable cuando secreto, solo producen inquietudes cuando es público. En todo caso bastante he escrito si mi nombre debe sobrevivirme, y demasiado si debe morir conmigo.



ÍNDICE.

Parte III. <i>Viage de Rodas, de Jafa, de Belen y del Mar Muerto.</i>	Pág. 3
Parte IV. <i>Jerusalen</i>	137
Parte V. <i>Continúa el viage de Jerusalem</i>	286
Parte VI. <i>Viage de Egipto</i>	313
Parte VII. <i>Viage de Tunez y vuelta á Francia.</i>	346

